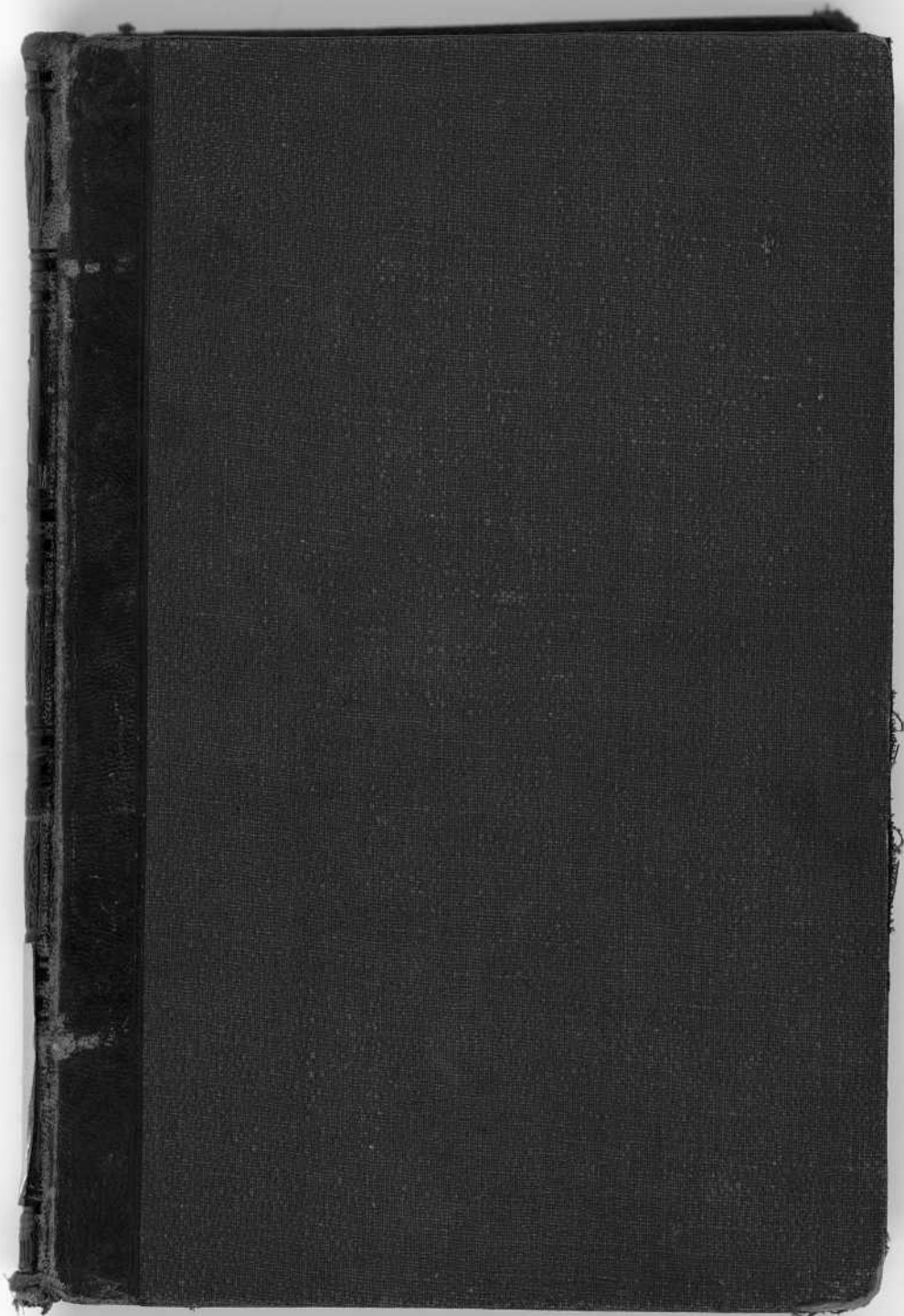
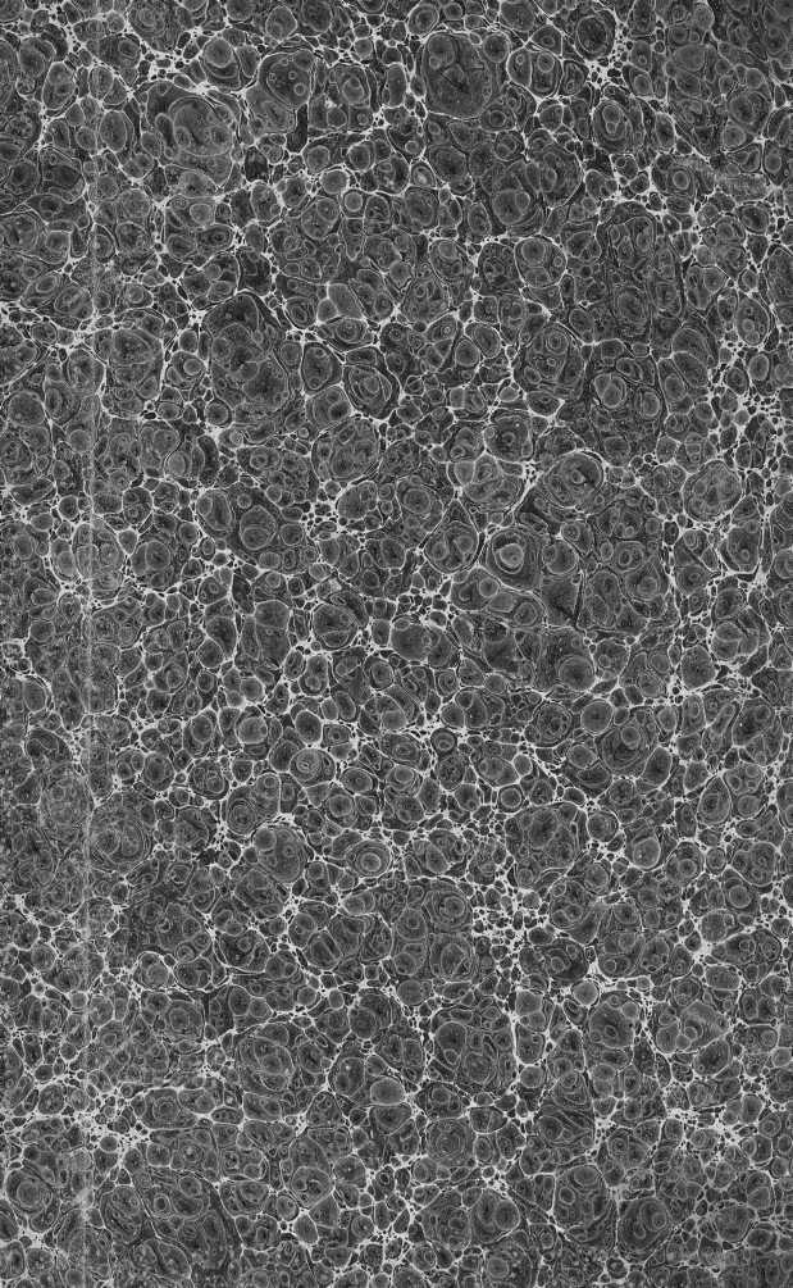
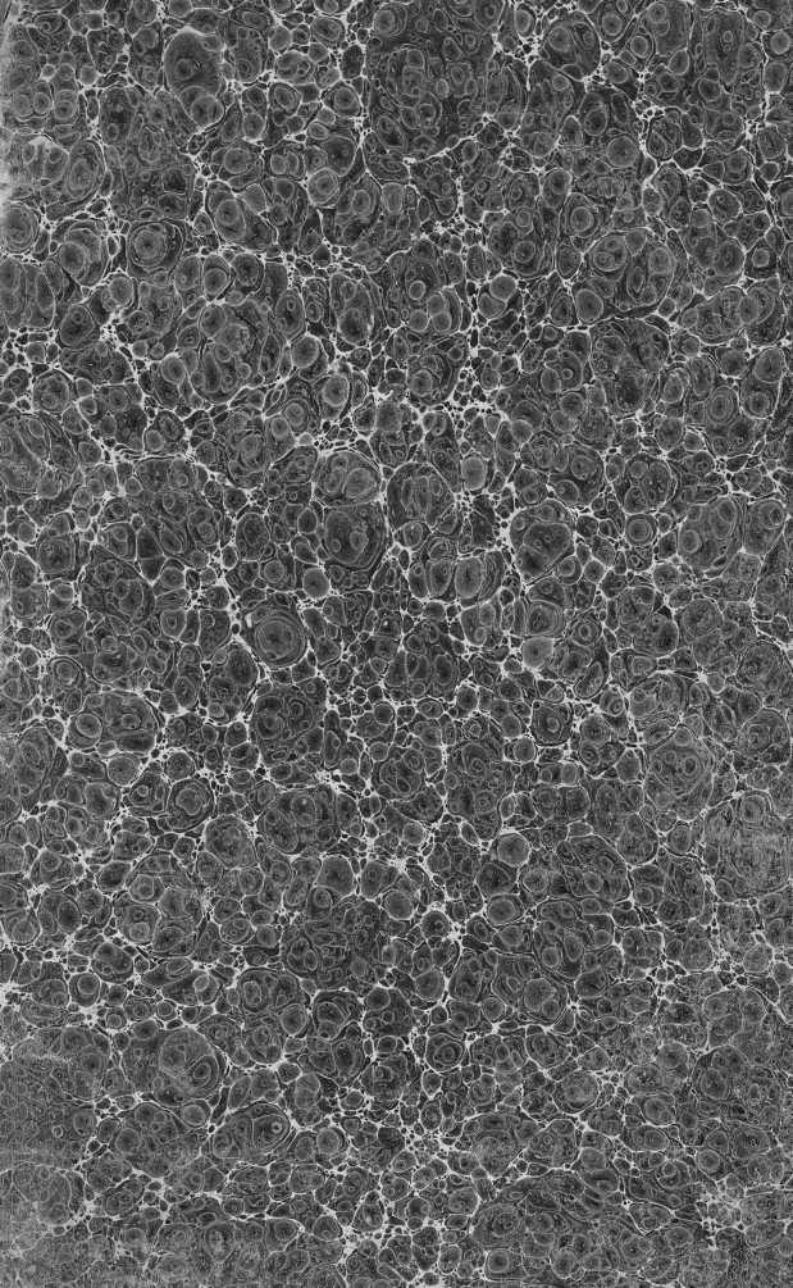


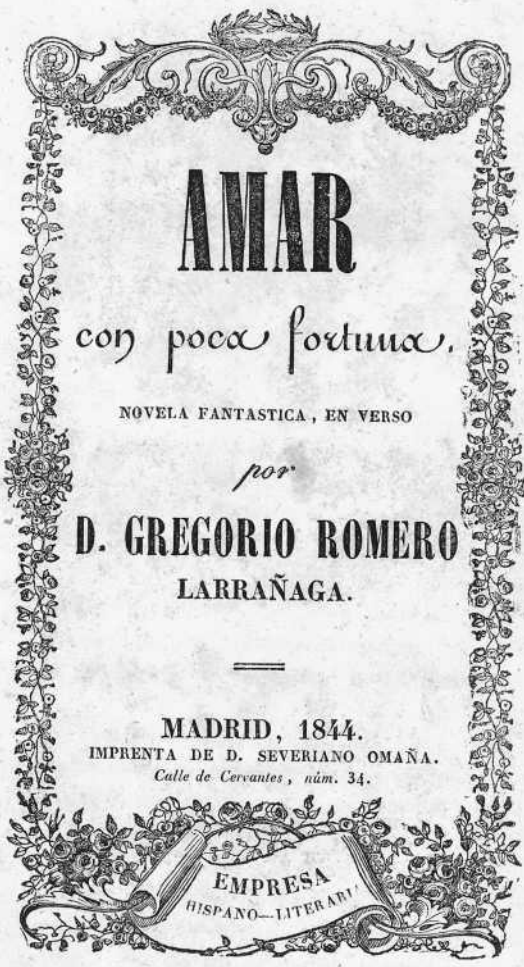






2

JORGE GUILLÉN

A decorative border of grapevines and leaves surrounds the text. At the top is a large, ornate crest. At the bottom, a scroll is integrated into the vine design.

AMAR

con poca fortuna.

NOVELA FANTASTICA, EN VERSO

por

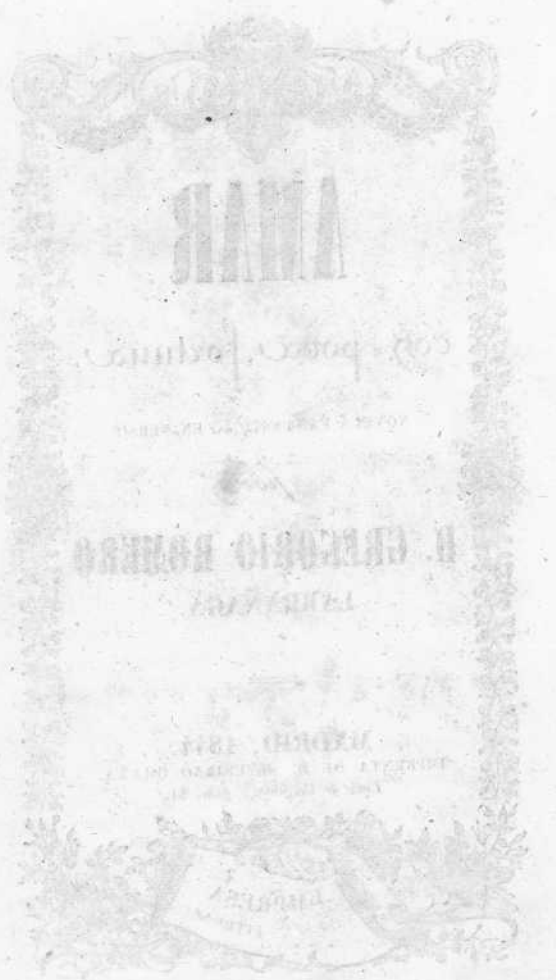
D. GREGORIO ROMERO
LARRAÑAGA.

MADRID, 1844.

IMPRENTA DE D. SEVERIANO OMAÑA.

Calle de Cervantes, núm. 34.

EMPRESA
HISPANO-LITERARIA





iguando el curso al Tiber cenagoso
que cruza esquivo la ciudad de Roma,
murmurando de imperio tan famoso,
cuyo escombros á su orilla se desploma,
y avergonzado de besar el foso
del castillo *San Angelo*, que asoma
á su márjen las torres eminentes
por verlas junto al cielo en sus corrientes:

Allá donde terminan los collados
que al romano confin aun pertenecen,
y donde empiezan los feraces prados
que las brisas del golfo ya florecen,
hay dos valles umbríos y apartados
que espesos bosques entre sí guarecen,
y á su entrada se encuentra un pobre asilo,
mansion feliz de un pescador tranquilo.

IV.

La cuesta que allí guia, en la montaña,
es áspera y fatiga á los viajeros,
que entonces ven en la infeliz cabaña
un magnífico alcázar de hechiceros!
Fecundo el Tiber sus paredes baña:
y el son de sus rumores lisonjeros
al viajador seduce, y le encamina
con fuerza oculta á la mansion mezquina.

Despues de recorrer el *Mar Tirreno*
que traga al Tiber en su seno umbrío,
volvía yo de Roma al campo ameno
una tarde apacible del estío:
el viento suave, del perfume lleno
de las flores que dan guirnalda al río,
murmuraba en los ramos desmayados
de dos llorosos sauces abrazados.

El solitario albergue cobijaban
entre su verdes y pomposos brazos,
que un toldo espeso en derredor formaban
con mil floridos y flexibles lazos:
De los vientos del Norte, le ocultaban
con tanto afan, que haciendose pedazos,
por demostrar su paternal desvelo,
las ramas le estendian hasta el suelo.

En los troncos veianse esculpidos
dos nombres, diestramente entrelazados;
de tulipanes secos, y encendidos

un tiempo, con guirnaldas coronados;
 pero ya largos años transcurridos,
 los tallos solamente allí clavados
 se conservaban aun, para memoria
 de alguna triste, enamorada historia!

Al pie de los dos sauces, que á mis ojos
 dos sombras abrazadas parecían,
 vi de una sensitiva los manojos,
 que mústios y mezquinos florecían
 en medio de un zarzal, cuyos abrojos
 tan prodijiosamente se estendían
 que, hasta el rústico techo ya trepaban
 y el dintel de la puerta enmarañaban.

Iba á arrancarlos, mas juzgué prudente
 florecerían con designio acaso,
 cuando su dueño, el pescador, consiente
 que así embaracen de su choza el paso:
 por sus espigas sus amores cuente
 quizá, ó las horas de su mal no escaso;
 y así exclamé: «Creced, rudos abrojos,
 flores tal vez del llanto de unos ojos!»

Oyelo el pescador. Me abre, en seguida,
 la puerta de su casa y de su pecho,
 pues, bondadoso y franco, me convida
 con su hogar, con su mesa y con su lecho.
 Pasé la noche allí; supe su vida,
 y él parte de la mia; y satisfecho

VI.

de hallar en mí quien bien le comprendiera,
me confió una historia lastimera.

Aquella misteriosa sensitiva
quizá era una mujer enamorada,
que entre aquellos abrojos fiel cautiva
vivía, hasta en la muerte, encadenada.
En los sauces, también eterna y viva
estaba una memoria conservada:
eran sombras de amantes desterrados
sobre el tumulto agreste desposados!

» Esos los restos son de mis mayores; »
me dijo el pescador, sus negros ojos
enjgando en las ramas: « sus verdores
« crecen sin duda con su sangre rojos.
« Ay! desdichados fueron por amores!
« Nunca cojieron flores, siempre abrojos!
« Mirad la pobre herencia que guardaron
« al único heredero que dejaron!
« Pues sois poeta, en vuestra hermosa España
« os consiento canteis esta aventura:
« es verdadera, aunque parezca estraña
« por rasgos de un amor que fué locura.
« Variad todos los nombres, la cabaña...
« Ay! por respeto á mi familia oscura:
« Referir los sucesos, sí os permito! »
Al darme un tierno adios, me dió este escrito.



PRIMERA PARTE.

RUJIERO EL APASIONADO.

1.º

Rujiero y Eloisa eran amantes que desde la niñez se idolatraban; tan finos y constantes que, según ellos, antes de que al mundo vinieran se adoraban.

Eloisa era pálida y morena ,
ardiente y espresiva ,
de hermosos ojos cual la noche oscuros ;
de mirada dulcísima y serena ,
destello al fin de sus afectos puros .

Sus vivos movimientos
el vaiyen semejaban de las flores
cuando ceden al soplo de los vientos :
en su voz , los sentidos rui señores
sus querellas dolientes aprendian ,
para soltar despues en la espesura
los inspirados cantos que la oian ,
sin imitar su singular dulzura .

Como la palma del desierto erguida ,
como la estrella del amor hermosa ,
aquella jóven para amar nacida ,
era en Roma tenuta
no por mujer por virjen milagrosa .

Pero sus bellas prendas naturales
eran todo su hechizo :
aunque , á decir verdad , por celestiales ,
no pudiera soñar otras iguales
ni para un serafin Dios que los hizo .

Y aun con ser tan perfecta la doncella
en Roma murmuraban ,
que otra joya mayor brillaba en ella
que sus gracias divinas que admiraban :
y el caso averiguado
fué , que sin duda relacion hacian
al corazon ardiente , enamorado ,

grande, entusiasta, noble y delicado que en la bella romana suponían.

Verdad es que jamás junto á su puerta llegó á tocar el infeliz mendigo, sin que la hallase á su clamor abierta, y amparo y mesa en su modesto abrigo.

Las doncellas del valle enamoradas la contaban sus cuitas, y oyendo sus razones inspiradas, juzgaban exaltadas

ser ya las horas de su amor benditas.

Los jóvenes galanes la elejían por tierna intercesora de sus dulces afanes:

y á fé que por tan linda mediadora, casi siempre dichosos conseguían, ó aplacar los enojos de las serranas bellas que ofendían, ó por lo menos, ver que les volvían con blandas iras los crueles ojos.

Eloisa, aquel ángel de belleza, de virtud, de inocencia y de ternura, un defecto ocultaba:

presumía de sí y de su hermosura: y orgullosa, el aplauso y la grandeza su corazón vehemente ambicionaba.

La vanidad ahoga la ternura !

De esta jóven, tesoro verdadero escondido de Roma en las entrañas, era señor, Rujiero;

jóven de edad, de aliento caballero,
pero pobre y nacido en las montañas.
Digo señor, porque era de Eloisa
con tanto extremo amado,
que ella misma afirmaba con sonrisa,
que le amaba cual Dios, aunque remisa
llegaba á confesar que era pecado:
y así no hay que estrañar si se jactaba
de ser su amante y su rendida esclava.

El jóven, á decir lo que pensamos,
puesto que en tal obligacion nos vemos,
merecia su amor, lo confesamos,
y le correspondia con extremos.

Frágil de cuerpo, aunque de talle erguido,
de noble rostro y despejada frente,
de sus ojos el brillo oscurecido
revelaba en Rujiero: «él ha nacido
para amar con locura eternamente!
Entre sus negros lúbricos cabellos
su blanca palidez mas resaltaba,
y eran á fé tan largos y tan bellos,
que mas de una mujer juró que entre ellos
preso en sus redes el amor volaba.
Tambien negros sus ojos y rasgados
cual dos estrellas de divina lumbre,
casi siempre á los cielos levantados
brillaban eclipsados
con lágrimas de oculta pesadumbre.

Y así es que su tristeza
sordamente, sin duda, devoraba

del pobre jóven la gentil belleza,
por eso su cabeza
sobre el pecho á la tierra se inclinaba:
notándose en su rostro peregrino,
el misterioso sello que se advierte
en los que acaso señaló el destino
para encontrar muy pronto en su camino
la sombra helada de la horrenda muerte.
Por eso, atribuyendo su martirio
á mal de amor profundo y encubierto,
las romanas, queriendo su delirio
merecer, le llamaban blanco lirio
silvestre del desierto.

De Eloisa el buen padre,
y de Rujiero la amorosa madre,
en su enlace gustosos consentian,
y aun desde niños ya los destinaron,
para ver si en sus hijos renacian
los frutos de su amor que se pasaron!

Por qué jemía el infeliz Rujiero
cuando todo en su dicha conspiraba,
y por dichoso Roma le envidiaba?
Por qué con tristes ayes, lastimero,
su contraria fortuna lamentaba?
No era para él afable y cariñosa
como el alba de abril para las flores
su prometida y lánguida Eloisa?
No brillaba para él siempre amorosa
su hechicera sonrisa?

Sus ojos seductores
no eran la clara luz de sus enojos?
No le decían con afan risueño
tan peregrinos ojos,
«mi Rujiero, tú solo eres mi dueño?»
Cual es pues esa sombra que oscurece
los dulces sueños de su amante gloria?
Esperemos, lector, si te parece,
á que lo aclare el curso de esta historia.



2.º

Siga la danza, muchachos,
pues perezosa la tarde,
sin duda al sol entretiene
porque no nos desampare;
y hasta que vino á los odres
y luz á los cielos falte,
y á vuestros pechos aliento,
y á vuestros jiros donaire,
triscad y bailad, zagalas,
bailad y triscad, zagales,
pues aun no sube la noche
de las honduras del valle. »

Así un anciano decía
con voz reposada y grave,
á un círculo de mancebos
y campesinas beldades,
que cerca de la ciudad
de Roma, en su campo grande,
gozosos se entretenían
en juegos, danzas y bailes.

Pocos son ya los que escuchan

al anciano venerable,
pues los mas, desde un cerrillo
no elevado ni distante,
entretenidos se hallaban
viendo las huestes marciales
que se ejercitan briosas
en mil guerreros alardes,
y en maniobras lucidas
al ruido de los timbales.

Son tres banderas que lleva
de mando el Marques de Falces,
en contra del aleman
y á favor del santo padre,
que los dogmas de Lutero
ardientemente combate.

Las romanas espresivas,
con loco entusiasmo aplauden
los bélicos ejercicios
que los españoles hacen,
y sus ojos centellean,
cual los aceros brillantes
de alabardas y mosquetes
que relumbran por los aires.
Plumas de vivos colores,
bandas, cintas, estandartes
forman un mar encantado
en medio del paisaje;
y el ruido de los corceles,
y el son de los acicates,
y el estruendo de las armas,

y el clamor vivo y punzante
de atambores y clarines
de tal modo las complace,
que sienten salir quemando
de su corazon la sangre,
y corriendo por sus venas
encenderlas el semblante.

Ay montañeses de Roma!
perdisteis vuestros afanes,
la novedad por estraña
cautiva las voluntades.
Mas de uno, visteis entonces,
en pos de un blanco plumaje,
por los ojos de una hermosa
su infiel corazon volarse.
Y mas de uno de vosotros
lloró, que un alma inconstante,
se perdiera en unos pliegues
ó en sus valonas de encaje.

Ya terminó la parada,
y vuelven á sus solaces
los campesinos, y entre ellos
los soldados toman parte,
logrando con sus finezas
su estimacion cautivarse.
Entretanto, las romanas
de un fresco arroyo á la marjen,
cuyas ondas son como ellas
bulliciosas y mudables,
se reclinaron, sin duda

á soñar con los azares
y las glorias de la guerra,
y á sentir sus soledades.

Bajo un dosel que formaban
dos floridos arrayanes
Eloisa toma asiento
y con Rujiero le parte:
pero el jóven no le admite
y á sus plantas viene á echarse
finjiendo que está cansado;
y juzgo que no la engañe,
que de padecer el alma
no es de estrañar que se cansel!

Tan bello estaba Rujiero,
aunque en tan sencillo traje,
por la triste languidez
de sus ojos celestiales,
que muchas de las romanas
se vuelven para mirarle
y esclaman: « Ella es la vírjen
pues tiene á sus pies un anjel! »

Pronto al dosel de Eloisa
llegaron dos capitanes:
se observa en el uno de ellos
cierta sonrisa que atrae,
cierta majestad que impone
aunque su mirada espante.
Llábase don Luis de Castro,
casa de ilustre linaje,
y así la cruz de Santiago

sobre el corazon la trae.
A la izquierda de Eloisa
tomó asiento , sin turbarse;
ella , inmovil le contempla
con un placer inefable,
que está tan cerca de sí
que bien pudiera contarle
del corazon los latidos,
pues conoce que le late.
Mil requiebros la prodiga
el caballero , y mil frases
envueltas entre lisonjas
para que no las rechacen:
y así consigue le escuchen
con interés , y aun que le hablen
sin el desden con que suelen
las hermosas montaraces.
Verdad es que el capitan
es en amores muy hábil,
y dió mas chascos á hermosas
que cuchilladas en Flandes.
Ademas es un buen mozo,
y por sus prendas , notable.
peina vigotes morenos,
retorcidos y brillantes;
tiene unos ojos azules
de una mirada tan suave
que hasta el corazon se pasan
con su mirar penetrante:
luego , el metal de su voz

es tan dulce y agradable, al corazón la oída
y cuenta cosas tan tiernas,
y las dice con tal arte,
que, Eloisa, desconoce
el hechizo que la encante,
mas confiesa ingénuamente
que la hechiza su lenguaje.

Rujiero sufrió en silencio
largo rato sin quejarse,
y poco á poco logró,
sin que lo notara nadie,
(tan distraída se hallaba
la que pudiera notarle)
huir hácia el bosque umbrío
á lamentar sus pesares.

Al verse á cierta distancia
soltó á los vientos dos ayes,
que él se los dió por perdidos,
pero que el viento que sabe
á dónde se dirijian,
se los llevó de su parte.

Tan cierto es que al alma llegan
ayes que del alma salen!

Volvió Eloisa los ojos,
y miró al jóven, distante;
y aun dicen dió otro suspiro
compadeciendo sus males.

Hizo un esfuerzo, y al punto,
consiguiendo levantarse,
se fué al grupo de serranas,

que están oyendo los viajes
que el otro español alférez
cuenta á un viejo venerable.

Este, al punto la presenta
al capitan, que es don Jaime
de Mendoza, y Eloisa
se sienta junto á su padre:
pero no es para escuchar
los prodigiosos combates;
pues absorta, distraida,
mirando dos tulipanes
que entre sus manos tenia,
las flores bellas deshace,
y una por una sus hojas
las va esparciendo á los aires,
sin escuchar las historias
que cada soldado añade.

De pronto quedó en sus dedos
la hoja sin arrancarse
del último tulipan;
pues sonó en aquel instante
una voz dulce y sonora
que confundir no era fácil
á quien la oyó una vez sola,
tal era de interesante.

Eloisa, recogió
el tulipan, sin quebrarle,
dentro del rojo corpiño
leve prision de su talle;
y sin levantar los ojos

de una sortija de esmalte
que conservaba en su dedo,
por recuerdo de su madre,
escuchó tantos portentos
y maravillas tan grandes,
y amores tan peregrinos
de los moros orientales
en boca del capitán,
que con voz inolvidable
una tras otra enlazaba
sus aventuras en Tánger,
que, en el fondo de su pecho,
se resolvió aquella tarde
á visitar nuevos mundos,
y otros países distantes,
en que á las mujeres se ama
como á diosas tutelares.

El buen don Luis consiguió
el objeto de sus planes:
pues con intento sin duda
y conociendo el carácter
de la doncella entusiasta,
refirió tan bellos lances,
que su amor embelleció
con colorido admirable,
haciendo que la pintura
á la jóven deslumbrase.

En esto, el Hespero umbrío
por el horizonte nace,
y las danzas se suspenden

y cesan ya los cantares:
y todos en comitiva,
con seis hachones delante,
en triunfo se dirijieron
á Roma la memorable.





unque un mes se pasa aprisa,
aun no pasó un mes entero
cuando un día, con sonrisa
dijo al jóven, Eloisa:

«Estás aun triste, Rujiero?

— Esto no es estraño en mí,
pues vivo de mis tristezas:
la respondió, y gozo así,
que á ser tan rudo aprendí
del monte y sus asperezas.

— Celos aun?

— Quién, yo? te engañas.
Puedes tú darme ocasion?

— Qué palabras tan estrañas!
— Tan duras dirás que son:
que quieres, de las montañas.

Pero libre cual los vientos,
y tan claro como el sol,
te diré mis pensamientos,
sin usar de fingimientos
como ese hidalgo español.

Y aunque aquí pueda ofenderte,
lo que siento he de decirte;
que no es medio de quererte,
ni razon de merecerte,
tus defectos encubrirte.

Tú eres vana y orgullosa:
aunque el ser linda y discreta
te disculpe alguna cosa,
la senda es muy peligrosa;
es fácil te comprometa.

Es ciega la vanidad
y el orgullo precipita;
teme por tu corta edad:
si estimas tu honestidad
las alabanzas evita!

No el aplauso te deslumbre
de necios aduladores:
si hoy te miras en la cumbre,
mañana con pesadumbre
quizá en un abismo llores!

Ay! si orgulloso el milano
sobre el ave se desploma!
No dejes mi verde llano,
no fies del cortesano,
pura y sencilla paloma!

— ¿A qué viene ese sermón,
Rugiero, has perdido el seso?

— Ah, perdí mi corazon,
y hoy temo que mi razon
pierda tambien, lo confieso.

— Tu corazon no has perdido,
porque yo me le encontré
y de huésped le he tenido:
sino se halla bien servido
dilo, y te le volveré.

— Ah, tan fácil te sería?
Lo hicieras con esa calma?

— Juzgué que era joya mia
y por eso le tenia
guardado en mitad del alma.

— Qué dices ángel,

— Cuidado:

Yo el corazon que he querido
como mio le he guardado:
mas dices que le has perdido,
prueba que no me le has dado.

Recóbrale, sí, Rujiero,
que hallazgo no he de pedirte,
ni aun por volvértelo entero:
recobrale, no le quiero;
llévate el mio, si has de irte!

Eloisa, así me gusta,
martirízame, cruel;
á mas de inhumana injusta!

— Y tu querella es tan justa

— Eloisa, me eres fiel?

— Tú no me crees?

— Te creo!

— Y no lo vés en mis ojos?

— Nó, Eloisa, no lo veo:

porque en tus miradas leo
mil apetitos y antojos.

—Uno solo me desvela,
no te lo quiero ocultar.

Sí, Rujiero, el alma vuela,
y el mundo quiere cruzar,
y ver sus glórias anhela,

—Desque te habló el extranjero
te se hizo Roma insufrible!

Pero, no le amas?

— Rujiero

si mi amor es verdadero
juzgas otro amor posible!

— Cómo yo ya he de nutrir
tu avara imaginacion,
si nada te sé decir,
sino que anhelo morir
clavado á tu corazon!

Y él, te contará victorias
en sus viages y campañas,
recreando tus memorias
con mil brillantes historias
de mil naciones estrañas.

Pues ya despertó tu anhelo
con bellos cuentos de amor,
y te hizo triste este suelo,
ponderándote otro cielo
y otro universo mejor.

Él te ha encantado festivo
con portentosas visiones,

diciéndote quizá altivo,
que tiene un pueblo cautivo
que te rinda adoraciones.

Después de ese grande sueño
que tú concebiste ya,
cómo he de ser yo tu dueño?
Mi corazón muy pequeño
para trono te será!

— No, tu corazón fiel
es mi mas rico tesoro,
mi mas sublime dosel,
y vale la sangre de él
de entrambos mundos el oro.

Mas, cuando don Luis me habló
del mundo, el campo de Roma
sombrio me pareció,
es cierto, y conozco yo
que su horizonte me aploma.

Te lo confieso, es verdad:
extraña curiosidad
de ver el mundo he sentido,
y solo me he detenido
pensando en tu soledad.

Pero si tú, mi Rujiero,
quisieras ser compañero
de mi peregrinación!....

— Imposible.

— Qué razón?

— En mi patria morir quiero.

— Turbas tú mis alegrías

predestinandome azares!

— A qué cruzar otros mares?

Lloro yo aquí penas mías,
no busco nuevos pesares!

Mi padre cuando espiró
me contó una triste historia:
ver el mundo deseó,
mal pago el mundo le dió,
bien lo guardo en mi memoria!

Roma ha sido un quieto puerto
que salvó tu juventud;
el mundo es un mar incierto,
y en sus olas siempre ha muerto
la inocencia y la virtud.

— Serias mi consejero.

— Ya lo soy: y para qué?

Qué consigo?

— Mi Rujiero!

— Ah no, seguirte no quiero
pues salvarte no sabré.

Que así no podré estorvar
tu segura perdicion:
ni yo debo abandonar
mi madre que va á espirar!
Madre de mi corazón!

Pero pues tanto desea
tu alma esa triste partida,
á Dios, á Dios! con bien sea;
y él te conserve la vida,...
aun cuando yo no te vea!

— Conoces mi exaltacion,
sí, Rujiero, bien has dicho;
mas deja ya á mi ilusion,
ó á mi ciego corazon
saciar tan vano apetito.

Y pronto volver espero
satisfecha, y fastidiada
ya del universo entero.

— Y tarde desengañada!

— Mas siempre tuya, Rujiero!

Entonces enlazaremos
los lazos que hoy desunimos.

— Ay si á encontrarnos volvemos!

— No ha de ser si ambos queremos?

— Y si alguno no morimos!

— No hagas por Dios que me aflija!

Rompe ahora este anillo en dos,
deja que un pedazo elija:

toma el otro. Juro á Dios
conservar esta sortija,

Como cadena amorosa
que contigo enlazaré
pronto, al llamarme tu esposa.

— Si me olvidas?.....

— Duda honrosa

mi anillo te enviaré,
en prueba de que he deshecho
nuestros prometidos lazos!
mas vive bien satisfecho:
al salir tu amor del pecho,

se me saltára en pedazos!

Que amor ha llegado á ser
cual perla en el alma mía;
y si el que anhela coger
tal joya, debe romper
la concha donde se cria;
el que pretenda arrancar
de mi pecho esta pasión,
deberá antes destrozar,
como la concha del mar,
Rujiero, mi corazón!

.....
.....

Las veces que se juraron
el amor que se tuvieron,
los vientos lo murmuraron,
mas ni aun ellos lo escucharon;
tan bajo se lo dijeron!

Y boca con boca unida
duráran sus embelesos
no una hora toda la vida,
sin llegar su despedida,
pues no acababan sus besos.

Por último, arrebatados
por un vértigo de amor,
con sus labios aun clavados,
en el valle desmayados
los encontró un pescador.

Y de envidia suspirando,
porque él amaba también,

al contemplarles llorando,
con sus lágrimas bañando
de los amantes la sien.

Les hizo volver en sí,
y ligero se ausentó;
diciendo « voime de aquí;
» no sepan que nadie vió
» las glorias de amor que ví! »

Al volver en sí, exclamaron
« ¡Eloisa!..... ¡Rujiero mio! »
y luego se avergonzaron,
y hácia Roma se tornaron
por aquel valle sombrío!



4.º



lavados los tristes ojos
en la gran puerta de Roma,
algunos dias despues,
antes de nacer la aurora

por las azules colinas
que al oriente la coronan,
dos montañeses cambiaban
estas frases cariñosas:

— «Hoy la perdemos, Rujiero!

— Con qué tú tambien la adoras?

— Con delirio!

— Y lo ocultabas?

— Por no aumentar tus congojas;

pues se que me quieres bien,

y ni con tu dicha propia

hubieras nunca comprado

mis desgracias lastimosas!

Pero hoy que eres infeliz

como yo, pues te abandona,

hoy puedo al fin declarar

esta pasion misteriosa!

—Y no la sabe Eloisa?

— Al menos no de mi boca,
aunque quizá de mis ojos
sabr  del alma la historia!

— Ya deben partir, Gonzalo,
el bosque el alba colora:
ya me parece que veo
all ,   lo lejos su sombra!

— La ves con el corazón,
pues nadie en el campo asoma.
Y   donde va?

— No lo s .

— Y qué busca?

— Qué me importa!

Se que el cielo de su patria
ya su corazón agovia;
se que mis quejas las oye
como importunas   locas!
Ni mis suspiros la ofenden,
ni mis voces la enamoran,
y un día, ay Dios! me juraba
que eran dulces y sabrosas
mis palabras, cual la miel
de la colmena olorosa!

— Ser  don Luis hechicero,
y algun filtro, enjuage,   p cima
de los infiernos la ha dado
que su razón la trastorna.

— Gonzalo, nació muger,
discreta, ardiente y hermosa,

y crédulas son las mas
á las livianas lisonjas!
Su corazon aunque es puro
como el de blanca paloma,
es orgulloso y altivo
y le deslumbran las pompas.

— Rujiero, no ves un coche?

— Y aun distingo dos personas
en su interior; y una de ellas
es Eloisa, que llora
en los brazos de su padre.

Amor mio mal te logras!

Por que tantas esperanzas
en esa muger me robas!

Por que el árbol de mi dicha
con tan bella flor adornas,
si me impides inhumana
que el fruto feliz recoja!

Adios, prenda de mis ojos,
consuelo de mis memorias,
blanca ilusion de mi vida,
Eloisa encantadora!

Adios, y el cielo reserve
para mi amor las congojas,
para mi sien las espinas,
para tu frente las rosas!

Asi Rujiero decia,
y tanto el dolor le postra
que en brazos del tierno amigo
lánguidamente se apoya:
en esto el coche cruzaba

con carrera presurosa,
y Eloisa que le vió ,
á un lado inquieta se asoma;
y recojiendo del llanto
que á sus pestañas se agolpa
algunas lágrimas bellas
en un pañuelo, á su boca
se le acerca, y con pasión
le besa tierna y le arroja
á su Rujiero , esclamando
con voz por sus ayes sorda:

« Pedazos del alma son
que llevo partida y rota,
guárdalos tú, mi Rujiero,
y guarda de mi memoria! »
A tan amantes querellas
Rujiero al fin se recobra,
mas solo puede del pecho
arrancar una voz ronca,
que la repite un adios
tan triste, que el monte asombra,
pues con un eco doliente
en su entraña le prolonga.

El coche desapareció
por la senda tortuosa,
como una nube que arrastra
una niebla voladora.
Y del polvo la columna
que blanca en los cielos toca ,
poco á poco se dilata

y se deshace en la atmósfera;
como una esperanza dulce
que de mentiras se forma,
á la luz de la verdad,
poco á poco se evapora.

Rujiero mil y mil veces
sus ayes tristes sofoca
con aquel blanco pañuelo,
último don de su hermosa.
Y bebiendo con sus lábios
las lágrimas que le mojan,
ruega á los cielos, se vuelvan
en su corazon ponzoña;
y con arrebató ciego
contra los peñascos choca
con su frente, maldiciendo
su fortuna lastimosa.

Un río de sangre hirviendo
que de las sienes le brota
inunda el suelo: Gonzalo,
grita « favor » y le logra
de dos buenos montañeses
que del suceso se informan.
Y los tres compadecidos
de su tragedia amorosa,
procurando restañar
la sangre que ya le ahoga,
en sus brazos le conducen,
con ansia tan cariñosa,
cual lleva una madre al hijo

que en sus entrañas se forma.
Pues la pasión del amor
cuando es grande y generosa
es en su esencia divina
como es divina en sus obras:
y tan celestial parece,
que así sus mártires gozan
de todo el mundo, respeto,
admiración, culto y honra!



5.º

entado junto á su madre,
tierna y bondadosa anciana,
en una hermosa mañana
de las mas puras de abril,
Rujiero, restablecido
de sus dolencias penosas,
de sus cuitas amorosas
la cuenta recuerdos mil.

«Yo en las siestas del verano,
(á su madre la decia)
con los claveles tejia
para su frente un dosel;
y al despertar mi Eloisa,
y al verse en medio de flores,
dulces creyó mis amores
como el olor del clavel.

Mil veces, con mis cabellos,
que redes de amor llamaba,
y que ardorosa besaba
con entusiasta pasion,
entrelazando sus rizos

teja un estrecho lazo ,
y al desatarle, un abrazo
ganaba por galardón.

Un día, cándidamente
se me postraba de hinojos ,
y clavándome sus ojos
con espresion infantil ,
me decia: «A ver, Rujiero,
cual se dá antes por cansada
tu mirada ó mi mirada!»
Y ella triunfó veces mil.

En las noches del estío,
bajo el sauce de la fuente,
aspirando en el ambiente
los perfumes de la flor ,
soñábamos mil delicias
en nuestra amante fortuna,
al resplandor de la luna,
pálida al ver tanto amor!

Mas, desde el primer instante
bien conocí, madre mia,
que aquella jóven seria
de mis males la ocasion:

pues aunque honesta y virtuosa,
y bella y enamorada,
ardía en la desdichada
un voluble corazón!

Era en las cosas mas leves
su veleidad manifiesta:
hoy amaba la floresta,
ó lo alegre del jardin;
mañana, por ser mas triste
preferia el bosque espeso:
mas de todo, te confieso
que se fastidiaba al fin.

La clavellina un instante
ornaba su sien morena,
cuando ya con la azucena
engalanaba su sien:
y no pasaban dos horas
y el tulipan preferia,
y al morir el sol, no habia
flor que la sentase bien.

Unos dias, inocente,
pero enamorada y loca,
con los besos de su boca
me arrancára el corazon;
y otros yerta é impasible,
en mi pecho descansaba,
y ni un ay! me revelaba
su placer ni su emocion!

Via un labrador garrido
cantando cruzar el valle,
y ya alababa su talle

ya lo dulce del cantar ;

Y sus prendas, á mí mismo
me ensalzaba con sonrisa,
sin advertir mi Eloisa,
lo que debía penar !

Y la mujer que no advierte
cuando sus elojios matan,
ó las que no se recatan
aunque maten de aplaudir,
esas, ó nunca quisieron,
ó á lo menos su ternura
vierte una luz muy oscura,
que no hace al amor lucir !

Por eso, madre amorosa,
conocí que me perdía;
que mi desgracia sería
el alorar tal mujer :

porque era cosa imposible
el fijar sus pensamientos,
como imposible á los vientos
traba en las nubes poner.

Os acordais, no hace mucho,
en el otoño pasado,
de aquel luchador osado
que en Roma un premio alcanzó ?

Pues movida de su esfuerzo,
su destreza, y su pujanza,

dió á su amor una esperanza,
que él ausente ya olvidó!

El arpista de Ginebra
que pasó por aquí un día,
con su dulce melodía
la inspiró gran frenesí:

y si hubiera reparado
de Eloisa los dulces ojos,
madre mia, mil enojos
me hubieran venido á mí!

Así es, que entre esos soldados
que arrivaron de Castilla,
no era, oh madre, maravilla
que á alguno quisiese bien.

Una cruz, una jineta
deslumbró su pensamiento!

Ah! por tan duro tormento
dichas los cielos la den!

Pronto hace un año, sí, un año
que dura tan triste ausencia;
tú sabes la gran paciencia
con que su vuelta esperé!

Tú que has visto cada instante
contarle con un suspiro;
ay! que yo mismo me admiro
como aliento conservé!

Yo, madre mia del alma,
con mis desdenes te mato,
yo soy mal hijo, é ingrato
á tu maternal clamor:

yo, que á tus blandas caricias
con llanto y quejas respondo;
yo que mi rostro te escondo
á tus brazos y á tu amor !

Ah! que es vergüenza, á fé mia ,
que tú que el alma perdiste,
y que tu sangre me diste
en horas de tanto afan,

te encuentres sin un recuerdo
de mis crueles entrañas,
porque á otras tierras estrañas
todos mis recuerdos van !

Es vergüenza , y lo confieso
aunque bárbaro te aflijo,
y aunque repugne á un mal hijo
decir tan triste verdad ,

que yo te jure , señora ,
que hoy me atreviera á dejarte,
aunque pudiera matarte;
á ser, ay! su voluntad!

Es vergüenza que te diga
que estoy casi arrepentido
por haber obedecido

á la voz de mi deber.

Maldíceme tú indignada,
pues no hay maldicion que cuadre,
al que deja amante madre
por una ingrata mujer!

Mujer que habrá de perderme
si á su amor llego á enlazarme;
mujer que ha de asesinar me
con su ciega veleidad,

pero á quien mas y mas amo
cuanto menos lo merece;
pues con su amor, me parece
mezquina la eternidad!

No te asombres, madre mia,
de mi horroroso delirio:
compadece mi martirio:
perdona mi frenesí!

Bendice tú su hermosura,
aunque ella me precipita;
perdónala, si te quita
cuanto amor yo te debí.

Solo para ella en el alma
mis sensaciones concentro:
solo ella vive en su centro
junto á la imagen de Dios;
y entre mi Dios y Eloisa,
cuando el amor considero,

ay madre, encuentro primero
el de Eloisa de los dos!

Pronto hará un año: y si entonces
ninguna nueva recibo,
pobre madre! si yo vivo
tu hogar abandonaré!

Se lo he jurado, perdona:
en Venecia la hechicera
quiza Eloisa me espera!
Si falta, no faltaré.

Que á ser olvido el silencio,
tenia un medio sencillo,
enviándome el anillo
de desengañar mi ardor;
mas, sin duda los placeres
que las horas la robaron,
de su pecho aun no arrancaron
los recuerdos de mi amor! »

Esto Rujiero decia,
y entre los brazos lloraba
de su madre, que calmaba
su violento frenesí,
cuando un labrador entrando,
les presentó con sonrisa
una carta. « Es de Eloisa,
gritó el jóven; Ay de mí! »

Tuvo que apoyar su frente
de su sillón en el palo:
luego exclamó, « Es de Gonzalo:
fue del deseo ilusión! »

Y con mano recelosa,
tímido el pliego tocaba,
que la sentencia encerraba
de su infeliz corazón.

« Madre , quisiera estar solo:
ya sabéis que soy vehemente,
y quisiera libremente
desahogarme, sí, por Dios,
pues no quiero atormentaros,
si son tristes las noticias;
si alegres son , mis albricias
las repartiré con vos! »

Salió la azorada anciana,
tristemente suspirando:
quedóse el jóven temblando,
y el sobrescrito besó!

Rompió el sello; y con la angustia
del que á morir se prepara,
con voz débil, pero clara,
estos renglones leyó:

» Venecia, quince de abril.
» Rujiero, al leer mi carta
» quizá del pobre Gonzalo
» esté en los cielos el alma!
» Penosamente te escribo
» de la muerte con las ansias,
» mas á tu amistad le debe
» mi pecho esta confianza.
» Ven á Venecia, Rujiero,
» mas el corazon prepara
» para un desengaño horrible
» que tus sueños te arrebató!
» A nuestra pobre Eloisa
» costó caro la jornada.
» Mal haya mujer que fia
» en lisonjeras palabras,
» y que á soñados placeres
» tan ciegamente se lanza,
» fiando en el primer hombre
» que sus pasiones halaga,
» porque la promete el logro
» de risueñas esperanzas!»
Rujiero quiso pararse,
mas siguieron sus miradas
devorando aquellas líneas
que su sentencia le trazan.
«Ya nunca puede ser tuya
» tu Eloisa suspirada:
» Don Luis mancilló su nombre,
» y de su padre las canas,

» ayudado del infame
» alferez Lope Moncada! »
Quiso de nuevo Rujiero
la lectura comenzada
interrumpir, pero en vano;
porque el infeliz no alcanza
ni aun á cerrar sus dos ojos
que en aquel papel se clavan,
y sin poder derramar
para su alivio una lágrima.
Por fin concluyó leyendo
estas noticias infaustas.

» A Eloisa arrebataron
» con engaño de su casa,
» don Luis y aquel capitán
» que en Roma le acompañaba
» La muerte fué compasiva
» con el anciano, y sus alas
» estendió sobre sus ojos
» por velarle tal desgracia.
» Cuando el caso he averiguado,
» (pues desde que vine á Italia,
» por tu amor juré servirla
» como el ángel de su guarda)
» ya el capitán, ó cansado,
» pues las pasiones bastardas
» se conocen en que al punto
» en que se gozan se acaban,
» ó irritado de mirar
» una belleza ostinada

» que si un tiempo le escuchó
» porque noble le juzgaba,
» le aborrecia sin duda
» al verle su fé villana,
» en lo desierto de un monte
» dejándola abandonada
» cumplió con una bajeza
» el principio de una infamia!
» Busquéle antes que partiese
» de Flandes á las campañas,
» y en público le afrenté
» de villano, cara á cara,
» cruzándosela indignado
» de una fuerte bofetada.
» Al otro dia, en el bosque,
» á los destellos del alva,
» clamando justicia al cielo
» las cortadoras espadas,
» en lucha horrible y sangrienta
» nuestros brazos levantaban.
» Feliz yo le dividí
» su sien de una cuchillada
» que le hizo rodar en tierra,
» cual roble que se desgaja:
» mas la punta de su acero
» llegándome á las entrañas,
» dejóme herido de muerte
» en el campo de batalla.
» Rujiero, solo he cumplido
» la mitad de la venganza,

- » por eso siento el morir
- » aunque la vida me espanta!
- » Aun vive, aun vive ese Alferez
- » que en tan vil y loca hazaña
- » fué cómplice miserable!
- » Rujiero, ven y le mata.
- » Eloisa está sin amigos,
- » errante, prófuga, y falta
- » de todo, y á la mercé
- » de otro que ose el afrentarla!
- » Ven Rujiero á protegerla,
- » pues hoy tu favor reclama,
- » y á tu honor mas interesan
- » su hermosura y sus desgracias.
- » Olvida que te ha perdido;
- » sus infortunios repara,
- » quizá sus penas mitigue
- » de los claustros la morada!
- » Quizá ganes para Dios
- » si aun no se ha perdido, su alma:
- » y su amor, purificado
- » de Jesucristo en las aras,
- » verás que quizá en tu pecho
- » algun consuelo derrama.
- » Vuela á Venecia, Rujiero,
- » que en tu honor deuda es sagrada
- » como noble el protegerla,
- » como ofendido el vengarla!
- » Adios mi Rujiero, adios,
- » él por siempre nos separa,

» mas en los cielos, yo espero
» que se unirán los que se aman! »

Hay penas que no se esplican
con razones ni palabras,
y que es forzoso sentir las
para saber estimarlas.
Las que Rujiero sufrió
desgarradoras y amargas,
á la verdad son de aquellas
que no se logra esplicarlas.
Cada cual se las figure
segun el temple de su alma,
y aunque exajérelas mucho
á la realidad no alcanza.

Solo , al lector le diremos,
que con espantosa calma,
como quien dentro de sí
horribles proyectos traza,
anunció á su pobre madre ,
á la siguiente mañana ,
que á Venecia se partia
con mejores esperanzas.
Crédulas las madres son
con los hijos que idolatran,
y consintió sin trabajo
en que emprendiera su marcha;
pensando que con la ausencia
las tristezas se acabaran ,

ó que quizá amores nuevos
con las bellas Venecianas
consolarían al cabo
al hijo de sus entrañas.
Antes de partir, Rujiero
hizo viniese á su estancia
un niño, que recojió
por caridad en su casa,
precisamente en el día
de la pura é inmaculada
Concepcion, en que Eloisa
le juró que le adoraba !
Púsole su mismo nombre,
y así Rujiero se llama,
y el pobre huérfano, á fé
que como á padre le acata.
A este, pues, niño inocente
le dirijió estas palabras :

« A la puerta de un santuario
te puso una madre ingrata,
y sus brazos te ha estendido
esta bondadosa anciana !
Como hermano y de mi sangre
sobre mi pecho descansas,
como hermano y de mi sangre,
veremos como me pagas !
Todo el amor y el respeto
que pueda caber en tu alma,
Rujiero , resérvalo

para consolar sus canas.
Y, si lo que Dios no quiera,
fuese mi ausencia muy larga,
maldito seas de Dios
si á mi madre desamparas! »

El niño se arrodilló,
y con sus lágrimas baña
la pobre mujer, que ansiosa,
sus dos Rujieros abraza.

El huérfano entonces grita
con voz jenerosa y alta,
*« Parte, hermano, y nada temas
que mi corazon la guarda! »*

Partió, y dos dias despues,
Rujiero ya atravesaba
por las calles de Venecia,
como una sombra que espanta!



6.º

Tres meses ya pasaron
que á Rujiero impaciente
tres siglos parecieron;
pues sus ojos no hallaron,
aunque á Venecia toda recorrieron,
al vil raptor á quien, tan justamente
sus nobles iras inmolar juraron!

Su talle y su belleza,
su porte y sus maneras tan galanas,
hasta su misma lánguida tristeza
interesó á las damas Venecianas.
Y mil billetes tiernos y sentidos,
el jóven, mereció de la hermosura,
pero nunca prestó blandos oídos
á sus cartas y obsequios de ternura.
Tan solo la memoria de Eloisa
embargaba su triste pensamiento;
y solo una sonrisa
venia amarga á desunir sus labios,
cuando soñaba próximo el momento
de vengar justiciero sus agravios.
En vanas esperanzas,

asi dias y dias se pasaron ,
hasta que al fin los cielos le otorgaron
el término infeliz de sus venganzas!

Rujiero, por la noche iba rondando ,
ya del palacio la oriental ventana
sus recónditas salas observando ,
ó ya activo espiando

los parques de la noble Veneciana.

Ya en el albergue oscuro
del pobre pescador, con vano anhelo,
fijando sus miradas:

ya en el soberbio muro
del castillo feudal que toca al cielo,
al través de las rejas despiadadas,
buscando aquel arcángel del consuelo.

Una noche sombría y tempestuosa
en que, según costumbre, la laguna
recorria en la barca misteriosa
al resplandor siniestro de la luna,
al llegar á una parte solitaria
en que el canal en dos se dividia,
escuchó de repente una plegaria ,
cancion de amor que una mujer decia.

Hizo al punto Rujiero
torciese el rumbo á su veloz barquilla
el robusto remero ,
y del canal en la arenosa orilla
divisó un torreón negro y ruinoso,
que un oscuro vapor juzgó á lo lejos,
porque arreciendo el vendaval furioso.

con un grupo de nubes tenebroso
á la luna velaba sus reflejos.
La voz sonora el viento confundia,
sobre la torre con furor silvando;
y el agua del canal que sorda hervia,
tambien un ruido pavoroso hacia
contra el desnudo torreón chocando.
Se estremeció Rujiero
cuando se halló junto á la helada piedra,
pero creyó su amor de buen agüero
que sus manos tocasen lo primero
con unas ramas de silvestre yedra,
que á las grietas del muro, aunque en pedazos,
por las iras del tiempo dividida,
colgaba amante sus floridos brazos,
adornando la torre ennegrecida.

Advirtió que del agua á poca altura
una estrecha ventana
sobre el canal se abria;
y le dió á conocer que no seria
de una cárcel oscura,
sino de alguna noble veneciana
el pabellón feliz de sus amores:
pues que las ondas frescas y sonoras,
como allí en los canales no se alteran,
ni crecen destructoras,
aunque suelen jemir murmuradoras
cuando los vientos del Nordeste imperan,
permiten, por recreo delicioso,
tener las rejas junto al agua pura,

y ver así á las góndolas surcando,
y en las noches de otoño caluroso,
sentir cerca el ambiente y la frescura
de la brisa que el agua va rizando.

A la pared clavó su atento oído
el jóven, esperando resonase
el misterioso canto interrumpido
que de su duda horrible le sacase.
Por fin, la voz que antes oyó lejana,
de nuevo melancólica se oía:
y acercando su frente á la ventana,
conoció que vibraba tan cercana,
que detrás de los vidrios se sentía.
Pero cerrada con maderas dobles,
distinguir quien hablaba era imposible:
por lo que, resignóse aunque impaciente,
y aunque le era sensible
tener que alimentar; ay! en su mente
vergonzosas ideas poco nobles.

Mas no hay duda; de nuevo se estremece.
Lo que creyó ilusorio no era un sueño:
aunque lo oye, mentira le parece!
Quien ama tiene en disculpar empeño,
cuando á su amor su amante desmerece!

Atronadora risa
llena de pronto el ámbito vacío
de la interior estancia:

y despues de protestas de constancia,
clama una dulce voz, «Ay mi Eloisa!»
y otra responde, «Ay Federico mio!»

El timbre de la voz enamorada,
la espresion singular con que resuena
en el alma aflijida de Rujiero,
le recuerdan su Eloisa apasionada;
la lánguida morena
de rostro voluptuoso y hechicero.

«Tres meses, se decia,
habrán bastado á pervertir su pura
y cándida hermosura?

Es imposible; no es la vírjen mia!

Mas sí; es su acento, suave, apasionado!

Es él, no hay duda: trémulo y sentido
así mi pobre corazon sedujo!

Ese es su acento dulce y estenuado!

Solo su pecho arranca ese quejido
á su placer ardiente arrebatado.

Quien á Venecia por mi mal me trujo?

Mas ah! fué un jénio vengador! Mi acero
contra mi pecho oprimo y no es en vano!

Llegó el dia, Rujiero:
prepara al golpe la robusta mano!»

La tempestad crujía violenta:
el remero, en el mar encanecido,
al son de la tormenta,
le dijo: «Juzgo espuesto,

permanecer mas tiempo en los canales en noche tan aciaga, pues aunque no es el riesgo manifiesto, es fácil con tan récios vendavales que la barca en la torre se deshaga! »

No respondió Rujiero, mas una seña le indicó al anciano que conocia su reparo justo; y así con un bolsillo de dinero que colocó en su mano, rogóle diese á sus caprichos gusto. De razon tan amable convencido; invocando el remero á la Madona del náufrago perdido, de la vela embozándose en la lona, se echó en la barca al fin medio dormido.

Las dos personas que en la torre hablaron un brevísimo espacio enmudecieron, mas de nuevo las risas resonaron y los besos de amor se repitieron. Como serpiente herida, ruiendo, alzó la vista al cielo airada, Rujiero; entre su mano estremecida, besando el hierro del puñal helado.

En esto una falleba se descorre : resuenan los cristales, y abren ya la ventana de la torre al soplo de los rudos vendavales. Los amantes, á fé., tienen antojos! Acaso contemplar desearian

la lumbre aciaga de los rayos rojos
que el firmamento hendian,
por ver si fuego tan mortal vertian
como el amor en sus ardientes ojos!
Porque la guerra cruda
que se hacian los fieros elementos,
en armonía hallábase sin duda
con sus desordenados pensamientos.

La luz del gabinete inciertamente
sobre el canal sombrío se refleja,
Rujiero á un lado se halla, y ya impaciente,
oculto por la sombra enteramente.
Dos personas se acercan á la reja;
una bella mujer su rostro asoma
lánguido, voluptuoso, con sonrisa:
no hay duda es Eloisa,
es la vírjen tiernísima de Roma.
Lo que él sintió ni imaginarse puede:
por compasion en el silencio quede.
Está el galan de espaldas á Rujiero,
que siente junto á sí la larga faja
del dichoso y amante caballero,
que de sus hombros desprendida baja,
quizá por los abrazos
de la mujer, que hiedra cariñosa
le ciñe el cuello con estrechos lazos.
La ocasion se presenta venturosa
de asesinar al seductor villano:
que aunque cobarde el golpe le parece,
no duda, no, su jenerosa mano,

que muerte infame el que infamó merece!
Tantea el filo del puñal agudo,
sobre las puntas de sus pies se mueve;
su vengadora diestra ya levanta,
y al ir á descargar el golpe rudo
de un beso el estallido le conmueve,
sus ojos turva, el corazon le espanta,
y un vértigo violento le desmaya;
y su cuerpo rodando,
del canal en las ondas se sepulta:
Dios compasion de sus miserias haya!
La tempestad tronando,
tan lastimosa escena les oculta!

Asi en aquellos lúgubres instantes,
ya un beso amortiguado
se robaban alegres los amantes;
ya lanzaban un ay loco y festivo,
ó ya un grito punzante y estenuado,
suspiro ardiente del placer mas vivo!

Y asi pasaron las felices horas,
viendo cruzar las nubes tronadoras,
oyendo el ronco son de los canales
contra las torres con furor chocando;
y el silvo de los recios vendavales
con sus besos lascivos incitando.

Cuentan, que al despuntar la otra mañana,
se despertó el remero,

y al ver su barca sola en la laguna ,
esclamó, señalando á la ventana :
*« Le han abierto la reja al caballero !
Dios le de á tanto amor buena fortuna !*





SEGUNDA PARTE.

LO QUE CUESTA

UN DESENGAÑO.

1.º



n Venecia la hechicera,
la de las pardas lagunas,
en un verjel oloroso
que gayas flores perfuman,
y en un templete que adornan

las clavellinas y murtas,
está una hermosa mujer ,
el agua hasta la cintura ,
en una pila de mármol
tan blanca, como la espuma
que el Adriático salpica
á las costas que fecunda.
Allí hay divanes de raso ,
refrescos, flores y frutas ,
y un surtidor que sus aguas
sobre el baño desmenuza ,
con un estruendo tan suave
que los sentidos no ofusca ,
antes un eco les forma
de melancólica música.
La luz y el aire del cielo ,
unas blancas colgaduras
mañosamente arrolladas ,
templadamente graduan.
Varias doncellas hermosas ,
que, de rodillas , se agrupan
en torno de la sirena ,
en su regalo se ocupan.
Perlas del ofir rodean
á su garganta, las unas :
y otras, una rica esencia
que hay en vasijas etruscas
copiosamente derraman
por sus espaldas desnudas.
Varias, con finos cendales

la hermosa deidad enjugan,
que se deja embellecer

risueña, lánguida, y muda.

Al salir del fresco baño,
sobre un almohadon de pluma
muellemente reclinó

su frente pálida y mustia.

Algunos leves suspiros

la brisa á sus labios hurta,

mas, son ayes voluptuosos:

y en tanto su éstasis dura,

en aquel lecho movable,

suavemente la columpian,

para conciliar los sueños

deliciosos que la turban.

De pronto, su dulce voz

á las doncellas pregunta:

«Qué hora es ya, que el sol, apenas
este camarín alumbra?

— Señora, ya no es extraño,

porque en el mar se sepulta.»

Alzóse entonces la dama,

y poniéndose una túnica

y otros adornos sencillos,

arriba y abajo cruza

el templete, silenciosa,

y meditando sin duda.

En tanto, encienden dos lámparas,

ricas de labores turcas,

templada su luz con gasas,

porque suave la difundan.

En esto se oye un silvido,
y por una entrada oculta
en el pavimento, asoma
primero una caperuza,
luego un rostro varonil
poblado de barba rubia,
y el resto, por fin, de un hombre
alto, y de maneras rudas,
cuyo siniestro semblante
á las doncellas asusta.

A una señal, desaparecen
como palomas confusas,
á quien un buitre voraz
muestra las garras sañudas.
Poco despues, estas voces
enamoradas se escuchan:

— ¡Cómo tan tarde, señor?

— No me regañes, Eloisa,
pues sabes que no es remisa
el alma para tu amor.

— Averiguasteis por fin!

— Algo averigué.

— Veremos
lo que es.

— Pero antes, cerremos,
que entra frio del jardin.
Te acuerdas el otro dia,
cuánto nuestro amor gozó! *

Un ay! la hermosura dió
que de dolor parecia.

« Esa noche, un caballero,
locura de amor mas necia!
recien llegado á Venecia,
conocido por Rujiero.....

— Cielos! será él?...

— Mas que tienes ?

— Un alfiler me he clavado
aquí.

— No hay sangre.

— Me ha entrado

hasta el fondo de mis sienes!

Mal haya esta inutil toca!

— Ya en mi historia me perdiste;

por el susto que me diste

un beso quiero en tu boca.

— Eso es cobraros ruin:

proseguid, señor, primero.

— Mudo seré, y de Rujiero

no sabrás el triste fin.

— Triste.....

— Sensible Eloisa,

todo te inspira interés.

— Estoy tranquila; no ves

en mis labios la sonrisa.

— Prosigo?

— Sois obstinado.

Tomad un beso, consiento:

pero no deis mas tormento

á mi impaciente cuidado! »

El Dux apenas oyó lo que Eloisa le hablaba, porque un beso la robaba, que en el corazón la hirió! — « Pues sabe, Eloisa mía, que ese galán caballero, á quien llamaban Rujiero, á alguna dama servía: y de tus damas.....

— Señor!..... —

— Pienso que alguna sería, pues bajo la torre umbria le halló ahogado un pescador! — Será mi Rujiero amado! — Un puñal la piedra hondaba que de su mano ya helada, arrancarle no fué dado.

Mandé citar al consejo á todos los pescadores, y estas nuevas; mas no llóres, supe de Jacobo el viejo.

Tres meses largos vivió el jóven, en su cabaña, mas con vida tan uraña que casi nunca le habló.

El veinte del mes que corre, la noche de nuestro amor, me declaró el pescador que le condujo á esa torre.

Y que, á la ventana asido,
sus duras rejas besando,
quedóse el jóven llorando,
y el gondolero dormido.

— Ah que terrible agonía!

— Estraño fué aquel suceso:

cada risa, y cada beso,
sin duda nos contaria!

Y aun, á mirar él con calma,
nuestros ardientes abrazos
debió hacérsele pedazos
de envidia rabiosa el alma ! »

Un violento accidente
á Eloisa la conturba,
y cae del Dux amante
entre los brazos convulsa!
Toca el silvato y consigue
que las doncellas acudan,
y á sus cuidados la entrega,
con inconsolable angustia:
que en la torre de san Marcos,
el toque de oracion zumba,
y el Dux espera que entonces
el tribunal se reuna,
para fallar graves causas
en pro de su gran república.
De la mansion del amor
baja con planta insegura

al tribunal sanguinario,
por una mina que cruza
por bajo de los canales
hasta el lugar de sus juntas!



En la hermosa embocadura
que da al muelle de los Dalmatas;
en aquella misma tarde,
dos viajeros se trasladan
desde un bergantín velero
á una góndola enlutada,
para poder de este modo
desembarcar en la playa.

Al resplandor que despide
de la linterna la llama,
se ve que es un sacerdote,
y un niño el que le acompaña.

Saltan en tierra, y tras ellos
una gondolera salta
y un remero, y otros dos
quedan guardando la barca.

El sacerdote, la entrega
una moneda de plata,
y así con voz cariñosa
la dirige la palabra:

— «Podrás hacerme un servicio?
niña.

— Y muchos, si me manda,
y puedo yo complacerle.

— Dios te preserve sin mancha!

Diríjeme hácia san Marcos:
pues debe haber en su plaza
una choza, en donde vive
el hombre á quien esta carta
se dirige.

— Vamos pues:
pronto daré con su casa,
como me digais su nombre.

— Jacobo el viejo es su gracia.

— Mi padre! Es un gondolero?

— Sí.

— Pues vais á mi cabaña.

— Niña, camina lijera:
gritóla el rapaz con ansia.

— Tanto le interesa?

— Tanto, que en ello intereso el alma!

— En triste ocasion llegais:
mi padre en la carcel se halla!

— Con qué motivo?

— Ay señor!
Esa es historia muy larga!

Mas, en torciendo esa esquina
cerca á divisar se alcanza
nuestro albergue.

— Hermano mio!»

esclamó con voz ahogada
el tierno niño, mirando,
cumplirse sus esperanzas.

— Vamos, Rujiero, cordura!»
dijo el anciano con calma;
y gritó la gondolera,
«Rujiero tambien se llama?

— Tambien: ya comprenderás
el placer que les aguarda.

Sí, en verdad, son dos hermanos
que con delirio se aman!

Y esta ausencia de tres meses,
ya le parece tan larga,
que, á no ser por el cariño
que tuvo á la madre anciana
de Rujiero, que en la gloria
con los mártires descansa,
nos hubiera abandonado
mil veces!

— Sí, sí: es cuanto ama
mi corazon; gondolera,
mi hermano busco. Qué tardas? »

La niña enjuga sus ojos,
y á la puerta se adelanta;
y estrechando al pobre jóven
las manos, así le habla:

« Confía tú en mi Madona
que al triste no desampara!
Yo lloro preso á mi padre:

el mundo todo es desgracias!

Nuestros dolores partamos
acéptame por tu hermana!

El jóven nada responde,
porque corrió hacia la estancia,
en busca de aquel hermano,
que en el sepulcro le aguarda!



3.º

Remero, sigue mis pasos.
— Esclava, donde me llevas?
— A los pies de mi señora
que verte libre desea! »

Y así en silencio cruzaron
dando vueltas y revueltas,
el gondolero Jacobo
detrás de Zaira la armenia,
por la mina subterránea,
hasta encontrar una puerta.

Dan dos palmadas, y á poco
con una solo contestan.
« Pasemos sin miedo alguno
porque segura es la seña. »

Eloisa sentada se halla,
y sin duda les espera,
porque en su falda hay un lirio,
deshecho por su impaciencia:
que siempre esta blanca flor

junto al corazon la lleva,
porque á Rujiero, allá en Roma,
pálido lirio recuerda.

— Eres Jacobo el remero?

— Así me llaman.

— Es fuerza

me entregues cuantos objetos
en tu cabaña se encuentran,
que de ese jóven, tu huésped
desdichado, fueron prendas.

— Ninguna guardo, señora.

— Jacobo, por Dios, no mientas!

No soy yo el Dux justiciero —

que te arranca esa respuesta,
sino una pobre mujer

que á tus plantas te lo ruega!

Tú eres padre, eres anciano,

y así, en tu pecho se albergan

sentimientos jenerosos

que la ancianidad enjendra,

y que el amor de los hijos

en el corazon fomenta!

Y siendo así, no recelo

que mi vida comprometas,

y antes la pongo en tus manos

para que mejor me creas!

Yo soy la hermosa romana,

á quien fortunas adversas

apartaron de los valles

en que creció su inocencia!
Yo soy esa desdichada
que amó con pasión tan ciega
ese infeliz, que á la muerte
condujo de amor la estrella!
Por eso, anciano, te pido,
y por la hija que te resta,
que si del pobre Rujiero
memoria alguna conservas,
que sincero me lo digas,
y piadoso me la cedas,
en cambio de los tesoros
que encierre toda Venecia!

— Señora, vuestro quebranto
hasta el alma me penetra,
y á ser posible el serviros,
por san Marcos! que lo hiciera;
pero, solo un pergamino,
que es su voluntad postrera,
guardo oculto.

Dios piadoso!

Su testamento!... y bien, sea!
Ah, sus últimos recuerdos
al partirse de la tierra!

— Lejos de lo que se ama,
señora, el morir consuela!

Cuando yo estoy sin mi hija,
de buena gana muriera!

— Ve libre, pues: que yo, al Dux
convenceré con mis quejas:

y bañaré sus rodillas
con mis lágrimas acerbas,
rogándole que tu vida
jeneroso me conceda:
que, si aun, una víctima
en las prisiones desea,
me encierre en un calabozo
y me cargue de cadenas;
porque, ni así pagaria
tu noble y santa fineza!
Ve libre, porque tus canas
responden de tu inocencia.

— Si necesitais un día
ó mi sangre ó mi cabeza,
decídmelo, porque os juro
que á vuestras plantas la ofrezca!

— Mañana, espero sentada
de la ventana en la piedra,
á tu barca pescadora,
antes que la luna crezca.

Que si mi dueño es tirano
que, aun mis miradas acecha,
y esclava, al fin me aprisiona,
aunque en doradas cadenas,
salir me permite á veces,
á gozar las brisas frescas
del canal, cuando es ya noche,
y no hay riesgo que me vean.
Que pase veloz tu barca
por delante de la reja,

porque hay espías ocultos,
y aquí la vida se arriesga! »

En esto oyeron pisadas,
y la esclava con presteza
guió al viejo gondolero
por la subterránea senda.



Legó la noche siguiente,
pero tan clara y hermosa
como lo son en Venecia
las de Otoño casi todas.

Heloisa, en la ventana
de la torre misteriosa,
cuenta á la luna sus pasos
cuando por Oriente asoma.

En vano pide á los vientos
que lánguidamente lloran,
de las aguas del canal
entre las trémulas ondas ,
que arrastren del norte frio
los nublados y las sombras,
pues ni un vapor fujitivo
del cielo empaña la bóveda.

Ya se percibe un rumor
muy parecido al que forman
los remos sobre las aguas
cuando lijeros las cortan.
Parece una negra nube

que sobre el canal se apoya,
y que sobre él se desliza
como una negra paloma.
Es Jacobo; hácia la reja,
tan rápidamente voga,
que sin permitirle espacio
de formar una voz sola,
pone en sus manos un pliego,
hiende de nuevo las olas,
y desaparece á sus ojos
como una ráfaga sorda
que en el éter vaporoso
fantásticamente flota.
Entonces, entre sus manos
el papel se la desdobra,
y frenética se lanza
para encerrarse en su alcoba.
Besa el escrito, y ardientes
muchas lágrimas le mojan,
y entre lágrimas y besos
algunas letras se borran.
Mas, revistiendose al fin
de serenidad pasmosa,
á tan funesta lectura
dió principio en esta forma:

A su querida madre, y á su hermano!
Venecia, agosto, veinte. Testamento.

» Madre infeliz! Pensando en la ternura
» que á tu cariño anjelical merezco,
» á tu sensible corazon confio
» que cumpla fiel mis últimos deseos!
» Aunque en la muerte sin cesar medito,
» como una aurora de feliz consuelo,
» que brillará para mis tristes ojos
» á los que alumbra porvenir tan negro.

» Aun, pobre madre enamorada mia,
» con vida entera y con salud me encuentro,
» si bien, presente en su alegría el alma
» que ya termina su infeliz destierro!

» Los ángeles dichosos me rodean,
» cuando mis ojos acaricia el sueño,
» y en él los miro, en derredor cantando
» de mi tranquilo y solitario lecho.

» Sí, madre mia; el corazon me anuncia
» que á Dios le mueve mi martirio eterno:
» alegra el tuyo acongojado y triste
» pues ya se acabarán mis sufrimientos!

» Solo un pesar amargará mi muerte,
» y es, el que quede sin venganza el cielo,
» y el honor de Eloisa con mancilla,
» pues no alcancé á dejarle satisfecho.

» No te estremezcas, ay! si te declaro

» del alma los ocultos pensamientos:

» no era mi loco amor quien me traía

» de la hermosa Venecia al torpe suelo.

» sino un hidalgo y jeneroso impulso

» de socorrer en su infortunio adverso

» á la pobre mujer, que despeñaron

» vanos antojos y apetitos ciegos!

» Por lavar la mancilla de su frente,

» murió Gonzalo en espantoso duelo;

» y el completar su noble sacrificio,

» el fiel amigo encomendó á mi esfuerzo.

» Mas el cómplice infame de aquel crimen,

» jamás, jamás ante mis ojos veo;

» y quedará en el mundo, quien se atreva

» á señalarla acaso con el dedo!

» La honesta vírjen que adoraba en Roma,

» pues ni su nombre á pronunciar me atrevo,

» porque hasta mis entrañas lastimadas

» al recordar su nombre me estremezco,

» ay, la he buscado por Venecia entera,

» con loco afan y enamorado empeño,

» pero nunca, hasta el sol que hoy nos alumbra,

» su misterioso asilo he descubierto!

» Quizá suspire en la desierta torre

» de los culpables calabozo horrendo!

» Quizá en las aguas del canal sombrío

« esté insepulto su cadáver yerto!

» Quizá vogando hácia remotos climas,

» y de esta Italia maldecida huyendo,

» mendíga el pan de la extranjera mano,

» ó esclava, muere entre sus duros hierros!

» Ay! madre mia; su memoria hermosa,
» del alma tierna arrebatat no puedo,
» porque en pedazos se me arranca toda,
» sin que logre robarla ni un recuerdo!

» Ay! madre mia, que el Señor me ha dado
» el don para los hombres mas funesto;
» la mayor de sus grandes desventuras,
» alma sensible y corazon de fuego!

» Por eso yo, desde mi triste infancia,
» soñaba ya mis infortunios ciertos:
» y otra cosa no esperen, los que junten
» fortuna escasa con amor inmenso!

» Ay, si por dicha conociera el mundo
» lo que vale un amor si es verdadero:

» si una mujer tan solo sospechase
» que tantas dichas se atesoran dentro,
» que la virtud, las glorias, la alegría,
» la dulce paz y su feliz sosiego

» son las flores hermosas que producen
» cuando se corresponden los afectos,
» mujer ninguna que inspirar lograse
» tan gran pasion, á un corazon tan tierno,
» con menos que su sangre compraria
» seguro el logro de su bien supremo!

» Acaso, Dios, á cuyos hondos juicios
» resignado y humilde me someto,
» no consintió que las amantes almas
» comprendiesen jamás ese misterio,
» que en Paraiso entonces convirtiera

- » este mundo, de lágrimas desierto;
- » por no encantarles con tan dulce vida
- » que al fin debía perecer tan presto!
- » Madre, perdona que contigo á solas
- » se desahogue la voz de mi tormento,
- » y que por este escrito se derramen
- » los torrentes del llanto que contengo.
- » Y pues todos escuchan con paciencia
- » la débil voz del desahuciado enfermo,
- » con paciencia, señora, oye mis quejas:
- » es la postrera vez que te atormento!
- » Recoje en estas frases tan amargas,
- » aunque tan llenas van de dulces besos,
- » cuanto puedo legar á tu amor santo;
- » sí, madre mia, porque mas no tengo!
- » Un papel y unas lágrimas ya frias:
- » ay! pobre herencia, á tu cariño dejo!
- » Pues mira, aun para darte estas memorias,
- » les robo á mis amantes pensamientos
- » una parte, que avaro me reclama
- » este fiel corazon para su dueño.
- » A mi querido hermano, al pobre jóven,
- » que pues tiene tu amor, ya no es huérfano,
- » á tu ternura maternal, ó madre,
- » por desdichado y solo le encomiendo!
- » Mis libros y el retrato de Eloisa,
- » prenda de amor en venturosos tiempos,
- » á Rujiero darás, porque se acuerde
- » de su hermano, y tambien de este consejo:
- » En los libros, estudie solamente

» lo que importe á su estado y su provecho,
» ó lo que en bien redunde y en servicio
» de los hombres, ó acaso de los pueblos.

» Que los libros inútiles, nos llenan
» el alma jóven de dorados sueños ,
» y la verdad amarga nos ocultan ,
» con historias sabrosas, que son cuentos,
» dulces, hasta que llega el desengaño
» y el mundo pinta en su terrible espejo!

» Practique la virtud: guarde á su madre,
» como á su relijion, justo respeto,
» que el que es buen hijo, y relijioso jóven,
» á sus pasiones pone un fuerte freno.

» Tema al amor desvanecido y loco:
» jamás se entregue á sus desmanes ciego,
» reserve el corazon, si le es posible ,
» y de entregarle, nunca le dé entero.

» Guarde para su patria y sus amigos,
» y su familia, y la virtud, y el cielo,
» la parte principal; que así, mas santo
» le da, y mas grande y venturoso empleo!

» Que es un tesoro, el corazon, oh! madre;
» díselo muchas veces á Rujiero,
» y el gastar en un dia una fortuna
» ó el confiarla á una mujer no es cuerdo!

» Díle que las respete, y las defienda;
» que las ame también, mas sin esceso:
» que se fie en su amor, como se fia
» de el Océano infiel marino esperto.

» Sin olvidar que cruza unos abismos,

» á la merced de los volubles vientos,
» sobre unas olas inconstantes siempre,
» por todo amparo un quebradizo leño!

» Por eso con la brújula camina,
» sin dejar de seguir rumbo derecho,
» yaun, si es posible, por si el mar se encrespa,
» mirando siempre hácia el fanal del puerto.

» En fin, que no ame, como yo he querido:
» y, aunque á decir, oh madre, lo que pienso,
» si naciera mil veces, ay! mil veces

» amára á esa mujer por quien me muero,
» con el mismo delirio, porque juzgo

» mi corazon para su amor pequeño,
» aunque á mi corazon le parecia
» miserable y mezquino el universo;

» encúbrele á Rujiero estas locuras,
» y antes le sirvan de espantoso ejemplo,
» en que su juventud tenga á la vista
» en su infeliz hermano su escarmiento!

» Dile que por mi mano, con sus manos
» cierre un día tus ojos: y que luego
» vuele á Venecia, por si en ella encuentra
» de mi cadáver los mortales restos.

» Que los conduzca á Roma, y que los junte,
» oh madre idolatrada, con tus huesos;
» y que á la sombra, á entrambos nos sepulte,
» del árbol que cobija á mis abuelos!

» Dile tambien, pues cerca de la muerte
» á perdonarle aun no me resuelvo,
» que al alferéz don Lope de Moncada,

» que sigue á Flandes del marqués los tercios,

» Le asesine en la plaza ó en la calle,

» en el palacio mismo, ó en el templo;

» cómplice en la deshonra de Eloisa,

» de mi venganza nómbrole heredero.

» Que la cumpla, por Dios! si es que desea

» descanse en paz en mi sepulcro al menos!

» Adios, madre querida: Adios hermano!

» Guardad bien este adios, pues es eterno!»

Con tanta pena, Eloisa

quedóse muda y absorta:

mas un billete cerrado,

entre los papeles nota;

el confesor de su madre

le firma, *Juan de Verona*.

« Eloisa, amigo antiguo

» de vuestra familia toda,

» cuyo nombre, solo en vos

» baja á la tumba sin honra,

» no debereis estrañar

» el que me interese ahora,

» en ver si tienen remedio

» vuestras desventuras propias.

» Mi carácter de ministro

» de un Dios de misericordia,

» me escita á compadeceros

» y á consolaros me exhorta!

» Hace dos dias no mas,

- » que hemos llegado á esta costa,
- » el hermano de Rujiero
- » y yo, buscando en la choza
- » de Jacobo, al hijo ingrato
- » que por vos nos abandona.
- » Por mensajeros veníamos
- » de una nueva lastimosa :
- » su anciana madre, hace un mes
- » que alcanza de Dios la gloria.
- » Vuestro padre, hemos sabido
- » que de su presencia goza ;
- » y de Rujiero, encontramos
- » ya preparada la losa.
- » Tres muertes en corto espacio :
- » cuantos desastres, señora !
- » Mas, en fin, seré conciso
- » pues la brevedad importa.
- » Aunque el ser condescendiente,
- » mi carácter me reprocha ,
- » no hallo reparo en cederos
- » lo que hoy vuestra alma ambiciona ,
- » y os envío el testamento
- » que es de Rujiero una historia ,
- » concisa pero terrible ,
- » amarga , mas provechosa !
- » El corazon me predice ,
- » que bastarán esas hojas ,
- » á hacer que de vuestros ojos
- » el velo al fin se descorra !
- » La voz del remordimiento

- » entre esos renglones brota;
- » escuchadla atentamente
- » porque Dios, siempre perdona!
- » Solo esta noche aun estamos
- » en Venecia: que, á la aurora
- » de mañana, hinchará el viento
- » de nuestro bajel las lonas;
- » en el cual, los nobles restos
- » de Rujiero se transportan,
- » para darlos sepultura
- » donde su madre reposa!
- » Si algun dia os acordais
- » de esta mi humilde persona,
- » en san Pedro, Eloisa, vivo;
- » gran monasterio de Roma,
- » en el cual siempre se acoje
- » á las pobres pecadoras ! »

La lectura de esta carta
de tal modo la trastorna,
que el cuerpo desfallecido,
al suelo al fin se desploma.



5.º



Al dar las once el relój
de la torre de san Marcos,
en la bóveda sombría
del húmedo subterráneo,
estas palabras medrosas
decía Eloisa á un Bravo:

« Cincuenta doblones valen
de este alfiler los topacios:
tuyos son, però este pliego
pon al instante en sus manos.
Un momento que se pierda,
frustras mis planes acaso! »

Y la dama desaparece,
su levé planta guiando,
con la luz de una linterna,
que apaga al llegar al alto
pasadizo. Ya se encuentra
dichosamente en su cuarto.

« Mañana parten! Es fuerza

todo por arriesgarlo;
Dios mi intencion favorezca
pues en mi auxilio le llamo!
Otro sacrificio horrible;
el último esfuerzo hagamos!
Alma mia, no te ofendas,
por última vez te mancho! »

Y lijera y como loca,
sin duda, por no pensarlo,
de una esencia espirituosa,
apura de un sorbo un vaso.
Se enciende el muerto color
de su semblante antes pálido,
y sus ojos que se animan,
lanzan por miradas rayos.
Blandas sonrisas ensaya :
quita á su seno el tocado ,
y sus cabellos desprende,
para que sueltos volando,
al flotar formen un ruido
lascivo, sonoro y vago.
Orna su pecho desnudo
con perlas del Océano ,
que en conchas mas peregrinas,
pardiez, que nunca se hallaron!
Como al ceñirse las perlas,
Eloisa estaba llorando,
quien lo observara, creyera
que alli las cuaja su llanto.
« Ya mis sentidos se turban :

venga el Dux que ya le aguardo!

Hermosa estoy, muy hermosa:
no resistirá mi encanto!

Esclava, » gritó á la armenia,
que la acercó un sillón alto,
y un canastillo de flores
á un velador de alabastro:

«Aquí, para el corazón
escójeme el lirio blanco,
que quiere decir, *Las dichas*
pueden renacer acaso.

Ay Rujiero de mi alma!
ahora conozco si te amo;
porque, Dios mio, se logran
tan tarde los desengaños!

Coje una roja laureola
del canastillo pintado,
que significa, *Deseo*
únicamente agradaros!

Pon varias rosas de musgo,
que siempre simbolizaron
los *voluptuosos amores.*

Añade tambien al ramo
la Calendula pluvial
que significa *presajios:*
y yo, los tengo dichosos!

Atalos, formando el lazo
con ramas de esa cizaña,
del *vicio* símbolo exacto.

Trae, esclava : bien está.

Ya está el ángel coronado.
Vicios y pasiones son
mi verdadero retrato!
Mas calla, sonó un silvido!
Esclava, ponte á mi lado,
y finje que de las flores
me vas la lengua explicando.
Ya llega..... valor, Dios mio!
Si: reconozco su paso,
como reconoce el reo
al verdugo sanguinario!»
Cojió unas flores; la Armenia
la imitó, y el Dux llegando,
halló á Eloisa sentada,
con un laurel en sus manos.

« Eloisa.

— Señor.

— Feliz agüero!

Pues el laurel que representa *glorias*
en tus manos está: tan solo espero,
que conmigo repartas tus victorias.
— Hoy venís en extremo lisonjero.
— Y tú estás hoy hermosa cual ninguna.
Retírate ya, esclava.
— La leccion de las flores la ensayaba.
— Basta por hoy: tu vista me importuna.
— No deseches, señor, tu mano esquiva,
esta rama de oliva:

pues airado te veo.

— Me brindas con la paz?

— Sí, la deseo.

— Acércate á mi sien, Eloisa hermosa:
tu dulce amor la calma me destierra;
dame otra flor que espresé misteriosa
de las pasiones la terrible guerra.

— El jeranio de rosa,
noble Dux, significa, *Te prefiero*.

Quieres pues esa flor?

— Ah! sí, Eloisa :

mas, tócala primero

de tus lábios de fuego á la sonrisa.

Y yo, que no he de ser menos galante,

y que ya voy sabiendo de las flores,

merced á tus lecciones, lo bastante

para esplicar de algunas los primores,

te doy el rojo tulipan brillante,

y en su flor, *te declaro mis ardores!*

Toma tambien para adornar tu frente

esta flor que *Inmortal* dicen se llama;

con la que, el corazon jura vehementemente,

inmortales recuerdos á su dama.

Mas, dejando esos cuentos prodijiosos,

que solo alivian en la amarga ausencia,

ó cuando no se ven los que se adoran,

gocemos del placer, los que dichosos

vemos correr tranquila la existencia,

gozando de los ojos que enamoran!

— Noble Dux, un favor me has prometido

por el cual mil favores te he prestado;
el plazo hoy es cumplido,
y de mal pagador sereis notado,
y nunca de mi amor sereis creído.

—Hoy pienso de esa deuda desquitarme.

—Será posible? Cielos, soy dichosa!

Al fin, Dios mio, al fin podré vengarme!
Morirá?

—Morirá, sí, Eloisa hermosa.

Algun tiempo pasó en el calabozo,
porque era osado, á la verdad, el mozo,
y muy querido de su brava jente
por lo hidalgo y valiente!

Siendo hijo de personas de gran cuenta,
y aun teniendo aqui deudos, era espuesto
el darle muerte oscura y violenta,
sin imputarle un crimen manifiesto.

Pero, llegaron nuevas de la España,
que falta á un pacto, y llama á la campaña
la república noble de Venecia;

por eso, mi poder que la desprecia,
en sus hijos se ensaña.

En el dia de ayer, de mis estados
mandé salir á todos sus soldados:

mas sin soltar tu ilustre prisionero;
ese alferez, don Lope de Moncada
por el que pienso estás interesada!

—Y tanto que su muerte ver espero,
y cuanto antes, señor!

—Tú, cuando quieres?

— Somos tan exigentes las mujeres!
No debes extrañarlo, Dux querido;
(dijo Eloisa, dando á sus razones
un suave y melancólico sonido.)
La venganza, en los nobles corazones,
es grandiosa tambien: soy implacable,
cuanto, queriendo bien, dulce y amable !
De mi infame raptor, ese villano
favoreció la criminal empresa ,
y se atrevió á poner su impura mano
sobre mi sien; aun creo que me pesa!
Vió mi lloro y burló de mi despecho;
vió mi virtud, y me insultó atrevido;
clamé, piedad! y me brindó su lecho
impuro y corrompido!
Notando mi valor, con torpe gozo
al tribunal horrible
me delató, como mujer perdida:
y me dejó en el negro calabozo,
sobre la piedra helada é insensible ,
maldiciendo su nombre, y de mi vida!
Ya ves si la venganza
será dulce y sabrosa ,
á mi gran corazon, hoy que la alcanza,
merced á tu grandeza jenerosa.
— Para gozarla bien, qué necesitas?
pues en matar al hombre que te insulta ,
tambien al Dux un gran placer resulta.
— Tan solo, gran señor, que me permitas
que el Adriático golfo atravesemos,

en la góndola oculta;
y que á corta distancia, presenciemos
como el mar en su abismo le sepulta.

— Aunque es capricho á la verdad bien raro,
quiero condescender con tus antojos.

Porque de tu hermosura soy avaro,
y que te la han de deslucir, es claro,
siempre con llanto tus divinos ojos!

— Cuando será ?

— Mañana determino ,
que se cumpla, bien mio, tu deseo.

— Hoy ha de ser.

— Ya es tarde, me imagino.

— Tres horas faltan para el alba; y creo
no llegará á media hora
el tiempo que se emplee en el camino.

Dispónlo ahora, señor, con gran secreto :
verás que te lo paga mi ternura!

— Eloisa encantadora !

Con tus brazos aquí me lo asegura?

— Con mis brazos aquí te lo prometo!



6.º



a las palomas marinas,
con sus cantos hacen salva
á los destellos del alva:
la noche toca á su fin;
y entre las luces confusas
de su crepúsculo incierto,
anclado se ve en el puerto
un velero bergantín.

Majestuoso se columpia
sobre las trémulas olas,
dejando sus banderolas
entre las brisas flotar.

Haciendo alarde sin duda,
de su velamen vistoso,
cual si se viera, orgulloso,
tan bello en el turbio mar.

En la cubierta de proa
un sacerdote hay sentado,

y un jóven arrodillado
junto á una arca de metal:

estrecha caja que encierra
de Rujiero los despojos,
y en la que, el niño, sus ojos
clava con ansia mortal.

— Niño, por Dios que no llores,
pues es tu lamento vano!

— Nada aconsejes, anciano,
á mi desesperacion!

— Con tu dolor, qué consigues?

— El llanto me satisface,
por ver si entre él se deshace
poco á poco el corazon!

— La muerte anhelas acaso?

— Como un bien la considero.

— Pues, es un crimen, Rujiero,
querer tan jóven morir.

— Cuando es tan triste la vida!

— Se bendice la existencia,

y á Dios se pide paciencia
para alcanzarla á sufrir!

El sufrimiento del alma
su gran virtud acrisola:
el martirio es la aureola
que corona nuestra sien!

— Padre, yo soy niño y flaco,

y así el dolor me intimida:
dejadme que á Dios le pida
lo que creo que es mi bien.

La pobre mujer anciana
que mi hermano desdichado
encomendó á mi cuidado
con tal ternura y fervor ,
bajo cuatro pies de tierra
dejamos perdida en Roma ,
donde quizá la carcoma
el gusano roedor!

Rujiero, cumplí tu encargo ,
pues yo la cerré los ojos:
y yo, tus santos despojos ,
con los suyos uniré!

Pero, despues que así cumpla
con tan sagrados deberes ,
como creo que me esperes ,
muy pronto te seguiré !

— Deja tan locas ideas:
para el mayor desconsuelo
reserva piadoso el cielo
esperanzas de placer.

— Un huérfano miserable ,
quereis que espere en la tierra ?
Pues el mundo me destierra
no debo á él pertenecer!

Si bien lo veis: estoy solo
como al nacer en Sicilia:
vuelvo á hallarme sin familia!
Que no llore quereis vos!

Volvedme la tierna anciana,
que me adoraba cual hijo;
que como tal me bendijo ,
al irse al seno de Dios !

Volvedme los dulces brazos
del entusiasta Rujiero,
que apasionado y sincero
hermano fué para mí:

mas que hermano , pues su pecho
me abrió como tierno padre ,
el día en que ingrata madre
me desechaba de sí !

Rujiero, Rujiero mio!
Solo he de poder llorarte:
jamás lograré abrazarte
con amorosa emocion !

Tu blanca sombra querida,
al menos vuelva á este suelo ,
á prestar algun consuelo
á mi triste corazon !

—Jóven, al cielo te humilla:
con tantas quejas le insultas ;
por sendas nuevas y ocultas

nos descubre su piedad !

Robándote los objetos
que tu corazon mas quiso ,
te dió un saludable aviso
para tu felicidad.

Todo aquí es perecedero :
no cifres, pues, tu ternura
en bien que tan poco dura ;
mira si es grande leccion !

Que á la tierra no te apegues
el cielo te manifiesta :

— *El desengaño, me cuesta
la dicha del corazon !*

— Tú eres aun niño ; bien pronto
vas á cumplir catorce años :
á esa edad, los desengaños
sirven, sí, para enseñar,
pero no nos arrebatan
la paz de toda la vida.

A esa edad, qué no se olvida ?

— Lo que yo no he de olvidar !

Breve es la vida : y las penas
conozco que antes la acaban..... »

En esta plática estaban ,
en triste enajenacion ,
cuando turbó de repente
su misterioso sosiego ,

de varias armas de fuego
la horrible detonacion.

Tienden inquieta su vista
á donde el ruido parece,
y pronto se les ofrece
una escena singular:

á largo trecho, una góndola
y una remera falucha,
terrible y sangrienta lucha
emprendieron sobre el mar.

Entre las nieblas confusas
del crepúsculo aun naciente,
encubierta, armada jente
se ve en las barcas cruzar;

y arrojando sus ropajes,
con gritos descomunales,
esgrimiendo los puñales
se intentan asesinar.

A lo lejos, parecia
la masa de aquella jente,
el cuerpo de una serpiente
en perpetua ondulacion:

y ya el círculo crecia,
ya el anillo se estrechaba,
cuando algun hombre rodaba,
herido en el corazon.

Mengua el clamor del combate
y los golpes menudean
de los hierros, que platean
con siniestra claridad;

la maldicion ó el suspiro
del que cae, ó del que hiere,
lánguido en los aires muere,
del mar en la inmensidad.

En la góndola, ni un hombre
queda despues de la lucha;
mas en la negra falucha
aun varias sombras se ven.

Los remeros vencedores,
hienden sangrientas las olas,
murmurando barcarolas
que no se perciben bien.

En tanto el alba nacia
sobre un bosque de abedules,
y ya en las ondas azules
del ancho Adriático mar

brillaban sus resplandores
cuando el capitán ordena,
colocándose en la entena,
las blancas velas izar.

Levan el ancla; y al punto,
se disponen los marinos:
mas, al Dios de los destinos,

al que enfrena el aquilon,
es fuerza que antes adoren
los piadosos marineros;
pues, siempre son los primeros
en creer su relijion.

Suben todos á cubierta,
y humildes y relijiosos,
se arrodillan temerosos
del ministro en derredor.

Este, sus manos levanta
y por su Dios les bendice,
mientras entre labios, dice
una plegaria al Señor.

Se sigue un canto festivo
á la ceremonia santa :
el capitan , se levanta,
poniéndolo mano al timon ;

Y con voz fuerte y robusta,
da, al fin, la señal de leva ,
y el viento en sus alas lleva
el disparo del cañon.

Al lanzarse el buque hermoso,
en el mar azul sombrío ,
se oye un ronco vocerío
que muchos hombres le harán :
y la velera falucha,
veloz se acerca á la popa ,

y el alferez de su tropa
pide hablar al capitan.

— Echad, señor, un escala
si aun admitís pasajeros;
que aqui vamos diez remeros,
con mi hija, y una mujer!

A Roma el rumbo llevamos,
y oro nos sobra, á fe mia,
para hacer la travesía:
decidnos si puede ser.»

Al capitan aun dudoso,
rogó el Prelado, al momento;
pues conoció en el acento
á Jacobo: y le estrechó

cordialmente entre sus brazos,
cuando le vió ya en cubierta,
que una mujer medio muerta,
junto al arca descansó.

El niño lanzó un jemido,
y su velo desgarrando,
fué aquella dama apartando
de la caja de metal:

y exclamó, tras un ay! hondo,
que en su boca ahogó la brisa:

— Señor, esa es Eloisa!
Vendrá para hacerle mal!»

No es cierto, gritó Jacobo:
me juró se mataría,
si á Roma no la volvía,
á un monasterio de Dios!

— Lo que cuesta un desengaño!
dijo el niño, al gondolero:
y Magdalena, á Rujiero;
« ya siempre hermanos los dos! »

El anciano sacerdote,
estrechándole á su pecho
habló al jóven « Dios lo ha hecho,
que perdona al pecador ! »

Rujiero, descansa al menos:
que si no lo ven tus ojos,
hoy conquistan tus despojos
la querida de tu amor!

Sin duda fue tu memoria
y tu tierna despedida,
la que acaso arrepentida
á Roma la hace volver!

Triunfo fue de tus amores:
porque el amor purifica,
cuando es grande, y santifica
la mas infame mujer! »

Calló entonces el anciano:
dejó el niño con sonrisa

amarga, el cuerpo de Eloisa
sobre el arca descansar.

Quedáronse en gran silencio.
El sol entonces asoma,
y rumbo derecho á Roma,
el bergantín cruza el mar.



amarga, el cuerpo de la
sobre el arco de la
Quedaron en gran silencio
El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar

El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar
El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar

El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar
El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar

El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar
El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar

El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar
El sol entraba sereno
y ruído de la lluvia
el burgués cruzó el mar



PARTE TERCERA.

VOZ ES DE DIOS

LA CONCIENCIA.

1.º



o muy distante de Roma,
hay una casa sencilla,
medio apoyada en la falda
de una gigante colina;
en cuyo rústico albergue,

vive una honrada familia,
de bienes tan miserable,
como de virtudes rica.
Son dos doncellas, hermanas,
las que aquel recinto habitan;
tan amables como honestas,
tan honestas como lindas:
de un anciano venerable
únicas y tiernas hijas.
Por todos los alrededores,
rasgos sublimes se citan
ya de su honesto decoro,
ya de su alma compasiva;
y aun, con ser entre mujeres
pasion natural la envidia,
ninguna lengua villana
se atreve á fama tan limpia;
y antes, encarecen todas
las entusiastast vecinas
del valle, la castidad,
la discrecion, la esquisita
sensibilidad de entrambas
hermosuras: porque afirman,
que sobre rostros mas bellos
la luna en Roma no brilla,
ni sobre canas mas nobles
y de respeto mas dignas!

Si el lector guarda memoria
de aquel Gonzalo, que un dia
pereció en sangriento duelo,

por arrancarle la vida
al que robó tan infame
el honor de su Eloisa;
de aquel Gonzalo, que amante
de su beldad peregrina,
guardó en el alma un secreto,
que sospechó costaría
mil lágrimas á Rujiero,
emponzoñando sus dichas;
sin duda concederá
una compasion mas viva,
á las dos jóvenes bellas,
tiernas hermanas queridas
de aquel Gonzalo, á quien lloran
en su soledad umbría;
y al padre, que se encontró
en su ancianidad prolija,
sin el amor de aquel jóven
su esperanza y su alegría!
Su hacienda se disipó
en manos de la justicia:
pues, los pacientes del muerto,
les persiguieron con ira.
Solo quedó á su miseria,
aquella pobre alquería,
en que escondieron llorosos
su pesadumbre infinita!
Pero las grandes desgracias
despiertan grande enerjia,
y mas, cuando Dios nos hace

un honor de la ignominia!
Su afan y el sudor continuo
de sus noches de agonía,
les hizo vivir alegres,
con el pan de sus vijilias.
Y ya, en sus pálidos lábios
comenzaba la sonrisa
á florecer sus colores,
por no ofenderlos, furtiva;
y ya, sueños apacibles,
allá en las noches sombrías,
se deslizaban rozando
por sus húmedas mejillas;
y ya, en fin, su corazon,
con esperanzas divinas
empezaba á ver curadas
sus muy profundas heridas,
cuando, una cruel memoria,
que allá en su mente yacía
bajo otros dulces recuerdos
si no olvidada, dormida,
vino á desgarrar su pecho
con mas punzadora espina!

En una noche nublada,
de rayos, trueno, y ventisca,
en tanto que el buen anciano
junto á la lumbre dormia,
oyeron sonar un golpe
al porton de su casilla.
La senda que alli guiaba

desde una verde campiña,
únicamente á su asilo,
por el bosque conducia:
y así, creyeron que fuese
ó alguna persona amiga,
por la tormenta furiosa,
en los valles, sorprendida,
ó algun pobre pasajero,
que sin rumbo vagaria
desorientado y perdido,
sin saber donde camina.

Llamaron, pues, á Lorenzo
que es su sola compañía;
mas amigo que criado,
aunque como tal las sirva;
pues él las adora, como
de sus ojos á las niñas!
Preguntó «quién es» dos veces:
mas, nadie le respondía,
y no divisó ni aun sombras,
al mirar por la rejilla.

«Sin duda ha sido ilusion!
Os prometo, señoritas,
que no hay persona viviente.
De lince tengo la vista:
mas, solo noto, á lo lejos,
los troncos de las encinas.
— Como el huracan no fuese!
le replicó la mas niña.
— Eso no es posible, hermana,

porque la aldaba es maciza.

— Pues yo, Enriqueta jurara.....

— Y yo tambien, Serafina.

— Pues señor, vamos á verlo.

— No basta que yo lo diga!

— Por si es algun brujo, entonces.

— Por las ánimas venditas!

Con diez bandoleros negros

armo jaleo, y aprisa;

mas un brujo; puf, que horror!

De pensarlo me da grima!

— Crees en duendes!

— Si creo.

Los vestiglos me orripilan.

— Mas calla; no ves ahora?

Por bajo de la rendija

de la puerta, está el leon

olfateando.

— Si habria

alguno? Pobre leon! »

le dijo la hermosa Elvira,

acariciando un gran perro

de Terranova, de fina

lustrosa piel, el cual lame

la mano que le acaricia;

y de nuevo aullando triste,

á la puerta se aproxima,

y con sus uñas la araña,

y en sus goznes la rechina.

— «Vamos, leon; jamás tú

equivocaste la pista,
que á media legua, los osos
con el olfato adivinas.
Pones los ojos humildes?
Cimbreas la cola erguida,
y estás dolorido aullando,
y los dientes no rechinas?
Señoritas, abro al punto :
siempre será bien venida
la persona que viniere,
pues del leon es amiga. »

Miráronse un corto espacio
las jóvenes indecisas,
y cerrando la mampara
de la cámara contigua,
en que al amor del hogar
duerme el anciano en su silla,
indicaron á Lorenzo,
que con las llaves venia
y una linterna, que abriese.
Hízolo así, y á su vista,
al pronto, no apareció
sombra alguna; mas, Camila
vió que el leon en halagos
dolientes, se deshacia ;
y aun, al volverse á sus amas,
sin duda á pedir albricias,
dejó en sus manos, la sangre
que de su lengua corria.
— Algun herido..... Lorenzo!

alumbra !

— Sí, y á esta esquina
del porton, un largo manto.

— Es dama ?

— El traje lo indica.

— Acerca la luz..... Qué veo !

De Gonzalo la enemiga !....

la perjura de Rujiero,

y de entrambos la asesina !

Maldita Eloisa !

— Sí :
una y mil veces maldita ! »

En tanto, el pobre Lorenzo,
veinte veces se santigua

y esclama: « En hora menguada

nos llega la peregrina ! »

Solo el leon compadece

aquella infeliz herida,

y con su lengua la besa,

y con su cuerpo la abriga.

Del perro fiel el ejemplo

su obligacion las avisa,

que los males no disculpan

de los deberes que obligan !

Enfrenan los tristes ayes,

y con manos convulsivas,

junto al hogar protector

aquel cuerpo depositan.

Abre el anciano sus ojos,

y con sardónica risa,

esclama con ronco acento:

«Venganza, al fin eres mía!

Arrastra el cielo á mi puerta,

á la orgullosa, y altiva,

del pan miserable mio

porque de limosna viva!

Ella te robó el amor

de tu Rujiero; ella os priva

del hermano cariñoso,

y el hijo me sacrifica!

— Bajo este techo una tumba

se puede abrir á Eloisa,

en donde ni el aire arrastre

sus criminales cenizas!

— No, jamás: Dios me presenta

cara á cara á mi enemiga,

y así, de ser jeneroso

me ofrece ocasion propicia!

Lorenzo, debo ser grande!

quien tal gloria desperdicia,

si lo ruega la conciencia,

y lo manda la hidalguía!»

Las amorosas doncellas

besándole en las rodillas,

con tiernas voces gritaban;

«Tus canas serán benditas!

Tu voz, nuestra compasion

heróica, reanima!

Por tanto mal que nos hizo,

bienes sin cuento reciba;

que en el obrar, es forzoso,
que las almas se distingan!



2.º



la siguiente mañana,
en un gabinete estrecho
en que se divisa un lecho
con cortinas de color,
un anciano, y dos doncellas,
con atencion muy profunda,
oyen de una moribunda
estas palabras de amor:

«No maldigais mi memoria,
que ya se acaba mi vida;
y es triste, en una partida
que eterna acaso será,
no merecer á ninguno,
ni una lágrima piadosa,
ni una mirada amorosa,
ó de lástima quizá!

Razon teneis, lo conozco,
de odiarme, y de escarnecerme:

mas, supisteis acojerme
con amable compasion,
y en esa accion jenerosa
de vuestro pecho ofendido,
la sangre he reconocido
de vuestro gran corazon!

Capaz sois, hermosas damas,
no solo, ay Dios! de ampararme,
sino tambien de estimarme!
El rostro bello volveis?

Mostrais los sañudos ojos
para indicar el desprecio?
No importa: yo, vuestro aprecio
sé que dármele podeis!

No porque yo le merezca;
no porque yo le reclame,
yo, la mujer mas infame,
pues la mas ingrata fui:
sino, porque vuestras almas
á la piedad os inclinan,
y porque nunca asesinan
los que protejen asi!

Camila; pobre hermosura,
que con afecto sincero,
idolatraste á Rujiero,
que por mí te abandonó:
te debo grandes disculpas;

y antes que llegue mi muerte,
perdon he de merecerte
del daño que te hice yo!

Rujiero, entonces un niño,
solo á tu casa asistia,
solo tus cantos oia
con inocencia infantil;

y, acaso, sin mi presencia,
que hizo vuestro amor pedazos,
formáras tú dulces lazos
con aquel mozo jentil.

Mas yo, por un vano antojo,
te lo confieso, primero;
despues, porque vi en Rujiero
cierta noble frialdad,
puse empeño en conquistarme
galan que me resistia,
pues de ello, se resentia
mi estremada vanidad.

En los bailes del otero,
junto á su frente morena,
rozaba yo mi melena,
rápidamente al bailar:

dando á mis ojos oscuros,
aquella luz de dulzura,
con que sabe una hermosura
rebeldes ojos cegar!

Estrechéle entre mis brazos
en mil festivas mudanzas,
entre el ruido de las danzas,
suspirándole á su sien:

Y al mirarle loco y ciego,
seguir mi rumbo, perdido,
murmurándole á su oído,
con muerta voz *Ay! mi bien!*

Fue ya olvidando tu casa,
y fue asistiendo á la mia,
donde yo, le recibia
con desdeñosa altivez,

pues, mi arrogante hermosura,
del triunfo ya satisfecha,
á nuevas conquistas hecha,
otras buscaba tal vez.

Mas el jóven, toleraba
mis exigencias y antojos,
mostrando en sus negros ojos
tan tristísima ansiedad,

que me obligaba á otorgarle
mil inocentes favores,
y á escucharle unos amores,
peregrinos en su edad!

Fui conociendo sus prendas;
el trato enjendra cariño;
llegó á ser jóven el niño,

bello como un querubin:
las palabras, son del alma
suaves y ocultas prisiones;
nuestros pobres corazones
se apasionaron al fin!

Puse á prueba su ardimiento,
su voluntad, su arrogancia,
martiricé su constancia
con bárbara ingratitud.

Desdenes, iras, antojos,
hasta celos de inconstante,
de todo salió triunfante
su pasión y su virtud!

Mil veces me causó asombro
su amor y su idolatría,
porque, imposible veía
pagarle yo nunca bien:

proponiéndome otras muchas,
ausentarme de sus brazos,
por romper así unos lazos
que lastimaban mi sien.

Yo no sé, si estaba inquieta
por verme comprometida,
á guardar toda la vida,
para uno todo mi amor:

que, como nací inclinada
á libertades y antojos,

se avergonzaban mis ojos
de ver los de su señor.

« *Esclavas son las que adoran:*
(*me decia yo llorando*)
» *mejor es vivir gozando*
» *del mundo la libertad;*
» *que no poner velo y trabas*
» *al mas honesto alvedrio,*
» *sin un pensamiento mio;*
» *sin ninguna voluntad!*

» *Sujeta al capricho vano*
» *del que elija por mi dueño,*
» *dispuesta á sufrir su ceño*
» *ó sus olvidos quizá:*
» *ó su desden ó el desprecio*
» *ó la ignominia , ó la afrenta!*
» *La libertad me contenta ,*
» *bien con ella el alma está!»*

Volvia á ver á Rujiero,
y á idolatrarle volvía:
y ya, no me decidía
á dejarle de querer!

Imán tenian sus ojos
que me arrastraban los mios ;
y asi, mis locos desvios
solia al cabo vencer !

Por último, me propuse
correr la Europa primero;
y despues , á mi Rujiero
dar mi mano en galardón;
cuando , ya desengañada
del mundo y de sus maldades ,
sus mentidas vanidades
odiase mi corazon.

El destino nos prepara
azares bien lastimosos ,
en momentos peligrosos
de incertidumbre y afán!

Cuando yo partir dudaba ,
vino á fascinar mi oído
ay! nunca hubiera venido!
un español capitan!

Juró que yo le mataba
y que él por mi amor vivia!
y hasta el alma parecia
conmovido el español:

me prometió ser mi esclavo ,
poner un reino á mis plantas ,
y darme riquezas tantas
que afrenta fuesen del sol.

Señora de un grande imperio ,
y diosa entre sus mujeres ,
entre halagos y placeres ,

que ni aun podía soñar,
juró levantarme un trono.
Y yo, de nada dudaba:
lisonjero me adulaba;
yo era fácil de engañar!

Volé en pos de esas quimeras:
ví el mundo horrible y desierto,
y eché de menos el puerto,
al sentir la tempestad!

Tarde ya! Mi honra preciosa
naufragó entre sus horrores!
de mis funestos amores
esta es la historia en verdad!

Mi orgullo me ha despeñado;
la adulacion me ha perdido;
de un padre asesina he sido,
y de Rujiero; ay de mí!

A tí te robé un esposo:
á tí, un hijo; á tí, un hermano!
A cuantos tiendo mi mano,
á un abismo sumerjé!

Soy prolija en mis querellas;
mas debo ya disculparme,
porque aquí quiero arrastrarme
por el polvo que pisais:

Y merecer penitente,
vuestro perdon y el del cielo!

Piedad de mi desconsuelo!

Decidme, que no me odiais!

Camila, cuanto atormento
tu noble pecho bizarro;
que cruelmente desgarró
tu virjinal corazón:

mira mis lágrimas; toca
mi frente ardiendo, Camila:

¿ves el mio como oscila?

Por piedad, sí, tu perdon!

Enriqueta con sus ayes
desahogó el ansioso pecho,
y de Elvira junto al lecho
se arrodilló la infeliz:

Camila besó sus manos,
y exclamó con triste tono:

«Ay! lo que no te perdono,
que no le hiciste feliz!

Si me le hubieras robado,
porque le hubieras querido,
acariciado y servido,
como á tu Dios y Señor;

mucho lo hubiera llorado,
mas algo te disculpára,
porque, te creyera avara
de hacer dichoso su amor!

— Tienes razon, y por eso
es mayor mi desconsuelo,
porque no disculpa el cielo
delitos de ingratitud:

asi como yo presumo
que cuenta no nos demande,
cuando por un amor grande
no se atienda á la virtud!

No hay perdon para un ingrato
á tan sublimes amores!
No son de Dios los favores
para un corazon cruel!

Ama y serás perdonado,
la voz del Señor nos dijo,
y á los ingratos maldijo;
que es padre del amor él!

Si gota á gota vertiendo
las sangre que hay en mis venas,
pudiera comprar las penas
que causó mi veleidad,

con qué placer la mirára
del corazon irse huyendo,
por ir asi mereciendo
el perdon de mi maldad!

Si con sacarme los ojos,
que el mal se me entró por ellos,
pudiera á los ojos bellos

de Rujiero dar la luz ,
con mis manos apagára,
con sangre su rayo puro:
una y mil veces lo juro,
por el que murió en la Cruz!

Enriqueta gritó entonces:
»Mujer, mi llanto embarazas
y el alma me despedazas!»
Camila añadió: «Por Dios!

Todos te compadecemos,
porque infeliz te miramos;
y acaso un día, podamos
aun ser amigas las dos!

— Amigas? Y qué? Ese pecho
noble, entusiasta, sublime,
podré sentir como oprime
mi infame y ruin corazón?

Dios mio! cuánta vergüenza!
Cuánta humillacion, Dios mio!
Ay, tenlo en la cuenta te fio,
para alcanzar mi perdon!

Y vos , anciano infelice ,
á quien yo he sacrificado
el hijo tierno adorado
que me defendió leal ! ! !

— No traigas á mi memoria,
tan triste y horrenda lucha;

— Señor, mi desgracia es mucha,
y es mi destino hacer mal !

Mas á cada instante invoco
su noble y sangrienta sombra;
se me aparece, y me nombra
« pobre mujer infeliz ! »

Y yo le he visto, en mis sueños,
que se sonrie altanero,
porque murió caballero,
con honra, y en buena lid !

Por tu hijo mi llanto corre,
y aun ves húmedo este suelo :
mis oraciones al cielo,
se elevan santas por él !

Porque los ángeles ciñan
á su sien limpia corona !
Pues Gonzalo me perdona,
no seáis vos mas cruel !

— Calla, mujer, cuyas voces
dan miedo y dulzura al alma :
Gonzalo goza la palma
de los mártires de Dios !

Tú le has visto en tus ensueños,
entre arcánjeles dichosos ?
Me basta : y ser jenerosos
nos corresponde á los dos !

Si tu Madona permite
que no acabe tu existencia ,
y de esta grave dolencia
te deja restablecer ,
verás que á Gonzalo imito ,
¡ hijo mio ! y que mi encono
es menor que el abandono
en que hoy vas á perecer !

— Mi abandono ?... el mas completo !
Rendida , trémula y yerta ,
por Roma , de puerta en puerta
fui pidiendo caridad :

Pero todos al mirarme ,
despues de reconocerme ,
gozosos de escarnecerme ,
niéganme hospitalidad .

Algunos, los mas amigos
de mi padre desdichado ,
asesina me han llamado ,
perdida, infame mujer ;
y prodigándome injurias
y vergonzosos dictados ,
á golpes de sus criados ,
me han hecho á Roma correr .

Del populacho afrentada ,
de su jente escarnecida ,
pálida , muerta , perdida ,

salí de aquella ciudad
maldiciendo de sus hijos,
de su cielo, y de mi cuna;
y de mi ingrata fortuna,
fiel sólo, en guiarme aquí!

Ya ves, que á mis largos males
remedio ninguno alcanza;
y que es feliz la esperanza
de que pronto moriré!

Sin parientes, sin amigos,
sin hogar, ni honor, sin nada;
de mi afrenta acompañada,
en donde me ocultaré?

— En nuestros brazos, señora! »
La dijo el amable anciano,
estendiéndola una mano
que Eloisa le besó:
y del placer conmovida,
y de su vergüenza suma,
sobre la almohada de pluma
medio muerta se quedó.



3.º



Al apagarse del sol
los últimos resplandores,
siguiendo la estrecha senda
que costea el pardo monte,
en dos caballos cansados,
en silencio, y á buen trote,
avanzan por el camino,
un religioso y un jóven,
hasta tocar con la puerta
de la casilla del bosque.
Sin duda ya los aguardan,
pues antes de que desmonten,
Camila, y su tierna hermana,
esperan á los señores :
y tambien deben de ser
amigos , pues que con voces
amables , cambian saludos,
que á la amistad corresponden.

Ya se hallan junto al hogar ;
mas el religioso entonces ,
viendo el extremo silencio

que á sus amigos absorve,
dijo, con voz reposada,
y ademan sereno y noble :

«Sí, amigo mio, hijas mias:
de lo que medita el hombre,
ya sabeis que solo es Dios
el árbitro que dispone !
Con que Eloisa?...

— Tal vez

no pasará de esta noche !

— Ya recibí vuestra carta.

— Escrita fue por su orden.

Con vos quiere confesarse,

y que Rujiero perdone,

antes de morir, sus culpas !

— Pobre Eloisa !

— Sí, pobre !

murmuró el gentil mancebo:

— Y cómo se halla?

— Conforme

con la muerte, porque acaba

sus infinitos dolores !

— Pues entremos al momento:

que Dios, que al huérfano acoje,

y que á los tristes consuela,

quizá por mi voz se goze

en derramar la esperanza

en su pecho.

— Si ella os oye,

añadió el niño, no hay duda,

que sus amargos dolores
se calmarán; y es preciso
que en su agonía no lllore!
Prometedla en nombre mío
y de mi hermano en el nombre,
el perdon!

— Que jeneroso !

— La muerte apaga rencores !
Que suba al trono de Dios,
y lleve las bendiciones
de los que hizo desdichados !
Decidselo.... el tiempo corre! »

Enterneciéronse todos,
admirando el fino porte
del rapaz, y la espresion
de sus ojos brilladores,
y su voz, que quebrantára
la dureza de los robles ;
y así Enriqueta esclamó :
« Hermanos son, se conoce
en la ternura y la fé
de sus ardientes pasiones! »

Camila, en tanto, introdujo
al anciano sacerdote,
despues que este habló en secreto
con el buen viejo don Lope,
en la alcoba de Eloisa.
Le acerca un sillón de roble
junto al lecho, y á la enferma
ayuda á que se incorpore ;

y al verla besar las manos
del confesor, con transporte,
se retiró, murmurando:
« ¡ Mi Madona la perdone ! »



4.º



uando Camila volvió
de su padre al aposento,
le halló aflijido, en los brazos
del inocente Rujiero,
al cual decia: «Infeliz!
muy infeliz te contemplo,
pues solo te dió familia,
para robártela el cielo!
Pero, jóven, no te aflijas,
que tú no has de quedar huérfano;
aunque hoy sea tan mezquina
la fortuna que te ofrezco.
Por el hermano perdido
dos hermanas te prometo;
que son sensibles te fio,
y te amarán con extremo,
por mozo, y por desvalido,
y porque yo se lo ruego! »

Las jóvenes se acercaron,
y todos tres, en silencio,
cambiaron dulces abrazos

tan amorosos y estrechos,
que harto bien se aseguraban
la verdad de sus afectos.

Rujiero, respondió entonces:

« Vuestra ternura agradezco!.... »

y mas no pudo decirles,
porque le faltó el aliento.

El anciano continuó:

— « Mi pan, mi hogar, y mi lecho

los repartiré gustoso

contigo, noble mancebo;

porque, te he visto capaz

de heroicos vencimientos,

y de virtudes hidalgas

ha de ser cuna tu pecho.

De modo que voy á ser

asi el ganancioso, creo,

pues tendré otro hijo leal,

como aquel Gonzalo muerto!

— Vuestras bondades, Señor,

aqui grabadas las dejo,

porque en lo dulce compartan

lo amargo de otros recuerdos!

Hijo y hermano seré,

en interés y en respetos;

y amparo de vuestra casa,

y de sus males remedio,

si llega un dia, en que pueda

mostraros mi buen deseo;

mas por el pronto, que en nada

necisitaís de mi esfuerzo.....

— Qué intentas?

— Dejar á Roma.

— Ahora? A qué?

— A morir mas presto;

ó á buscarme gran fortuna!

— Eres ambicioso?

— Temo

que sí; pero mil ideas

á descifrarme no acierto;

pues, aunque mucho ambiciono,

para mí no lo deseo!

— Pues para quién?

— En verdad,

que ni lo sé.

— Como es eso?

— Creo, sí, que es, por pagar

deudas de agradecimiento.

Jacobo albergó en su casa

á mi hermano.

— Un gondolero?

— Sí: y obró tan desprendido,

que vendió el pobre sus remos,

que eran su fortuna y vida,

y compró el arca de hierro,

en que leal, custodió

los nobles mortales restos.

Y nunca quiso admitirme

tan santo y fatal dinero,

ni por ayes, ni por súplicas,

ni por amenazas; siendo tan miserable, que falta le hacia para el sustento!

Si lograra yo, su choza en un palacio soberbio

convertir; si á Magdalena pudiera cubrir el cuello, que con las conchas del mar

ciñe un collar tan grosero, con perlas, menos hermosas

que sus puros ojos negros; y tener ricos brocados,

y joyas, y blancos velos para adornar aquel ánjel,

luz del Adriático puerto, fuera dichoso, dichoso!

— Mucho la alabas, mancebo.

— Es que Magdalena es bella cual de la tarde el lucero!

— De tu hermano, por si acaso, no olvides nunca el ejemplo!

— Esto es todo gratitud!

— Tal lo sientes?

— Tal lo siento.

— Asi hay principios de amor!

— De hermano, sí, lo confieso, nos le tenemos jurado.

— En fin, del caso no es esto.

Piensas partir?

— Y bien pronto.

— Y vas cerca?

— No: muy lejos!

— Y volverás?

— Quién lo sabe!

— Qué piensas tú?

— Qué no vuelvo! »

Iba á proseguir don Lope, mas, le colocó el mancebo en sus lábios una mano, porque callara mas presto. Las resoluciones grandes, en los apuros extremos, se traslucen en los ojos: el anciano, conociendo que el jóven persistiría invariable en sus proyectos, volvió á tenderle los brazos y él se los cojió de nuevo, llamando «*Hijo mio!*» al mozo, y el mozo, «*Mi padre!*» al viejo: y las doncellas, á entrabos besándoles los cabellos. Hasta, el Leon, aquel noble hermoso animal, su cuello rozando con las rodillas de su amo y del extranjero, vino á dar mas interés á espectáculo tan tierno.

— « El pobre, » exclamó Enriqueta,

ya os reconoce por dueño ;
y os ruegan sus tristes ojos ,
que no nos deis tan presto !
— « Fiel Leon , exclamó el niño ;
ser tu amigo te prometo ! »
y acariciaba , entusiasta ,
al hermosísimo perro ,
que con su lengua iba á todos ,
sus halagos repartiendo .

En aquel punto , y aun antes
de darse el adios postrero ,
por orden del sacerdote ,
entró á llamarles Lorenzo .
Los húmedos ojos , tristes ,
enjungan con sus pañuelos ,
y componiendo el semblante ,
con paso sonoro y lento ,
de la infeliz Eloisa
penetraron hasta el lecho ,
dejando en sus yertas manos
cada uno de ellos un beso .
La moribunda , entreabrió
sus ojos lánguidos , bellos ,
y estrechando un crucifijo
piadosamente á su seno ,
les dijo con voz cansada .
« El perdon me otorga el cielo ,
y para morir tranquila ,
tan solo me falta el vuestro ! »

Los sollozos mas amargos

á su clamor respondieron ;
el confesor inspirado ,
intimó á su voz silencio.
Puso en los labios de Eloisa
un relicario por sello ;
corrió las blancas cortinas,
para velar los misterios ,
que la relijion inspira
en tan solemnes momentos ;
y juzgando que su espíritu
abandonaba su cuerpo ,
postróse en tierra , y con él
en tierra todos cayeron ,
en voz doliente entonando
el cántico de los muertos !



5.º



U n cuarto de hora despues ,
en el aposento mismo
en que por su alma rezaban
de los difuntos el himno ,
resonaron de alegria
locos , tumultuosos gritos ,
y entre ellos , una voz grave
que repetia..... « Prodigio ! »

Y á fé , que á los mas incrédulos
asi hubiera parecido ;
pues , pocos momentos antes ,
los ojos vanos , y hundidos ,
mustias las blancas mejillas ,
como de cárdeno lirio ,
la respiracion ahogada
por roncros leves suspiros ,
la color muerta , los miembros
descoyuntados , y lívidos ,
Eloisa , de un cadáver
era el espectro sombrío !

Mas, en tan breves instantes,
mudanza tan grande se hizo,
que ya un ángel parecia,
de la gloria descendido.

A sus mejillas de nácar,
vago color, puro y limpio,
prestaba el tinte halagüeño
de un bello alhelí rojizo.

Sus ojos lánguidamente,
en la cruz de évano fijos,
dos estrellas semejaban
de dulce y májico brillo!

Y sus labios, se creyera
ser un clavel de Corinto,
para arrojar mas perfume,
en dos mitades partido.

El blanco seno latía
con movimientos tranquilos,
y el cuerpo flexible y ágil,
se sostenia á sí mismo :
un cambio tan admirable
en solo un momento se hizo.

Entonces, la hermosa enferma
elevando el crucifijo
en sus manos, y al alzarle,
se arrodillaron sumisos
los que alli la rodeaban,
estas palabras les dijo,
con voz serena y sonora,
llena de uncion y de hechizo :

« Milagros son del cielo !
Infame pecadora ,
la mancha del delito ,
mi fealdad causó :

mas , bórranse las culpas ,
si el corazon las llora ;
mi corazon contrito
sus culpas ya lloró !

Por eso , el santo brillo
de la virtud hermosa ,
que presta á nuestras frentes
eterna juventud ,

ciñó á la frente mia
su aureola gloriosa !
Por eso soy tan bella ,
porque amo la virtud !

Tranquilo el labio , exhala
dulcísima sonrisa ,
que sale ya de un seno
henchido de placer ;

por siempre se acabaron
las penas de Eloisa :
hoy nace para Cristo ;
hoy cobra un nuevo ser !

Del santo monasterio
las quietas soledades ,
darán al alma mia

refugio celestial !

¡ A Dios ! mentidas glorias ;
livianas vanidades ,
placeres engañosos ,
gozados por mi mal !

¡ A Dios ! vanos ensueños ,
falaces esperanzas ,
de gloria , y de renombre ,
de dichas , y de amor ;
os dejo ya , del mundo
terribles asechanzas ,
que vais siempre espiando
los pasos del honor !

A tí , mi Dios , consagro
el alma , el alma mia ,
que nunca los escesos
del cuerpo consintió :
y aquí , en el hondo seno ,
medrosa se escondia ,
mientras mi torpe vida
entre el festin corrió !

Como una pobre esclava ,
humilde y vergonzosa ,
por no manchar sus alas
vivió dentro de mí :
rasgué mi vestidura ,
infame y licenciosa ;

por eso, ya se atreve
á presentarse á tí!

Piadoso sacerdote,
hacedlo en nombre mio;
despues que me retire
al claustro sepulcral,

corred por Roma entera,
mirad que en vos confio,
por mí rogando á cuantos,
ay! pude yo hacer mal!

Procurad que ninguno
afrente mi memoria;
á los que mas me infamen,
pedidles mas perdon,

Y tenga yo el consuelo,
que al referir mi historia,
no haya quien me rehuse
su pobre compasion!

No sintais el que acabe
mi lastimosa vida!
La muerte abre del cielo
las puertas de zafir!

Dichosa yo, que encuentro
al fin de mi partida,
la senda que á la gloria
me puede couducir!

Y ahora, pues Dios me otorga,
que me siente á su mesa,
de la sagrada cena
con el divino pan,
dejar purificada
el alma me interesa ;
que ya, todas mis culpas
confesadas están !

Dejadme amigos míos:
debo reconciliarme,
revestirme de gracia
para ese gran festin,
en que mezquina esclava,
hoy puedo presentarme
á Dios, á cuya gloria,
no hay principio ni fin!

Calló la hermosa jóven:
y aun todos escuchaban
con religioso anhelo
su profética voz:
y aun todos, las palabras
dulces saboreaban
de aquel tan suave canto,
perdido tan veloz !

Mas luego, se apartaron
con planta temerosa,
por no turbar del ánjel
el rapto celestial :

Y ahora, pues
que me siento á su mesa
de la sagrada cena
con el divino pan,
dejar purificada
el alma me interesa ;
que ya, todas mis culpas
confesadas están !
Dejarme amigos míos
debo reconciliarlos,
vestirme de gran
para esa gran fiesta
en que me purificaré
hoy puedo presentarme
á Dios, á cuya gloria
no soy principio ni fin.

Calló la hermosa joven
y aun todos escuchaban
con religioso anhelo
su profética voz :
y aun todos, las palabras
dulces saboreaban
de aquel tan suave canto
perdido tan veloz !
Y así, en el silencio
con planta temerosa,
por no durbar del ángel
el rapto celestial :

pues, de ángel parecía,
su frente milagrosa,
ceñida de impalpable
aureola inmortal.



6.º



uy pocas horas despues,
cruzaba el oscuro valle,
la corta y fiel comitiva
del sacerdote, que trae
para consuelo del alma
remedios espirituales.
Las campesinas de Roma,
humildes marchan delante,
los ojos fijos en tierra
donde sus lágrimas caen :
y como pisan mil flores,
parece que de ellas nacen.
Algunas, cojiendo vienen
de los silvestres rosales,
los mas floridos capullos
de aquellas rosas salvajes ;
y con blancas campanillas,
y amapolas cual corales,
flores que son del consuelo
y el abandono la imájen,
forman sencillas guirnaldas

con tal destreza y tal arte,
que por hermosas, pudieran
servir de corona á un ánjel.

Cerrando la comitiva,
marchan seis fuertes zagales,
llevando sobre sus hombros
un atahud formidable.

Detrás, rezan los ancianos
con voz temerosa y grave,
sus preces á la Madona,
de los infelices madre!

Pasados breves momentos,
Jesucristo en cuerpo y sangre,
representado en el pan
bendito de sus altares,
sirvió á la triste Eloisa
de manjar divino y suave,
que fortaleció su espíritu
aun enfermo y vacilante!
En tanto, junto á una ermita,
bajo un olmo que la ampare,
con las ceremonias santas,
que por los muertos se hacen,
la negra caja de hierro,
á siete palmos cabales
de tierra, se pisonó;
á la sombra memorable
de la ermita, y del gran árbol
de aquella hondura gigante.
De su tronco, suspendieron

las guirnaldas tutelares,
al compás de dulces cantos
y de tristísimos ayes.
El cespéd, roto en la huesa,
se repartieron por partes,
las llorosas campesinas
y sus mas fieles amantes,
cual talisman de constancia,
en recuerdo de aquel mártir!
Al despuntar sobre Roma
el Hespero de la tarde,
ya todos se retiraron
á sus tranquilos hogares.
Solo un anciano y un niño,
arrodillados, delante
de aquel olmo, espeso y alto,
en éstasis mudo yacen.
Pasó la noche; la diosa
de sus dulces soledades,
hácia el occidente fué
acongojada á ocultarse.
Murió el último lucero;
y en el oriente distante,
del alba se dibujaron
las primeras claridades,
y aun en oracion seguian
el ministro venerable,
y Rujiero, el pobre jóven!
Este, exclamó, al levantarse,
mientras escribió en el olmo

con su daga penetrante:

*« Rujiero, el apasionado,
cuanto infeliz, aquí yace!
Llorad, los que ameís, al menos
porque en su tumba descanse! »*

— Partámonos de estos sitios.

Hijo, el infortunio es grande,
la conformidad precisa,
la vida breve, sus males
transitorios; todo acaba!

— Ay Señor! pero que tarde!

En fin, vamos, que otra luna
no quiero que en Roma me halle.

— Y á donde irás?

— Qué se yo!

— Y qué has de hacer?

— Dios lo sabe!



7.º



amila, y su tierna hermana,
su padre, y Lorenzo mismo,
á pocos días, amaron
con el interés mas vivo,
con la voluntad mas tierna,
con el amor mas sencillo,
á aquella triste Eloisa,
arcánjel bello y perdido,
por el mundo degradado,
y por Dios ennoblecido!
Fué su dolor tan vehemente;
dió de su inmenso cariño
hácia aquel pobre Rujiero
tan señalados indicios;
fueron sus lágrimas tantas,
tantos sus hondos suspiros,
que temieron muchas veces,
por sus amantes deliquios,
en un ay! ver que á los cielos

se remontaba su espíritu!
Por eso, sus graves culpas
pusieron en el olvido;
y sus desgracias y afanes
en el pensamiento fijos.
Prodigáronla ternezas,
y miramientos tan finos,
que bien pronto con salud
lograron verla, y con brio.
Todas las tardes, volaban
hacia aquel olmo sombrío,
como tórtolas amantes
en rededor de su nido.
Allí, pasaban las horas
en arrebatos continuos,
en súplicas misteriosas,
en inocentes delirios.

Mas, purificada al fin,
la hermosura de sus vicios,
y ya digna de habitar
el claustro de Jesucristo,
Eloisa, decidió
el religioso retiro
en que pensaba ocultarse
de las miradas del siglo.
Cambió sus tiernos adioses
con sus amables amigos,
y en una tarde serena,
salió por el valle umbrío
en busca del confesor,

con quien unirse convino
en la tumba de Rujiero,
de la estrella al primer brillo.



8.º

Es media tarde, y ya espera
Eloisa á su confesor:
y cuando allí, considera
que está por la vez postrera
en la tumba de su amor;
la yerba fria besando,
se echó; el alma deshaciendo,
en cada suspiro blando:
mas, se levantó escuchando
de pisadas el estruendo.

Tener que apartarse siente
de aquella tumba adorada,
tan pronto, y eternamente.
cual se quedó consolada
al ver á Camila enfrente!

— « De mí no te despedias?

— No: por no martirizarnos!

Mas tú, en mi pecho leias.

— Poco en el cielo confias;

él no quiere separarnos.

Esta es una breve ausencia
que la muerte ha de acabar!
Tengamos ahora paciencia!

— *Voz es de Dios la conciencia!*
por ella se debe obrar! »

Quedáronse arrodilladas,
bajo el árbol abrazadas
de aquella tumba querida;
y despues, de su partida,
hablaron ya resignadas.

« Ay! yo te envidio, Camila,
el que tú venir podrás
á ver este olmo, que oscila
sobre esta yerba tranquila:
yo no le veré jamás!

Tú notarás florecer
en esas ramas las hojas;
y llegarás á creer
cuando las mires caer,
que tendrán fin tus congojas!

Tú podrás cojer sus flores,
cual don feliz que te envia
el alma de tus amores;
y repetir tus clamores
sobre esa yerba sombría!

Yo, ni las verdes madejas
de ese arbol, quizá podré
divisar desde mis rejas;
mis miradas y mis quejas

en el aire perderé!

Tú me amas, Camila?

— Sí.

— Me has de prometer sincera

que tú rezarás aquí,

y que llorarás por mí,

por si mi llanto aun espera!

Y si en la noche sombría

algun espectro te asombra,

no huyas de él, amiga mía,

que acaso el cielo le envía,

y es de Rujiero la sombra!

Dila, entonces, que yo lloro

en el triste monasterio,

por el alma del que adoro;

y que su presencia imploro

en mi santo cautiverio!

Que, aunque estoy bien resignada

á vivir en el Señor,

que no me deje olvidada;

que en el alma hay reservada

la parte que es de su amor!

Pero ¡ah! que soñando estoy!

A Dios, mi pobre Camila,

el último adios te doy!

El postrero día es hoy

que mi corazon oscila,

á tu corazon unido!

Ya, separarnos debemos:

no me dés nunca al olvido!

Cúmpleme lo que te pido !

En la gloria nos veremos !

— Aun no llegó el confesor.

— Otro abrazo mas !

— Y cien.

— Ay mi Rujiero ! Ay mi amor !

Cuando yo vuelo al Señor

cómo he de abrazar tu sien ! »

Entonces se oyó un quejido,

del arbol entre las hojas ,

tan amoroso y sentido,

que hizo poner en olvido

á Camila sus congojas.

Las dos amigas sensibles ,

alzaron sus tristes ojos ,

y entre las ramas movibles ,

y entre las flores flexibles

apiñadas en manojos,

vieron al dulce cantor

que soltó el quejido blando:

era un pardo ruiñeñor,

de aquellas ramas en flor

su frágil nido colgando.

« Qué canto tan celestial ! »

esclamó por fin Camila,

con sonrisa anjelical :

Eloisa dijo tranquila :

— « Cierto ; es sobre-natural !

Dios sus glorias manifiesta ;

y sin duda nos previene,
que para un alma modesta,
hasta el ave en la floresta
dichosos consuelos tiene!

Si así acalla tu dolor,
solo un canto misterioso,
no dudes, no, que el Señor,
en el claustro silencioso
te asistirá con amor!

Que á la gran naturaleza
prestó encantos, que derraman
en el alma, paz, grandeza;
y entusiasmo, y fortaleza,
en los que con fé le llaman.

— Camila, tienes razon:
dulces tus palabras son,
y me atraen como imán!
Dios consolará mi afán,
y su hermosa relijion!

Mas, no sé lo que sentí
cuando ese canto escuché!
Un eco reconocí,
que muy grabado, ay de mí!
en el alma conservé!

Adios, ave solitaria,
que desde esas ramas, cuidas
de esta tumba solitaria!
si llega á tí mi plegaria,
y mis lamentos no olvidas,
tuerce tu rumbo amoroso

hácia mi santa clausura;
que allí hay un bosque frondoso,
junto á un verjel oloroso,
con fuente, sombra y frescura.

Vuela al menos algun dia
á gozar de tus amores,
junto á mi celda sombría.
Vuelva yo á oir tu armonía
del convento entre las flores!

Mas, ay Camila, que oí?....
— Que el ave tierna pió!
— Amiga, dijo que sí!
Claramente lo entendí,
que en el alma resonó!

— Siempre persuadirse sabe
lo que un amante ambiciona.
Aunque muy tierno y muy suave
eso fue un trino del ave.

— No, amiga mia, perdona:
fue la voz de mi amador.

— Sea, pues ella consuela
elocuente tu dolor.

— Sé piadoso, rui señor;
vuela al monasterio, vuela! »

En aquel mismo momento,
el ave lanzóse al viento,
lánguidamente volando,
y aun su rumbo encaminando
á las torres del convento.

« Parece que te obedece, »
Camila, al fin exclamó:

— « Yo no sé, lo que parece;
mas, el alma desfallece
mientras él vuela! » Calló;

y un largo espacio Eloisa,
con ansia siguió su vuelo
y murmuró con sonrisa:

« Ya sobre el sol se divisa;
el ruiñeñor es del cielo!

Quizá, nunca volverá!
Para siempre le he perdido!
Mira si deja algun nido!
— Nada se vé.

— No vendrá!
Acaso fue haberle oído.

Sin duda, ave pasajera,
de ese árbol se guareció:
mas su dulce compañera
en otros bosques le espera,
y á sus amores tornó!

Asi, peregrina soy
en este valle sombrío:
y aunque descansando voy,
continuo anhelando estoy
volar al amante mio!

Adios! Camila querida:
si vuelve ese ruiñeñor,
dile mi queja sentida,
y que mi amor no le olvida:

pues no olvida un fino amor!

Adios.....

— Adios! En mí fia.

Yo rezaré á tu Rujiero!

Yo invocaré noche y dia
tu rui señor pasajero.

— Adios, tierna amiga mia.

Sufrir y vivir!

— Paciencia!

La gloria el martirio alcanza.

— De ganar, con penitencia
el cielo, tengo esperanza!

— *Voz es de Dios la conciencia!*



que no olvida un fino amor!

Adios...

— Adios! En mi fin...

Yo rezaré a la Virgen!

Yo invocaré noche y día

tu trineo pasaje.

— Adios, tierra amiga mía!

Adios y vive!

— Patencia!

La gloria el martirio alcanza

— De ganar, con perdición

el cielo, tengo esperanzas!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!

— Voz ex de Dios la condesciende!





PARTE CUARTA.

QUIEN BIEN QUISO

NUNCA OLVIDA.

I.



e los sagrados altares ,
colgó Eloisa las galas
del mundo, y ciñó á su frente
del claustro las tocas blancas.
Ya, bajo el velo monjil,

sus negros ojos resaltan
como dos vivos carbones
que las cenizas apagan.
Entre los cándidos pliegues
de aquella toca rizada,
que forma un círculo estrecho
á su bellísima cara,
esconde el amor furtivo
tantos hechizos y gracias,
que al ver su linda figura
se admiran todos y esclaman:
« Hoy, ha bajado al convento
» el ángel de la Esperanza! »

Notable es el monasterio,
sin duda, de santa *Eulalia*:
tanto, por las nobles monjas
de muchas ilustres ramas,
que dan con piadoso ejemplo
renombre y honra á esta casa,
cuanto, porque allí se educan,
con educacion bien santa,
por las mismas religiosas,
y algunas honestas damas
retraídas ya del mundo
y en el claustro retiradas,
muchas doncellas, que acuden
de todas partes de Italia,
á recibir de estas madres
tan escogida enseñanza.

El monasterio es suntuoso; y en campiña despejada, á corto trecho de Roma, su bosque y jardin se ensanchan muy cerca de media legua, rozando con las murallas.

En dos partes, divididas están sus grandiosas salas; al mediodia, las madres, á oriente, las educandas: y los jardines y el huerto que en el centro se levantan, son las barreras de flores que únicamente separan de noche, las lindas monjas, de las bellas colejialas.

Entre estas, hay una jóven que Magdalena se llama; hermosa como la luna, y como su lumbre, casta! Es hija de un gondolero y de nacion Veneciana, y solo hace cuatro dias que el monasterio la guarda. Pocos son, pero han bastado para interesar, á cuantas en el convento, han cruzado con la niña dos palabras: pues su inocencia, y ternura, y la sencillez con que habla,

cautivan májicamente
y el corazon se la ganan.
Que nadie ve á Magdalena,
que no confiese le encanta,
y aun antes de conocerla
es ya preciso adorarla.

Eloisa, el primer dia,
que en aquel retiro se halla,
oyó de una tierna jóven
encarecer las ventajas,
y al punto que se encontró
con su gondolera amada,
corrió á buscar en sus brazos
el consuelo de sus ansias:
y entre besos y suspiros
asi se hablaron entrambas:
— « Tú en el monasterio?

— Sí,
hoy se cumple una semana!
— Y tu padre?

— Con salud!
— Mas cómo de sí te aparta?
— Dice que soy una perla
y que desea engazarla,
y que primores y estudios
me harán mejor estimada.
Por eso aquí me envió;
pero creo que me aguarda,
pues sus dos cartas llegaron
aun húmedas de sus lágrimas!

Él, que llorar no sabia!

Ay padre! mi amor me pagas!

— Bien hizo el pobre Jacobo !

— Vuestra largueza fué tanta
para con él.....

— Mas le debo.

— Que pudo con las alhajas
vendidas, pagar mi dote,
y aqui tres años mi estancia.

Compró en Nápoles la bella,
una guerrera fragata,
que no se las pide al viento
sino que le da sus alas:

Cien hombres armó á su costa,
que su Capitan le llaman,
y del golfo cristalino
recorre el bajel las aguas.

— Qué bandera es la que sigue?

— La del huracan que manda;
porque, Venecia perdida,
ya solo el mar es su patria !

— Por mi la perdió !

— Por vos;
ahora es feliz; esto basta ! »

Las dos amigas entonces
con tierno interés se abrazan ,
y hacia el bosque solitario
dirijen su leve planta ;
y allí , bajo unos cipreses ,

asi anudaron su plática:

— Ay! Magdalena!

— Ay! Señora!

— Escenas del mundo estrañas!

En un pobre monasterio

nos reúne la desgracia!

Con la diferencia sola,

que aqui mis sueños se acaban,

donde tu ingenio y talentos

gran porvenir te preparan,

pues tus ilusiones nacen!

El hábito es mi mortaja:

y tú, un dia volverás

del mundo á las pompas vanas!

— Os confieso, que ya al mundo

solo un deseo me arrastra!

— Magdalena, en mí escarmienta:

quien cruza ese mar naufraga!

Y ese deseo es de amores?

— Yo no comprendo su causa.

Pero siento que á un recuerdo

mi sangre toda se inflama:

cruzan por mi mente, sombras

que me fascinan y encantan.

— Y entre esas sombras, alguna

un jóven no te retrata?

— Sí, Eloisa!

— Ay pobre niña!

Eso es amor y me espanta,

porque eres tú muy hermosa,

y tendrás fortuna escasa!

— Yo, señora, nunca pienso
en el día de mañana.

Dios dispondrá, porque al fin
breve es la vida mas larga;
y si me pierdo, en buen hora
porque la intencion me salva!

Mas, desde el primer instante,
que le albergué en mi cabaña,
juré, ó vivir por Rujiero,
ó morir desesperada.

— Por Rujiero! El tierno hermano
del Rujiero que yo amaba?

— El mismo, Eloisa, el mismo!

Si vierais en mi posada
aquel niño, tan hermoso

como el ángel de mi guarda,
en su despecho, arrancarse
su cabellera dorada;

rozar su sien por el suelo,
que el llanto acaso aun guardaba
de su hermano; y de rodillas,
con mi Madona de nácar,

herir sus lábios, y en sangre
teñir la efígie al besarla,
su profundo sentimiento
el corazon os ganara!

— Bien su grandeza conozco!

Yo me he arrastrado á sus plantas;
y él ha tendido sus brazos,

á la mujer inhumana
que huérfano le dejó!

Ah! nunca seas ingrata!

— El será el Dios de mi vida,
y yo de su gusto esclava.
Es tan hermoso!

— Sí á fé!

— Como las risas del alba!

— Sus ojos tan dulces son!

— Como el perfume del ambar!

Su boca, partida en dos
es un clavel de Bengála.

— Y atento.....

— Y pundonoroso.

— Y sensible.

— Y entusiasta.

— Adórale Magdalena.

— Ah! sí, con toda mi alma!

— Mas pídele á tu Madona,
que las voluntades ata,
que una vuestros corazones!

Quien debe no siempre paga!

— No cabe en pecho leal
de mal pagador la mancha.

— Me avergüenzas! dices bien,
no tiene excusa mi falta.

Yo debia á mi Rujiero
la sangre de mis entrañas!

— Consolaos.

Mas, qué es esto?

— El toque de la campana
para la clase de física.

— Es decir, que nos separa?

— Venid, y os distraereis,
hay maravillosas máquinas,
por unos lentes, la luna
se ve tan cerca y tan clara,
que aun en su disco se notan
las sombras de las montañas.
Venid.....

— No: que hoy necesito
pensar en mi suerte infausta,
y meditar en la vida
que en este claustro me aguarda.
Pues solo tienen mis ojos
sus cariñosas miradas
para buscar en las nubes
el ángel de mi esperanza:
y en ese espacio azulado
únicamente se clavan,
por si en su hondura, se encuentran
de Rujiero con el alma!

— Como gustéis, Eloisa ;
vuestro dolor no me espanta !
Qué celda os han destinado?

— Mira: la de esa ventana
que está enfrente, y hace esquina
á la selva.

— Es linda cámara.
Nos vemos desde las rejas.

Mas, adios! que la hora pasa.

— Corre, Magdalena mia.

— Vuestra, sí; porque hoy se enlaza
nuestra amistad!

— Que es ya eterna!

— Ni la muerte ha de acabarla!



2.º

ola estoy ya para siempre
en tan triste monasterio!
Suframós mi cautiverio
con resignada humildad!
Ya no me queda en el mundo
ni consuelo, ni esperanza!
Suframós, pues que se alcanza
sufriendo la eternidad!

Ya me ves blanca y honesta,
Rujiero del alma mia:
tan pura, como aquel día
en que me juraste amor!

Ya pueden mis tristes ojos
á las nubes levantarse,
y apasionados clayarse
en tu rostro encantador!

Ya pueden con tu memoria
nutrirse mis pensamientos!
Cruels remordimientos

me arrastraron al altar!

Mas, hoy al ceñirme el velo
que á las vírgenes corona,
creo que Dios me perdona,
y que me permite amar!

Creo, que él mismo, me manda
que con honesta locura,
con religiosa ternura,
inspirándome en tu luz,
justifiqué que era digna
de gozar de tus amores ;
pues nacieron de sus flores
mi inocencia y mi virtud!

Cuando me halagó tu aliento
como cariñosa brisa,
cándida y tierna, Eloísa
de Roma el orgullo fué!

Cuando de ella me apartaron
mis apetitos y antojos,
solo maleza y abrojos
en mi corazon hallé!

Sin tu amor, viví perdida ;
tu cariño me ha salvado :
ni aun muerto , has abandonado
á la que adoraste bien!

Que , arrancándome á Venecia ,
tú, Rujiero de mis ojos ,

sobre tus yertos despojos
llevaste mi helada sien.

De nuevo me hallas, Rujiero,
digna ya de ser tu esposa !
Y me gozo en verme hermosa,
por si te merezco así.

Ay! si te fuera posible,
y en tí quedara memoria,
te rogára, que la gloria
abandonases por mí !

Sobre ese sauce, á que el viento
tan dulce murmullo arranca,
pudiera tu sombra blanca
lánguidamente jirar :

y entre sus leves vapores
ceñir mi rostro abrasado,
y con su ropaje helado
mi corazon calentar !

Querria yo en ese tronco,
pues nada tuyo me pasma ,
aunque fuese en un fantasma
reconocerte , ay mi amor !

Mas si volver á este mundo
Dios te otorgase , Rujiero ,
de un arcánjel hechicero
te diera forma el Señor !

En vano el alma te busca ,
que el cielo la tuya esconde;
tu dulce voz no responde
á mi doliente jemir!

« Mas ay ! Un eco murmura !
» Es tu lamento ?... ¿ *Contesta* ?
» Es tu sombra invisible ! » *Esta...*
decia el eco al morir !

« Oh ! Que inefable alegría ,
Rujiero , tu voz *derrama* !
El eco respondió..... *Ama* !

« ¿ Tú me prometes amor ?
¿ En qué , objeto he de adorarte ?
Mas , qué veo ! virjen mia !
el eco no respondía ,
era un pobre rui señor ! »

Dulce cantor de las selvas ,
¿ eres tú aquel mensajero
que en la tumba de Rujiero
me compadeciste ?

— *Pí.*
El es: piando responde.
Dulce rui señor perdido ,
quieres mi pecho por nido ?
Eres mi Rujiero ?.... *Dí* ?

- Mas , ¡ ay ! volando á mi lado
tú me acaricias las sienes ;

aunque algun recelo tienes
que no te deja llegar :

No temas , pájaro mio ,
porque yó , qué daño te he hecho ?
Ven , te guardaré en mi pecho
entre el jazmin y el azahar !

Te colocaré en mi estancia
entre rosas y azucenas ;
yo subiré estas arenas
para formarte un jardin !

Huyes de mí ? Lo comprendo ;
mi celda es mezquino espacio ,
para quien goza el palacio
de esa atmósfera sin fin !

Al menos , nunca abandones
esta vistosa enramada ;
y allá , en la noche callada ,
suelta tu voz , ruiseñor :

Que una mujer , en su insomnio ,
las sienes entre esas rejas ,
fiel escuchará tus quejas
melancólicas de amor !

Ella enviará á las brisas
palabras que te respondan ,
y que dulces correspondan
á tu lánguido jemir .

Sí , yo beberé en los vientos

tus ayes y tu armonía,
que hoy hacen al alma mía
de afán y placer morir !

Y cada trino hechicero
pagaré con un suspiro,
pues, por tus cantos deliro
con extraño frenesí ;

y en tanto, nos verá el alba
á tí, por mi amor cantando,
á mí, por tu amor llorando ;
que á Rujiero adoro en tí ! »

Quedó Eloisa suspensa,
siguiendo con vano anhelo
el rápido incierto vuelo
del ave inquieta y fugaz ;

que alguna vez, revolando,
tan cerca de ella venía,
que de sus alas sentía
el aire, en su ardiente faz.

En una ocasión, lanzóse
Eloisa hacia él, como loca,
y aun le rozó con su boca
las plumas al ruiseñor :

y el pobre cantor del bosque,
ó de sus miradas ciego,
ó abrasado de aquel fuego,
rindióse junto á una flor.

Espantada y recelosa,
alzó al ruiseñor caído,
mirando si estaba herido
con inocencia infantil;

alisó sus leves plumas
con tierno afán y embeleso,
y le dió anhelante un beso,
luego ciento, y despues mil!

Batió el ruiseñor sus alas
para remontarse al cielo,
mas suspendiendo su vuelo
se puso amante á piar:

como si el ave, gozára
en ser ya feliz cautiva
de la hermosa compasiva
de quien se ve acariciar.

Eloisa, en tanto, clamaba
con maternal desvarío:

« Rujiero, Rujiero mio,
¿no has de abandonarme? ¿No? »

Y su clamor repetía
al verle tan estenuado:

« ¿ Rujiero, te he lastimado ?
¿ Mi boca, quizá, te hirio ? »

Asi en querellas y amores,
entre lágrimas y risa,
dos horas pasó Eloisa

junto al sauce del jardin ;

y á no sonar la campana
de oracion , en el convento ,
su loco enajenamiento ,
aun no llegará á su fin.

Guarda en su mórvido seno
al ruiseñor delicado ,
que triste , herido , ó cansado ,
inmóvil permaneció :

únicamente al sentirse
sobre tan pura garganta ,
su voz lánguida levanta ,
que un suspiro pareció.

Eloisa enternecida ,
creyendo se lamentaba ,
de que ella así le robaba
su preciosa libertad ,

se abrió las tocas , y al aire
le alzó en su mano remisa ;
mas , prefirió de Eloisa
la dulce cautividad.

Permaneció muy tranquilo ,
echado lánguidamente
en aquella mano ardiente
y trémula de pasion ;

como si el nido elijiera
en aquella suave palma ,

en la que, el calor de un alma
le atraía el corazón!

Conoció la tierna jóven
que al aire y cielo sereno,
él, prefería su seno.

« Su paraíso está aquí! »

Gritó, delirante y loca:
y añadió, entre mil escesos,
dando al ruiseñor mil besos :

« A su Dios deja por mí! »



3.º



a la noche sosegada
del mundo se enseñorea,
y todo en calma y silencio
dormido yace en la tierra.

Las blandas brisas, parece
que mas sonoras se quejan,
y de la fuente el murmullo,
y el rumor de las florestas,
y el eco de las montañas,
y el estruendo de las selvas,
cual vaga música estraña,
sonoramente se mezclan.

Porque el bullicio del mundo,
su encanto entonces no altera,
y se oyen solo las voces
con que la naturaleza,
las maravillas de Dios
agradecida nos cuenta!

Eloisa está pensativa
sobre su lecho, despierta:

pues de hallarse en el convento
la primer noche es aquella.
No es estraño que medite,
quien se juzga prisionera,
y ve la pálida luna,
partida entrar por las rejas!
Quien mira en aquellos muros
de la solitaria celda,
una tumba misteriosa
que antes de morir la encierra!
No es estraño que medite,
quien en el lecho se encuentra,
en que el sueño de la muerte
vendrá un día á sorprenderla!
Quien ve en sus hábitos blancos
la mortaja que la espera;
y el mundo y sol, al través
de herradas y dobles verjas!
No es estraño, que aun agovien
aquellos muros de piedra
aquel corazon tan jóven,
que su libertad recuerda!
No es estraño, que en sus sueños
las terrenales quimeras
vengan á encantar livianas
su frente calenturienta;
porque en las noches hermosas,
todas las mujeres sueñan,
ó las delicias perdidas
ó las glorias venideras!

y el amor viene á sentarse
del lecho á sus cabeceras ,
y con alas invisibles
sus sienes ardiendo oreas.

Tristes recuerdos ajitan
á Eloisa, y la atormentan:
memorias mil lastimosas
de sus fortunas adversas!
En su insomnio, allí en su cama,
delirando se revuelca
como si fueran abrojos
los que sus carnes maceran:
y en su arrebató, se arranca
de su poblada melena
los largos cabellos negros,
que al sol en su brillo afrentan.

Ya por su estancia sombría
un debil canto resuena,
que al momento tranquiliza
sus tumultuosas ideas:
entre sus largas pestañas
quedan dos lágrimas secas.
Es el ruiseñor del bosque ,
que en otra inmediata pieza
unida á la de Eloisa ,
sus soledades consuela.
Entre plantas olorosas
de claveles y azucenas,
rosas, lirios, siemprevivas,
capuchinas y violetas,

tiene un verjel figurado ,
por el que libre pasea ,
si bien le impide su vuelo
una red blanca de cuerda.
Capricho fué de Eloisa ,
y á diversion tan honesta
ninguna monja se opuso ,
ni aun la ríjida abadesa.
Y asi, con las colejialas ,
(obtenida la licencia)
despojaron el jardin
de las mas lindas macetas ,
de las plantas mas crecidas ,
y de las flores mas bellas ;
y subiendo entre sus velos ,
hasta el musgo, y las arenas ,
en su aposento formaron
un verjel, con madre selvas
imitando un bosque oscuro ;
porque sin duda asi, piensan
que olvidará otros sombríos
el ruseñor de las selvas ,
en cuyo cuidado todas
las educandas se esmeran ,
aunque las madres, murmuran
ya de tan locas finezas.
Y como si el pajarillo
su amor pagarlas quisiera ,
aquella noche cantando
se la pasó toda en vela ,

y colejialas y monjas,
oyendo, y todas despiertas.

Vino la noche siguiente;
y de Eloisa las penas
volvieron á atormentarla,
cuando en el lecho se encuentra.

Y de nuevo el ruiseñor,
volvió á consolar sus quejas,
y á hacer que en el monasterio,
con sus cantos nadie duerma!

Eloisa, mas que ninguna
enamorada y suspensa,
sigue los dulces acordes,
cuyo sentido penetra.

Mil veces se la figura,
que es una voz la que suena
de un amante, que pregunta,
y que ansía una respuesta.

Y como escucha un gemido
cuando al canto no contestan,
maquinalmente responde,
la entusiasmada belleza,
descifrando los enigmas
de tan peregrina lengua!

Quizá fueron ilusiones,
ó acaso verdades fueran!

Por qué el canto de las aves
no ha de espresar lo que sientan?

Y por que se ha de negar
que las almas lo comprendan,

cuando lo permita Dios ,
de su nombre á la grandeza?

Yo, lo creo; mis lectores
harán lo que les parezca;
lo cierto es, que se cruzaban
los cantos, y las respuestas.

— Qué tú me amas, rui señor?

— *Quien bien quiere nunca olvida!*
Aunque se acaba la vida
jamás se acaba el amor!

— Habrá perdon para mí?

— Tus lágrimas lo merecen;
y á Dios al fin enternecen!

— Rujiero, que ingrata fui!

¿Queda en el cielo memoria
del infiel que nos engaña?

— Aquí, solo me acompaña
de los ángeles la gloria.

Mas nos permite el Señor,
á los que mucho adoramos,
que el recuerdo no perdamos
de las dichas del amor!

Y á algun amante consiente
venga á llorar con su bella,
y en una pálida estrella
muestre su pálida frente.

Y ya en la brisa sonora,
y ya en las aguas del lago,
hace, que un murmullo vago

consuele á el alma que adora.

De modo, que aunque invisibles
parecemos á los ojos,
á vuestras penas y enojos,
bien nos mostramos sensibles.

— Ay que dulce es tu clamor ;
esa sabrosa armonía,
solo del cielo se envía
á un ángel consolador.

Tu eres, mi tierno Rujiero,
fiel rui señor espresivo?
Ay! por tu presencia vivo,
como por tu ausencia muero!

¿Eres tú, mi amor, bien mio,
el que tan dulce me nombra?
No es ilusion la que asombra
el alma en su desvarío!

— Pregúntalo á tu pasión.

— Ah! me responde que sí.

— Me reconoces tú así?

— Te veo en mi corazón!

En él te hallas esculpido;
la sangre no te ha borrado,
y en él estás mas grabado
que cuando mas te he querido!

Solo un recelo me mata.

— Habla, ¿cuál es tu recelo?

— Que no he de verte en el cielo!

Allí no cabe una ingrata!

— Ay desdichada mujer!

Esa es la ofensa mayor
que á un Dios de paz y de amor
se puede en el mundo hacer!

Mas solo de una manera
se aplaca al cielo en sus iras!

— Mi ruiñenor, tú suspiras?
Perdida estoy yá!

— No: espera!

Si el amante á quien vendiste
ruega por tí, te salvaste.

— Y tú, por mi amor rogaste?

— Siempre fiel me conociste?

— De modo, que Dios dispone,
en su justicia divina,
que á la mano que asesina,
su víctima la corone!

— Solo asi hay espiacion!

— Qué pocas veces será!

Qué pocas se encontrará
como el tuyo un corazon!

Anjel, que aqui me acompañas;
luz de mis ojos querida;
única flor de mi vida;
Rujiero de mis entrañas!

Te estremeces de contento?

Pues sí, ya el ave perdida
desea ¡ay! arrepentida,
volar á tu firmamento!

Ceñirse las nobles palmas
de las vírjenes mas puras,

dejando estas ataduras
que me esclavizan el alma.

El cuerpo el infame ha sido;
que yo sé del alma mia,
que en mi cuerpo no vivía
mientras le vió corrompido!

Yo sé, que ella conservó
su inmaculada pureza;
y que á manchar su belleza
el pecado no llegó.

Que la carne, á su despecho,
esclava la hizo del vicio!
Conoces mi sacrificio?
Dime si estás satisfecho?

— Cielo, á donde el sol se asoma
por tus negros ojos bellos;
sí: yo te juro por ellos,
mi enamorada paloma,

que has alcanzado el perdón
de Dios, al que has ofendido!
Rujiero te ha redimido
con su propio corazón!

Aunque espacio transitorio,
padece entre horribles llamas;
con tu muerte, si bien le amas,
saldrá de su purgatorio!

Mas, si en desgracia de Dios
te sorprende el sueño eterno,
para siempre, en el infierno,
os reunireis los dos! »

Acaso nada diría
el ruiseñor que cantaba,
mas ella lo descifraba,
como tierna lo sentía,
dando á sus dulces acentos
la fiel significacion
que á su propio corazon
prestaban sus pensamientos.

Y nosotros que creemos
que siempre imposible hallamos,
todo lo que no alcanzamos,
y descifrar no sabemos ;

no hemos de negar que sea
muy fácil al Hacedor,
prestar lengua á un ruiseñor,
cuando en su gloria se emplea.

Pues acaso sus consejos
nos dé misteriosamente,
ó en las sombras del ambiente
ó del rio en los espejos :

y que algun santo mensaje
nos traigan los ruiseñores ;
todo consiste, lectores,
en comprender su lenguaje.

En fin , por favor de Dios,
ó por arte del demonio,
sin levantar testimonio ,
bien se entendian los dos ;

y pues ya se permitia
á Eloisa este misterio,

este diálogo harto sério ,
así entre ambos concluía :

— « Nunca me abandonarás?

— El ángel soy de tu vida!

— Entre tus alas , dormida ,
al cielo me llevarás?

— Tu virtud ha de salvarnos !

— Podrás conseguir de Dios ,
que á un mismo golpe , á los dos
llegue la muerte á asombrarnos!

Y que en un solo momento
nuestro corazon se hiele ,
y que hasta allí , unido vuele
mi aliento á tu último aliento?

— Quizá el señor lo permita!

— Ah ! moriré junto á tí ?

Aquella hora en que nació
una y mil veces bendita !

Ven , ruiseñor amoroso ,
anjel del Eden perdido ,
que por mi pecho , hoy tu nido ,
dejas el paraíso hermoso ;

ven , y nunca te separes
del alma á que das calor ,
pues el alma ¡ay! Ruiseñor ,
va esclava de tus cantares!

Ven , amigo , y compañero
de mi pobre sepultura :
moriste por mi ternura !

Moriré por tí , Rujiero!

— De ese modo salvarás
el alma de entrambos.

— Sí !

— No te apartarás de mí
en vida y muerte?

— Jamás ! »

A estas últimas palabras,
una luz rosada y bella,
como una aureola leve,
ciñó su blanca cabeza :
y en los vidrios empañados
de la enrejada vidriera ,
se miró confusamente,
en su atahud, como muerta ;
rodeada de guirnaldas ,
de luces y de doncellas ,
y un pájaro moribundo
uniendo á su boca yerta !
Y sus ojos se cerraron ;
y en su éstasis, de la tierra
creyó volar á los cielos.

La vision pasó lijera ;
quizá así, sus esperanzas
confirmó la Providencia !

Sorprendió el alba á Eloisa
regocijada, y despierta,
ante un Cristo de rodillas ;
á su garganta morena

estrechando al ruiñeñor ,
que no canta, mientras reza
la jóven , y cuando calla,
con dulces conciertos puebla
del monasterio espacioso
las galerias desiertas.

A poco rato, en su cuarto
muchas colejialas entran,
y por tomar la palabra
unas á otras se atropellan,
consiguiendo, que ninguna,
lo que murmuran comprenda.

— ¡Jesus que noche!

— Los huesos
me valgan de santa Elena !

— Que sueños !

— Qué apariciones !

— Todita , todita en vela !

— Y en la cama habia zarzas.

— Si no he dado dos mil vueltas.....

— Ese ruiñeñor.

— A verle?

— Qué hermosísimo !

— Que tersas
sus plumas.

— Ay! me parece
su voz la de un alma en pena!

— Pero muy enamorada
porque de amor me penetra.

— A mí me encanta y me asombra.

— Y á mí me enciende y me hiela.

— Qué quejidos!

— Qué armonía

tan prodijiosa y tan nueva!

— Mientras dure en el convento,
yo apuesto á que nadie duerma.

— Sin embargo, es tan divino
el canto que nos desvela!

— Por una noche; bien..... pase.....

mas, como siga la fiesta!..... »

Siete ú ocho colejialas
son, las que cambian y truecan
sus sonrisas, y cariños,
sus preguntas y respuestas:
y las que, en la blanca falda
de su absorta compañera,
para el rui señor mimado,
bollos y vizcochos echan,
acariciándole locas,
y enamorándole tiernas;
aunque este, nunca ha probado
ni manjar, ni agua siquiera:
pues parece, que del aire,
por milagro, se sustenta;
y aun por él, al ir volando,
de luz como un rastro deja
que por el diáfano ambiente
vaga claridad semeja.

Cruzan de nuevo saludos;
y de pronto, como flechas,
al toque de un cimbalillo
desaparecen lijeras.

Quedando solo en la estancia,
platicando con reserva,
con la entusiasta Eloisa
la sensible Magdalena!



4.º

Esta noche, adorada Magdalena,
fué la mas deliciosa de mi vida;
del altocielo, á consolar mi pena,
bajó la sombra de mi bien querida.
En ese ruiseñor, dulce y serena
escuché su plegaria, enternecida;
y en este lecho, entre olorosas flores,
gocé de sus anjélicos amores!

— Esta noche, Eloisa afortunada,
tambien sus dichas mi esperanza toca,
porque me creo de Rujiero amada,
á cuyos pies humillaré mi boca.
Al través de la reja despiadada,
su mano acariciando como loca,
con las verjas haciéndome pedazos,
el alma mia le entregué en mis brazos!

— La dulce voz del ruiseñor querido
será en el mundo mi único consuelo,

pues él mi gloria, y mi esperanza ha sido,
y mi primer amor en este suelo.
Cuando se eleve á su glorioso nido,
la fiel paloma seguirá su vuelo,
al bosque santo de eternas palmas;
pues son ya inseparables nuestras almas!

— Yo, Eloisa, tambien á mi Rujiero.
por esta cruz que adorna mi garganta,
de amor inolvidable y verdadero
le hice esta noche una promesa santa!
Lo que viva mi bien, vivir espero;
pues mi pasion, aun al nacer es tanta,
que como yerba de su tallo asida
cuando á él le corten, cortarán mi vida!

Qué dulce es el amor correspondido,
y qué triste el cariño desdeñado!
Por qué tan tarde el desengaño ha sido,
cuando mi bien, la muerte me ha robado?
— Consuela tu pesar, ya que á tu nido
baja del cielo el ángel, transformado
en tierno rui señor que te enamore!
Nunca ingrata seré con quien me adore!

— Dichosas en el claustro viviremos,
con la oculta pasion que alimentamos!

— Será un misterio, cuya luz veremos
cuando á los brazos del Señor subamos!

— Cuando el herido corazon mostremos,

porque en silencio aqui le desgarramos!
Dios, que consientes nuestro fiel delirio,
pronto ya, la guirnalda del martirio!



5.º



l día siguiente , á la hora
en que empezaba la tarde,
en una ancha plazoleta
circundada de rosales ,
que se agrupan á los pies
de unos robles seculares,
las colegialas jugando ,
en mil honestos solaces,
entretengan el tiempo,
con alegría envidiable.

Hallábanse á lo mejor
de sus danzas y cantares,
modestos , cual lo serian
los de los mismos arcánjeles;
ya coronando de flores
á la de voz mas suave;
ó ya dando muchos besos
á la que era menos ágil,
ó á la que, el pudor, al rostro
mas la atraia la sangre,

cuando, la monja abadesa se puso de ellas delante, legando tan de improviso, que no pudo verla nadie.

Esperó á que las pupilas en su torno se agrupasen, y así, con rostro severo las dijo, y con tono grave:

« Señoritas, basta ya de cantos y diversiones: cada cual á sus lecciones, que más útil les será.

Por mi Jesus! que no sé como hay quien aquí no enferme: por la noche no se duerme; por el día, luego, en pie: y vuelta á cantos y fiestas, y así se pasa la vida! Cierto, que no es recojida, ni para niñas modestas.

De hoy mas, solo bailareis en ciertas festividades; porque ya, de mis bondades harto abusais: lo entendeis?

Los cantos..... para los santos son ofrendas muy queridas: mas las cosas repetidas, cansan; prohibo los cantos.

Pedidme antes la licencia,

que yo ríjida no soy;
y muchas veces la doy,
y es cargo de mi conciencia!

Mas no acierto á resistir,
nada que sea cantar:
los cantos me han de matar,
pues no me dejan dormir!

Tres noches de gran desvelo,
de insómnio, y de desvarío,
llevo ya: el claustro sombrío
altera un canto del cielo.

Mil melodías estrañas
turban mi calma serena:
parece que un alma en pena,
del hondo de sus entrañas

lanza tan dulces jemidos:
y aunque son tan seductores,
recuerdan tristes dolores
á mis confusos oídos.

De mi celda solitaria
huyo, para hallar descanso,
al bosque, y el aire manso
murmura allí su plegaria!

Recorro el huerto y el valle,
y en todas partes, el viento
me repite aquel lamento,
sin lograr nunca que calle!

Me oculto en mi mismo lecho
por no escuchar sus jemidos,
y aun, tapados mis oídos,

vibra el clamor en mi pecho,
como una voz de agonía
de algun alma que padece;
y el eco se desvanece
solo, al despuntar el día!

Ese canto celestial,
algun gran misterio augura,
y presajia á esta clausura,
sino me engaño, gran mal.

Esto se va haciendo sério:
hay ya mil lábios impuros,
que hablan de hechizo y conjuros
de mi pobre monasterio.

Virjen! Defendedla vos,
pues es vuestra santa casa!
Señoritas, esto pasa,
y esto, no lo quiere Dios! »

Miráronse las doncellas
con inquietud, pues no saben,
cual será de aquel exórdio
el extraño desenlace:
y cuando mas se turbaron,
fué, al observar que la madre
abadesa, de una manga
de su hábito del cármén
sacó al ruiseñor, y ufana,
ajitándole en el aire,
entrambas álas sujetas
entre sus dedos, por cárcel,

asi prosiguió diciéndolas,
con severidad notable:

«Parece que Magdalena,
ó Eloisa, ó ambas fueron
las que el rui señor trajeron
á este claustro? Enhorabuena.

Su aficion les consentí,
porque, al fin, no era un delito;
mas ya, el escándalo evito,
porque escándalo hay aquí.

No es justo que un rui señor
nos traiga asi desveladas,
á vírgenes consagradas
al servicio del Señor:

ni que turbe el blando sueño
de las honestas doncellas,
despertando acaso en ellas
el amor hácia otro dueño.

Y esto, sin duda ninguna,
es lo que ya voy notando;
que estais muchas suspirando,
y distraida, mas de una:

y siempre, la distraccion,
y los ayes encubiertos,
son los indicios mas ciertos
de que enferma el corazon!

Un pobre pájaro, á fè,
gran pérdida no será:
que Eloisa llorará

y Magdalena, lo sé;
mas, aunque aflijirlas siento,
pues las amo, y Dios lo sabe,
el escándalo ya es grave;
y antes que todo, el convento!
Sor Anjela?

— Qué quereis?

— De la física no es hora?

— En este instante, señora.

— Pues vamos.

— Cuando gusteis.

La abadesa, hizo una seña
para que fuesen delante,
de dos en dos las hermosas
colejialas; de las madres
presididas, porque así,
con mayor silencio marchen.
Quedóse un poco detrás;
y de unos verdes rosales
arrancó una rosa, pura
cual las brisas de la tarde,
que con gotas de rocío,
abrieron su fresco cáliz.

Pocos momentos despues,
con ademan formidable,
en la cátedra de física
se presentó, haciendo alarde
del rui señor y la rosa ,

que en entrambas manos trae
cual víctimas inocentes,
que deben sacrificarse
en gloria y bien del convento,
que dure muchas edades.



Las bellas educandas se turbaron al ver á la abadesa en aquel sitio, como se espantan tímidas palomas al escuchar del buitre los graznidos; pues sospecharon, al mirar entre otros aparatos de física sencillos, la campana y la máquina neumática, el gran experimento atroz é impio.

En pie se alzaron; pálida la frente, los ojos bellos en la tierra fijos, el seno palpitante, el lábio mudo, como el reo que aguarda su suplicio! La abadesa mandó que se sentasen, y con aire resuelto y decidido, ocupando la cátedra, aquel día de profesora se arrogó el oficio.

« Señoritas, el cielo me permite, » con voz pausada y penetrante, dijo, « en un ejemplo natural, y fácil, »
» daros un justo y saludable aviso.

» Follaje inútil el rosal sustenta;
» podar sus bellos ramos es preciso,
» porque mejor el jugo se reparta
» entre las rosas que le harán florido !,
» Asi del corazon, vanas quimeras,
» sueños de amor , y estériles delirios
» es forzoso arrancar, porque las rosas
» de la virtud, mas crezcan sin los vicios!
» La honestidad de la doncella humilde,
» sin duda alguna, es el mayor hechizo:
» y la virtud, sino alcanza dicha,
» de la felicidad es el camino!
» No os deslumbreis por la beldad que os pinta
» el arroyo, en sus aguas fujitivo,
» pues van, como sus ondas , los placeres,
» para nunca volver, quizá perdidos!
» Como la flor la juventud se acaba!
» Un sol abrasa su boton rojizo!
» Por un momento de fugaz ventura,
» ah! no vendais un bien que es infinito!
» No hay como Dios: él solo no nos vende:
» él solo, nunca acabará en los siglos!
» El solo, es fuente de eternas glorias;
» sí: solo Dios, de nuestro amor es digno!
» Yo bien sé que Eloisa y Magdalena
» de su historia con cuentos peregrinos,
» han exaltado á mis amadas siervas,
» mis hermanas de amor en Jesucristo:
» por eso, como plática amistosa,
» un consejo de madre les dirijo.,

» y, á su inesperta juventud descubro
» de un vano pensamiento los peligros.
» Cuando mas, lo que alcanzan los mortales,
» á quien mas favorece su destino,
» es, de una vida miserable y breve
» hacerse en este mundo el sacrificio.
» Pero, cuál es el fin? Morir entrambos,
» y acaso del Señor sin el permiso:
» y acaso para siempre desterrados
» *de aquella gloria para que él los hizo!*
» Veis este ruiseñor? Pájaro amante
» á las rosas dirige sus quejidos:
» este es ejemplo del amor humano;
» mirad que diferencia del divino!
» Ya suelto el vuelo al ruiseñor sensible,
» dentro de esta campana que hay de vidrio;
» dejó á su lado la encendida rosa;
» el amante y la amada están ya unidos!
» Observad como juega y aletea
» el ruiseñor, en voluptuosos jiros,
» en torno de esa flor que abre su cáliz,
» para ofrecerle cariñosa un nido!»

Las coleccionistas se agruparon todas
con el afán mas inocente y vivo,
en derredor de la fatal campana,
prision de muerte del cantor querido!
Seguian con sus ojos asombrados
al ruiseñor, ahogando sus suspiros;
y sus amargas lágrimas corrían
sobre el cristal en que le ven cautivo.

Ya privado del aire, en ronca queja
modula el ave dolorosos trinos:
« Veis? gritó la abadesa! » Un ay de asombro
de aquellas niñas, respondió á su grito!

« Esa campaña el mundo significa;
» en ella solo con vivir morimos:
» con su respiracion ya se ha viciado
» el aire en ese tubo contenido,
» como se mancha el virjinal decoro
» al contacto de un pecho corrompido.
» Mas observad; la rosa delicada,
» absorbe el aire fétido y nocivo,
» y en su cáliz le nutre y descompone,
» y le exhala despues ya puro y limpio.
» Veis? Otra vez el ruiñeñor se anima;
» en el rojo boton deja escondido
» un dulce, blando y delicado beso:
» mas, de nuevo emponzoña el aire frio;
» y otra vez, esa flor le da su aliento,
» su aroma, que es su vida ¡Oh gran prodijio!
» por él se abate la inocente rosa:
» Ved si cabe en amor mas heroismo!
» Ambos, ahora, se desmayan juntos;
» van á morir! El ruiñeñor su pico
» esconde ya en el cáliz de su amada,
» para espirar, clavado á la que quiso!
» Ya dejan de vivir..... »

— Madre abadesa, la
clamó con fuertes voces de improviso
Magdalena, y entró, como una loca,

y al ver el aparato, dando un brinco
se acercó hácia la mesa, contemplando
sobre la rosa al rui señor caído.
Rompió de un fuerte golpe la campana;
su quebrado cristal saltó hecho añicos:
y acariciando al ave moribunda,
que al respirar otro aire, dió un jemido,
añadió, arrodillándose: «¡Ay señora!
aquí obra Dios con singular designio:
nos toca respetar la providencia,
y adorar lo sublime de sus juicios!
Eloisa, está espirando.....

— Cómo es eso?

— Entre crueles bárbaros martirios!
Al tocar la campana de la clase,
se hallaba orando en nuestro huerto umbrío;
poco despues, lanzóse entre mis brazos
como herida de un rayo. Los latidos
del corazon menguaban poco á poco:
de pronto se animaban: luego, el frio
de sus entrañas traspasó á las mias,
y con acento agonizante dijo:
*Magdalena; la tumba me reclama:
ahora, mi tierno rui señor te pido;
mi corazon, para morir le aguarda!*
Volé á su cuarto, le busqué en los lirios:
desiertos los halle! Brotó en mi mente,
presentimiento vago, de improvisó:
y Dios me iluminó, y aquí me guia.
Morian ambos, ay! á un tiempo mismo!

Corred.... corred. En tanto, con mi aliento
veré si al pobre rui señor revivo :
porque, Dios me lo anuncia, de su vida
este fiel rui señor anuda el hilo!
Invisible cadena que los ata;
lazo de amor incomprensible y fino;
porque la Providencia no desune ,
cuando se adoran bien , muertos y vivos!



7.º

Varias colegiales vuelan
hacia el huerto solitario,
á la infeliz Eloisa
con tristes voces llamando.

Las otras, con Magdalena,
besos, caricias y halagos,
al ruiñón moribundo
prodigan con entusiasmo.

La abadesa se santigua ;
besa el blanco escapulario,
y en voces sordas murmura
oraciones á los santos.

Todo es estruendo y desorden,
dudas, quejas, sobresaltos,
lágrimas, voces, lamentos,
ruido, confusion y espanto.

Por fin, Magdalena siente
entre sus trémulos labios,
imperceptible un quejido

del ruiñeñor lastimado.

Al mismo tiempo, resuena
en las bóvedas del tránsito,
otra voz desfallecida
de un eco apenas marcado.

Era Eloisa, á quien traen
las jóvenes en sus brazos,
y que en el lecho colocan
del aposento inmediato.

Magdalena exclamó entonces :

« Bien se corresponden ambos !

Ven ruiñeñor misterioso ,
alma de un ser adorado ,
bajo esas cándidas plumas
ánjel de Dios sacrosanto
ven, que Eloisa, tu nido
te ofrece ya en su regazo.

Juntos os halle la muerte,
para que pueda acabaros ;
pues, si vive en dos mitades
dividida una alma, es claro
que hiriendo á uno de vosotros
solo se lleva un pedazo ! »

Pocos momentos despues

resonaban por los claustros,
de las hijas del convento,
los dulces piadosos cantos.
Y en dos hileras formadas,
iban todas alumbrando

al sacerdote, que viene
con el divino Viático.
Varias monjas, de rodillas,
junto al lecho, están velando,
delante de una Madona
que alumbran seis círios pálidos.

Eloisa parecía,
sobre aquel virjinal tálamo,
vaporosamente envuelto
entre cortinajes blancos
que ondulan pausadamente,
por la brisa acariciados,
sobre las blancas espumas
la Venus del Océano,
al nacer de aquellas conchas,
que los nácares cuajaron :
ó mas bien, por la modestia,
honestidad, y recato,
que la relijion trazaba
con sus invisibles rasgos
sobre aquel rostro mortal
de hechizos tan soberanos,
semeja la moribunda,
sobre un sepúlcro de mármol,
la efígie de la Esperanza
en su trono inmaculado !
Y aun, al ver el resplandor
impalpable, aëreo y vago,
que, aureola misteriosa,
va por su cuerpo rozando,

se la debiera tener
por un arcánjel esclavo,
entre aquellas blancas nubes
al paraíso volando.

Magdalena, de su amiga
en el seno nacarado,
como en un nido de flores
colocó su tierno pájaro.

Eloisa, alisó sus plumas
con el ámbar de sus labios,
y cubrió sobre su boca
al ruiseñor con sus manos.

Entonces, los dos, á un tiempo
estremecidos vibraron;

y cual dos cuerdas sonoras
que rotas saltan de un arco,
produciendo un eco agudo,
dulcísimo, tierno y blando,
al fuerte sacudimiento,

como dos chispas saltaron:
y el ruiseñor y Eloisa
cadáveres eran ambos !

Aquellas dos leves llamas
pasan por los techos altos,
y la atmósfera dividen,
y cruzan por el espacio,
y lanzándose á las nubes,
hasta el cielo penetraron !

Todas las monjas, allí
tienen sus ojos clavados,

en la oscuridad perdidos,
arrebolados del llanto,
con la vision suspendidos,
y absortos con el milagro!

A la mañana siguiente,
de Rujiero junto al árbol,
por ser de la moribunda
solemne y postrer mandato,
el cadáver de Eloisa,
bajo el cespel enterraron.

Y Magdalena guardó,
de su amiga por encargo,
del anillo de Rujiero
aquel partido pedazo,
que nunca le devolvió
porque no dejó de amarlo!

Besó la rota sortija,
y murmuró sollozando:

« ¡ Ay! mi Rujiero heredó
la otra parte de su hermano:
veremos, si mi Madona
quiere que el anillo unamos! »

Despues, escondió á Eloisa,
en los pliegues del sudario,
el ruiseñor tambien muerto,
junto al corazon helado.

« Asi se darán calor;
esclamó con entusiasmo:

« Y asi se harán compañía
en el nicho solitario!

Yo he visto sus nobles almas
volar al cielo, cual rayos
de aquel sol maravilloso
de cuya luz se formaron!

« ¡ Quien bien quiso, nunca olvida ! »
Verdadero es el adagio ;
si yo muero , dejaré
la gloria , por el que amo !
Y si él antes me abandona ,
¡ ay ! también su sombra aguardo ,
para que recoja el alma ,
y á Dios la lleve en sus brazos ! »

Si fué vision de las monjas ,
ó fué realidad de caso ,
el lector se lo descifre
según le sea mas grato.
Lo cierto es , que en la techumbre
de la celda , se encontraron
dos hendiduras abiertas ,
y como de fuego rasgos
que , de la torre en la cúpula ,
dos agujeros formaron ,
y la bóveda partieron ,
las pizarras chamuscando.
Las monjas bien sostenian ,
que de las almas al paso
se desquiciaron los techos ;
mas el vulgo , que es profano ,
y que en Roma aquella noche
sufrió los duros estragos

de una tempestad horrible,
descifró el misterio raro
diciendo : « Que dos centellas,
sin duda, allí descargaron. »

Las beatas, replicaban
con fé y fervor temerarios,
« no habia en el pavimento
de tales centellas rastro. »

Mas, á esto, los incrédulos
respondian con sarcasmo :

« La electricidad no pasa ?

» No pudo en el aire vano,

» la exhalacion deshacerse?

» Ese fué el prodijio raro ! »

Yo, á nadie doy la razon ;
cuento lo que allí contaron ,
que asi puede cada cual,
á su gusto descifrarlo,
la verdad queda en su punto,
y amigos todos quedamos.



de una tempestad horrible,
desfiló el misterio raro
diciendo: «Que des cenizas
sin duda allí desgracia
Las bestias, repugnando
con la y larva temeraria
«no había en el momento
de tales cenizas raras,
Mas, ¿esto, los insectos
respondían con silencio
«La electricidad no pasa
«No pudo en el aire sano
«La exhalación de la tierra
«Has sido el prodigio raro,
Yo, ¿negar hoy la razón
creo lo que allí contaron
que así puede cada cual
¿en gusto desafiado,
la verdad queda en su punto
y amigos todos quedamos





PARTE QUINTA.

LA FUERZA

DE LAS PASIONES.

1.º



n un salon magnífico y suntuoso
adornado de estátuas y pilares,
en cuyo centro, un pavellon vistoso
cubre una mesa rica de manjares,
resuena un coro jeneral, ruidoso,

;

de mil confusos báquicos cantares,
risas y brindis, que se van perdiendo
de largos besos entre el dulce estruendo.

Las damas mas hermosas de Venecia
están allí, y los mozos mas galanes;
Ulpiana, Tisbe, Neralí, Lucrecia,
Oscár, Gualtero, Contarino, Albánes.
Ya, cada cual de referir se precia
aventuras, fracasos y desmanes;
solo, entre todos, muéstrase severo,
mudo, impasible, el huérfano Rujiero.

En silencio tambien, hay á su lado
tres personas, con máscara sombría
y capuz, talle y rostro disfrazado:
tan misteriosa y triste compañía
al jóven le estremece, mal su grado:
y al querer retirarse de la orjía,
asiéndole del brazo Contarino,
llenó su vaso de espumoso vino.

«Vamos, le dijo, lánguido mancebo,
nos falta oir tu romancesca historia,
ó algun suceso peregrino y nuevo,
que este licor fermente en tu memoria:
grandesson nuestros triunfos, y aun me atrevo
á creer, que mayor será aun tu gloria
en el amor; que habrán dado tus ojos,
á muchas damas tentacion y antojos.

—Sí; que nos cuente el lance mas chistoso!
Esclama el loco Albánes. «No hay escusa;
sébase el pecadillo licencioso,

prorrumpe Oscár, del cual, menos se acusa:
y mejor, cuanto mas escandaloso! »

Tisbe añadió. « De su bondad se abusa;
quizá este jóven desconoce el vicio:
no reparais ese aire de novicio?

— Quizá sueñe un amor puro y sincero! »
con burlona sonrisa descarada,
dijo Lucrecia; y terminó Gualtero
así, su maliciosa bufonada:

« *Para vivir y amar nació Rujiero!* »
General y ruidosa carcajada
soltaron los alegres convidados,
y un suspiro, los tres enmascarados!

Nadie lo reparó, pues su alegría
en aquella ocasion rayó en locura,
y cada cual, ó daba ó recibia
un torpe beso con pasion impura :
Rujiero vió á una máscara sombría
inclinarse á las otras, con dulzura,
y besarlas tambien, mas sobre el manto ;
aquel fué un beso respetuoso y santo!

Indeciso, detiénese un momento:
imágenes siniestras, y olvidadas,
cruzan por su turbado pensamiento :
mas, se repiten locas carcajadas ;
sus oídos atruenan voces ciento;
en sus ojos se clavan cien miradas ;
las tres máscaras solo no le miran ,
y otra vez reprimiéndose suspiran !

El jóven , apurando de repente

el espumoso y delicado vino, que en su dorada copa, amablemente le brindaba el gallardo Contarino, vino á sentarse de Lucrecia en frente; y con gracejo y tono peregrino, como quien ya determinado se halla, — gritó con brio: «Acepto la batalla.

Fuera melancolias, que ya veo es el sufrir ocupacion bien nécia.

Ni creo en el amor, ni en nada creo!»

— Tampoco en el placer?» gritó Lucrecia.

— Tampoco en el placer! Es un deseo: mientras se alcanza, la ilusion se aprecia; llega y se goza, y del placer cansada se queda el alma.

— Bravo!

— No creo en nada!

Oscár tiene razon. Cuando queremos, sin duda alguna, en el placer soñamos, que en las caricias tiernas hallaremos del adorado bien que suspiramos; por eso, en las hermosas, comprendemos que mejor nuestra dicha aseguramos; porque, para saciar nuestros antojos, el amor se nos entra por los ojos.

Tambien convengo con la noble Ulpiana, que alguna vez la fealdad se adore: porque se piensa no ha de ser liviana, la que no ha de encontrar quien la enamore; y en este caso, el alma es tan villana,

que sin pararse en cuanto se desdore,
da el nombre del amor, á su *Egoismo*...
y así, uno y otro viene á ser lo mismo!

A veces el amor, es *Vanidad*:
bien juzga la discreta Neptalí;
se ama el fausto, el honor: y la verdad
que no se encuentra la pasión allí!
Por ostentar, con vana majestad,
poderío y alteza, á muchos ví
esclavos de ese misero oropél,
infelices, y falsos como él!

Tisbe prefiere á todos los amores
el que se funda en estimar la *Gloria*
del Génio, y del Talento; de sus flores,
queriendo una mitad, por vanagloria.
Mas ay! por disfrutar de sus honores,
ó de ese porvenir bello en la historia,
interesado el corazón, lo que ama
no es otro corazón, sino su fama!

Laura, acierta en pensar, que, por desdoro
de nuestra pobre humanidad avara,
el verdadero amor es el del oro;
única cosa peregrina y rara.
Con él, se compra hasta el placer, y el lloro,
la honra, y la virtud, que ya no es cara:
lo digo, por mi nombre de Rujiero;
pienso lo compra todo el vil dinero.

Cual vosotros, en fin, de amor opino:
veo que siempre en interés se funda;
que es de origen villano y no divino:

que no le hay, donde bien no nos redunda.
Yo le comparo á un jeneroso vino,
fértil raudal que el pecho nos fecunda;
que el mejor, de mas gusto y fortaleza,
es, el que mas se sube á la cabeza.

— « Bravo! » repiten damas y galanes,

— « Amor, es una linda garatusa, »

Oscar le grita: « Ahogue tus afanes
esa copa del suave *Siracusa*.

Cuéntanos, pues, tus romancescos planes,
tus intrigas de amor, « que estás de musa! »

— Sí, sí; gritaron todos: « Que los cuente!

— Bomba! bomba!

— Silencio, y que se siente!

— Silencio, sí! » Con voz atronadora,
les respondió un sombrío enmascarado,
levantándose en pie; la cortadora
daga esgrimiendo con alarde osado:

« Silencio, y si tu lengua infamadora
pronuncia un solo nombre, desdichado
de tí!.... jóven audaz, pues, no te miento,
y esa silla es tu féretro sangriento!

Infames, licenciosos venecianos,
hombres adyectos, miserables seres,
que os arrastraís inmundos cual gusanos
entre torpes é impúdicos placeres;
¿por qué ofendeis, cobardes cortesanos,
cuando solo tratais viles mujeres,
el nombre y el honor de vuestros padres,
y la virtud negais de vuestras madres?

¿Juzgais, por una dama licenciosa,
al fausto, al oro, ó al placer vendida,
de la honesta matrona ruborosa,
en cuyo pecho el pundonor se anida?
De la hija amante, de la noble esposa,
que en negra soledad pasan su vida,
de sus virtudes recojiendo flores
para adornar la sien de sus amores?

No busqueis entre inmundas bacanales,
mas que el ludibrio, el vicio, ó la licencia:
pues del Señor las cándidas vestales,
ocultan su ternura y su inocencia!
Reconoced las prendas celestiales
que á la mujer prestó la Providencia:
por débiles, hermosas, desdichadas,
queridas deben ser y respetadas!

Qué dejais para el padre cariñoso
si en la virtud de su hija no confía?
Qué, para el niño, que recela ansioso,
será su madre su deshonra un día?
Qué para el noble y desprendido esposo,
si ve su infamia en la mujer que cria?
Qué nos dejais, en fin, sobre la tierra,
si la fé de las almas se destierra!

Bajad la vista, sí; yo, ruin pechero,
á todos en honor os desafío;
yo soy, mas que vosotros, caballero
por mis hechos: de sangre, yo me rio!
Dejad á un miserable gondolero,
avergonzaros hoy: si el nombre mio

saber alguno, por vengarse, aprecia,
miradme; soy Jacobo, el de Venecia!

Os asombráis? Rujiero, la vergüenza
que la sangre te agolpa á la mejilla,
prueba, que acaso mi razon te venza.
Si en tu alma aun queda de virtud semilla,
de esos cabellos vuélveme la trenza,
que es padrón de tu infamia, y mi mancilla:
pues no sé como pende de tu cuello,
y no te llega á ahogar ese cabello!

Vacilas? Hoy, el bondadoso anciano,
aun te lo ruega con humilde acento:
que en tí, recuerda al infeliz hermano
que sufrió por amor tal escarmiento!
Ay! si levanto mi ofendida mano
y de ser compasivo me arrepiento;
pues, aunque nieve mi cabeza ostenta,
sangre cual fuego el corazon alienta!»

Rujiero, acariciando la melena
que el gondolero altivo le exigia,
y que en dos broches de oro, cual cadena,
sobre su mismo corazon pendia;
del pecho amante, con visible pena,
á desprenderla al fin se decidia,
cuando, su brazo le detuvo Ulpiana,
rujiendo de ira, como sierpe hircana.

—«Bien hace ese hombre jactancioso, y fiero,
en llamarnos infames, viles seres;
y él es, mas que vosotros, caballero,
pues comprende mejor tales deberes!

Nos insulta, decrépito, y grosero,
y cobardes lo ois, como mujeres:
y no hay ninguno que á reñir se lanza
de tanto agravio por tomar venganza?

Dadme una espada, y cruzaré á la suya,
al menos yo, un acero jeneroso:
y no esperéis que el corazon rehuya
á sus golpes, pues téngole animoso.

Y tú, Rujiero, que la daga tuya
tan mal empleas, dámela, y le acoso;
antes que ceda el don de una querida,
á un noble deben arrancar la vida! »

Estas razones, dichas con sarcasmo,
con arrojo, despecho y enerjía,
despiertan el valor y el entusiasmo,
en todos los galanes de la orjía:
la estrañeza del caso, en mudo pasmo,
absortos y suspensos les tenia,
hasta que una mujer con entereza,
les mostró en su silencio su bajeza!

Cien dagas por el aire se ajitaron,
y gritos mil de « Muera el gondolero! »
por los cóncabos techos resonaron:
Oscár y Contarino, con Gualtero,
sobre las mesas del festin saltaron,
por llegar á Jacobo; mas, Rujiero
con su tizona les cerró aquel paso,
y así les dijo, con acento escaso:

« Dejadme á mí, leales camaradas,
el honor de su muerte merecida.

Olvido deudas de amistad sagradas
pues él tambien las del respeto olvida.
Fueron á mí sus quejas descaradas ;
dicterios, que hoy le costarán la vida !
A mí solo, el vengarlos pertenece ,
pues, por mi causa , vuestro honor padece!
— No, no ! »

— Ea, basta ; ó luchareis conmigo
todos. A tí, mucho te debo, Ulpiana :
has vuelto por mi honor, franco lo digo ;
dar esta prenda era una accion villana !
Jacobó, ven : de nada me desdigo.
Contaré mi aventura mas galana.....
— Dirás ?

— Todo. Y sabrás que tengo....

— Oh mengua!

— Mas largas aun las manos que la lengua ! »

Forman un ancho círculo al mancebo,
y este, se arroja con furor insano
sobre Jacobo, y grítale de nuevo ;
« Tambien yo miro la vergüenza, anciano,
encender tu mejilla, y no me atrevo
á borrarla tan pronto con mi mano !

— Infame, riñe y calla ; al que sucumba ,
bajo esa mesa le abrireis su tumba ! »

Crúzanse los aceros ; mil centellas
saltaron ya de sus templadas hojas ,
cuando se lanzan con valor entre ellas ,
dos máscaras, con ayes y congojas.
Jacobó grita ; « A sus inmundas huellas ,

mujer, y tú, hija criminal, te arrojas ?
Dejadme, doy á su maldad castigo !...

— Ah piedad !

— Magdalena, te maldigo ! »

Contempla el jóven con asombro mudo
su enamorada, y dulce Magdalena,
de quien, le sirve al corazon de escudo
la negra y rizadísima melena :
que, al desprenderse con empuje rudo
la vil careta de la sien morena,
ó del esfuerzo, ó del pavor postrada,
cayó á sus pies á que quedó abrazada.

Jacobo, al duelo á su rival provoca ;
y la punta del hieirro al suyo ofrece ;
mas la rugosa mano, ardiente boca,
con llanto aun mas ardiente le humedece.
Ve á sus rodillas, desgrenada, y loca ,
una mujer, que un serafin parece
al arrancarse el antifáz mezquino :
que en ella aun el despecho era divino.

«Piedad, piedad, de la inocente esposa !
Rujiero ya me pertenece hoy dia :
yo debo defenderle jenerosa ,
y por su sangre derramar la mia !
Dios me lo manda : obligacion gloriosa
es para mí comprar su alevosia ;
yo sé que agravio por vengar te queda,
mas, que mi vida redimirlo pueda !

— «Basta, Señora;» el gondolero esclama,
arrojando su acero hecho pedazos,

y allí, estrechando á la sensible dama
al corazon, sin nécios embarazos:

«Y él desconoce la virtud? La infama?
Él, que la arroja de sus mismos brazos!
Rujiero! por tu hermano, te aconsejo;
que aun, mal no te ama tu Jacobo el viejo!

Vuelve al cariño de la tierna esposa
que lamenta tu olvido y tus desdenes,
pues, por honesta, pobre y cariñosa,
grande y sagrada obligacion la tienes!
Reniega de esa vida escandalosa,
que apura honor, virtud, salud y bienes!
Maldice de esa infame compañía!
Vendes tu eternidad, por solo un dia!

Tú, has abierto las fuentes de mis ojos,
que nunca acaso deberán cerrarse!
De mi hija, por tu causa, solo enojos
mi extrema ancianidad puede esperarse!
Casi anhelara yertos sus despojos
sostener, de ese suelo al levantarse.
Mas no: que digo!.... Infame, corrompida,
mi Magdalena, oh Dios, quiero con vida!»

Lánzase sobre el cuerpo inanimado,
y en sus robustos hombros le coloca;
sobre su yerta frente, su tostado
rostro inclina, al juntar boca con boca.
La noble dama se le pone al lado,
toda cubierta con la negra toca,
y en silencio, diríjense á la puerta;
mas no se hallaba, por desgracia, abierta.

Rujiero, absorto, siéntase rendido,
y entre ambas manos su cabeza esconde;
le llaman, mas, suspenso y distraído,
con un suspiro y nada mas responde:
y en tanto crece el espantoso ruido
y una voz se percibe: « En donde, en donde
se encuentra ese pirata temerario?

— Esbirro, gritan; ese es el corsario! »

Légase un oficial, con diez secuaces
del alto y noble tribunal sangriento:
tambien con rojos y anchos antifaces
cubierto el rostro, y su villano intento.
Diez bravos son, vendidos, y capaces
de infamias, que ni sueña el pensamiento:
que así, el Dux criminal los necesita,
en bien de su república maldita.

Entonces, adelántase Lucrecia,
y al sorprendido y viejo gondolero
grita con furia: « Aquel que me desprecia
debe su vida desdeñar primero!

Mientras duraba vuestra arenga nécia,
yo, de los diez al tribunal severo
le advertí, por un paje que servia,
que el Rey de mar se hallaba en una orjía!

— Astucia de mujer,

— Sí, lo confieso.

— Que he de hacer, Enriqueta?

— Es necesario

que obedezcais.

— Yo entre canalla preso:

Y mi hija?

— Yo la guardo.

— Ea, Corsario,
camine listo, y quieta la sin hueso.

Atadle bien, que es hombre temerario.

— Me encadenais?

— Pregunta si se le ata?

Harto ha vagado suelto el muy Pirata! »



Cuando la noche aun no ha muerto,
y la aurora aun no despunta;
cuando la luz que aparece
y la sombra que se oculta,
en un vapor misterioso
arrebozadas se agrupan,
y entre sí traban y emprenden
vistosa y reñida lucha,
sobre quien ha de ceñir
al mundo sus vestiduras;
en un gabinete estrecho,
y que escasamente alumbran
el resplandor que el crepúsculo
sobre las nubes dibuja,
débilmente se señalan,
en lo interior, dos figuras,
blancas como el alabastro,
y como el sepulcro mudas.
A una ventana, apoyadas,
con grande atencion escuchan
un corto espacio; mas viendo
que ni la brisa murmura,
empiezan este coloquio
en que desahogan su angustia.
— «Padre mio!

— Ingrato esposo!

— Pobre Jacobo!

— En su busca,
partió Rujiero á salvarle!

— Su noble intencion se cumpla!

— Anoche, por vez primera

me habló; y la posada suya

nos brindó. Yo la acepté,

por si su piedad le dura:

mas si conozco, ay de mí!

que mi vista le importuna,

lo tengo ya muy resuelto,

no volverá á verme nunca!

— El ejemplo de Rujiero

su hermano infeliz, le ofusca;

y por Eloisa ingrata,

todas las mujeres culpa.

— Mi enlace le es insufrible:

y no ignoras, cuanto abruma

servir uno de suplicio

al que se ama con fé pura!

Supo que vine á Venecia,

por seguirle, quien lo duda;

se lo escribí, y ni de esclava

me quiso con él. La suma

bondad de Dios le aconseje,

que si hoy mi esperanza burla,

por la última vez!....

— Qué dices?

Enriqueta estás convulsa,

fria!....

— Magdalena; nada:

que esta vez será la última,
que de tener que ausentarse
el hondo martirio sufra!

— Lo dices con una voz!....

— Cierto, como de difunta!

No te sobresaltes! Dios

nuestras miserias escuda:

él me fortalecerá;

mas, es mi desgracia mucha!

— Cuánto tardan?

— Es verdad.

Y dime, sin ser injusta:

no crees, que no hablaba él,

sino el fuerte Siracusa,

cuando mancilló la fama

de tantas mujeres puras,

entre las que está la madre

de aquel Rujiero, á quien nunca,

sin bendecir como á Dios

sus lábios tristes pronuncian?

— Y donde estais vos, señora,

en quien sus iras se apuran,

sin merecer de despecho

voz destemplada ninguna!

Donde estais vos, Enriqueta,

que con bondad y ternura,

abris los piadosos brazos

aun á la rival que acusan

vuestros celos, y fundados,
no debo inventar disculpas,
pues conoceis bien la historia
y de nuestro amor la fuga!
Idolatro á vuestro esposo;
hice por él mil locuras;
y aun reconozco en el alma
que podré hacer otras muchas!
Envidio en vos, el derecho
de llamaros siempre suya,
sin que muestre la venganza
en vuestros ojos la culpa!
Envidio en vos, la razon
de maldecir por injusta
la estrella, que en hora escasa
vuestros lazos desanuda!
Envidio en vos, la justicia
conque podeis en su busca
irle siguiendo, y llorando,
como una esclava importuna,
pero que lleva en su frente
el sello que la asegura
que el mundo no ha de infamarla,
si es que no la disimula!
Porque yo, tengo que ahogar
las voces que se me anudan
en la garganta, y que ¡ay triste!
de libre mujer me acusan!
Tengo que secar mis lágrimas;
pues, si las mejillas surcan,

van dejando rastro infame
de una pasión, que calumnia
el vulgo de escandalosa,
y de liviana censura!

Tengo, en fin, que padecer
sin fruto ni gloria alguna,
por un amor, que, aunque honesto,
crimen en mí se reputa:

por un hombre, á quien el alma
no ha de repetirle nunca,

« *Tus promesas olvidaste,
mas yo jamás fui perjura!* »

Llegué á nutrir en mi pecho
una esperanza, fecunda

en ilusiones dichasas;

y hoy, que el alma la vislumbra
como un imposible, al cielo

el ser injusto le imputa!

Rujiero debió ser mio:

tuvisteis mejor fortuna!

— Magdalena bien lo sabes;

á tál no me la atribuyas,

que es mi desgracia mayor!

— Que dices?

— Que todos juzgan

la suerte mas venturosa

la que el cielo les rehusa!

Qué me importa el gran derecho

que el nombre de esposa arguya,

si ayer me ofreció su mano,

y hoy, mano y alma me oculta?
De qué me vale, que el mundo
no escarnezca mi amargura,
si mi dolor acrecienta,
ver que la razon me ayuda?
Qué me sirvió en el altar,
que el sacerdote nos una,
si aquel lazo, es hoy cadena
que nos oprime y subyuga?
Mil veces me he imaginado,
quizá el delirio me turba,
que, si en mis brazos no viera
hierros, que á cárcel tan dura
le reducen para siempre,
no desdenára mis súplicas!
Quien sabe!.... su noble hermano
mártir fué! Morir no asusta,
sino á quien goza en la vida!....
— Enriqueta, qué murmurás?
Vuelve tu helado sudor:
lloras? tu pena profunda
me estremece !

— Ay Magdalena :
la impaciencia , mi ternura!....
Las lágrimas me hacen bien :
son la bonancible lluvia
en que se desahoga el alma,
tras sus tempestades rudas!
Mas, no oyes pasos?

— Y aun veo

entre las sombras confusas
dos hombres.

— Padre !

— Rujiero !

— Tienes ya esperanza !

— Alguna !

Gracias, Madona, te doy :
pues, aunque el alma barrunta
mil lastimosos sucesos ,
hoy su vida me aseguras !

— Enriqueta, un tierno adios,
por si esta plática es la última !

— Y un abrazo ; Magdalena ! »

Y ambas aparte murmuran :

— « Si ella no amára á mi esposo ,
fuera mi amiga la única !

— Estos brazos me han robado ,
Rujiero, el que sea tuya ! »



3.º



a las sensibles damas consolamos:
pues, solos nos quedamos,
en mi cámara entremos.

— Me place: al fin sepamos,
quien á quien nos debemos:
de agravios y servicios como estamos.

— Yo seré tu deudor, que no hallo paga
que el beneficio inmenso satisfaga,
que en su muerte á mi hermano le prestaste.

— Te pido que mencion de ello no se haga.

— Tu pobre porvenir sacrificaste,
por guardar sus cenizas con decoro!

— Calla, Rujiero. Ves como ahora lloro?
pues desde aquel infortunado dia
en que por él, tambien me lamentaba,
lágrimas á mis ojos les pedia,
y nunca en ellos lágrimas hallaba!

Este llanto consuela el alma mia:
gracias por él, porque llorar ansiaba!

Jóven, mi ancianidad, mi desventura
de tí reclaman compasion sincera:

tú has sido para mí, la mancha impura
que empañó la blancura
de mi inocente y cándida cordera !
Acuérdate del mar napolitano
en que borrasca tan deshecha y ruda
destrozó tu navío:

náufrago ya, mi jenerosa mano,
á la muerte sañuda,
le supo arrebatár tu cuerpo frío.

— Jacobo, sí: te debo la existencia.

— No te exijo la vida: la obediencia
te ruego solo, y que leal tu pecho,
por la cruz de esa espada,
me juré respetar el casto lecho
de tu esposa, infeliz, y enamorada!
Solo te ruego, que hasta el nombre olvides
de una doncella loca.....

— Jacobo, es imposible lo que pides!

— O al menos, que jamás se oiga en tu boca!
Deja que viva en apartada arena,
ó en el centro sombrío de los mares,
ignorando tu suerte, Magdalena;
ya la harán compañía sus pesares!

Y yo, cuando transcurra mas de un año,
si su extremo dolor no se divierte,
con inocente engaño,
la anunciaré la nueva de tu muerte.

— Jacobo, y si la llega el desengaño?

— Imposible, Rujiero; si me juras,
que esquila de tus manos no reciba:

que entre las nieblas de la mar oscura
yo haré que siempre con su padre viva.
Júrame pues, en nombre de tu hermano,
que para tí tan santo considero,
que olvidarás su amor!

— Eso no, anciano.

— Que nunca ya se lo dirás, Rujiero!

— Eso te ofrezco.

— Dame ahora tu mano!

— Toma.

— Insegura y fria,

se estremece ajitada entre la mia!

No es el rubor el que tu frente empaña,
porque intentas burlar mi fé sincera?

— Mi lábio no te engaña,
mi promesa, Jacobo, es verdadera!

— Mas, tú te quedas triste y pensativo?
Qué, tu bizarro pecho

no te aconseja altivo,
digno de tu hidalguía es lo que has hecho?

— Jacobo, sí: mi proceder consuela
un dolor que me parte las entrañas:

no sé explicarme lo que el alma anhela,
pues cubren mi razon sombras estrañas!

Quiere olvidarlo: y antes que abandones
mi hogar, en que tambien yo te he salvado
de los fieros sayones.....

— Bravamente con ellos has luchado:
en nueva, y grande obligacion me pones!

— Tu vida por mi vida!

— Estoy pagado.

— No es que pretenda yo desempeñarme, Jacobo, de lo mucho que te debo, mas, deseo á tus ojos sincerarme, y á tu pobre hija á disculpar me atrevo.

— Por qué quieres traer á mi memoria tan liviana aventura?

— Porque presumo que el saber su historia, consolará tu duelo y tu amargura! Porque, quizá de la virtud sublime dudaste de la hermosa Magdalena!

— Es verdad.

— Es un peso que me oprime, ver que por mí su padre la condena! Mas, sin razon; honesta, vírjen pura.....

— Nunca infamó mi nombre?

— No, no, anciano!

Ves tranquila y segura firme en las tuyas descansar mi mano?

— Dios de bondad... Ay, tu clemencia es mucha!

— Quieres saber la historia?

— Sí, sí!

— Escucha!



Piérdense los años
de la vida escasa
como breves sueños

de ilusion dorada.

Siete se han pasado:
maravilla causa,
ver lo presurosos,
que los años pasan,
desde aquellos tiempos
de mi tierna infancia,
que en la ilustre Roma,
niño me educaba!

Era Magdalena,
jóven colejiala
de aquel monasterio
de mujeres santas,
en el que, Eloisa
espió sus faltas,
ganándola el cielo
penitencia amarga!
El dia, en que todas
las fieles hermanas,
junto al árbol bello
que á Rujiero aun guarda,
el blanco cadáver
llevaron en andas,
porque con su amado
juntos descansáran,
iba Magdalena,
cual la luna pálida,
de dolor transida,
tras la negra caja.
Puso sobre el cespel

funeral guirnalda,
bella por sus flores,
rica por sus lágrimas.
Yo, en aquel instante
ví se desmayaba,
y estreché en mis brazos
su cuerpo, con ansia.
De sus negros ojos,
celestial mirada,
como rayo ardiente
pasó sus pestañas;
ábrelos al punto,
y en mi sien los clava,
que sintió el efecto
de encendida llama.
« Rujiero, mi hermano! »
Ah, ni una palabra
olvidé de aquellas
que me dijo, gratas!
« Rujiero, quien fuera
» como fué ella amada,
» con mejor fortuna
» por poder gozarla!
» Hermano, ¿no envidias
» su horrorosa calma?
» En la tumba al menos,
» sus cuerpos se abrazan!
» La tierra les cubre,
» y en su seno guarda
» sus amores dulces,

» de enemigas sañas!

» Quizá de su sangre

» clavellinas blancas,

» como fruto oculto

» de su amor, renazcan !

» Quién fuese , Rujiero,

» como ella adorada ;

» con mejor fortuna ,

» por poder gozarla ! »

Yo, Jacobo, en tanto

en su honesta cara

con mi amante boca

el llanto borraba.

Al punto se acercan

otras educandas,

y del pecho mio

al fin la levantan,

de mi torpe esceso

escandalizadas ;

mas , al despedirse ,

con los ojos me habla ,

porque son los ojos

la lengua del alma ;

y yo, lei en ellos,

« Quien fuera tu amada ,

« con mejor fortuna ,

« por poder gozarla ! »

Desde aquel instante,

del jardin las tapias

me facilitaron

piadosas escalas.
Nuevos juramentos
de leal constancia,
escuchó la luna
que leal los guarda;
y caricias tiernas,
aunque delicadas
las veló la sombra,
las murmuró el aura.
Y así, aquellas horas
lijeras volaban,
y las ilusiones
con ellas, livianas!

Seguí la carrera
marcial de las armas:
tanto por instinto,
cuanto, por juzgarlas
eficaz remedio
contra las desgracias,
que amargar debían
mi pecho entusiasta;
pues así, soñando
en glorias y hazañas,
era menos fácil
que en amor soñara:
y la vida errante,
bulliciosa, y vaga,
se opone á que sean
las pasiones largas,
inmensas, terribles,

y desesperadas ,
como son aquellas ,
nutridas con calma ,
que nunca del fuego ,
por su mal , se apartan !
Y el ver otros usos ,
y costumbres varias ,
y hermosuras nuevas ,
que , por serlo , halagan ,
distraen de todo :
y así , no me estraña
que jentes de guerra ,
en todo bizarras ,
muden de pasiones
como de posadas ;
porque como empiezan
las cosas , se acaban .

Ay ! mi grande empeño
fué , ignorar las vanas
locuras , que inspira
la pasión al que ama :
pues en mi memoria ,
fija conservaba ,
como triste ejemplo ,
la tragedia infausta
de mi pobre hermano ,
que en la gloria se halla !
Sufria mil veces
por mi vida uraña ,
de mis compañeros

insolentes chanzas:
y á sus francachelas
les acompañaba,
de sus torpes vicios
tomando la máscara,
mas, avergonzado
de culpas tamañas.
Oscar, entre todos,
por su ingenio y gracia
logró apoderarse
de mi confianza,
y supo el secreto
de mi amor, niñada
entonces, y al cual
avivó él las llamas.
Vino al monasterio,
por guardar mi espalda
de riesgos y azares,
que siempre amenazan
al que entre peligros
y tropiezos anda.
En fin, una noche
de horrible borrasca,
que sufrió sereno,
clavado á las tapias,
esperando ansioso,
al nacer el alba,
divisar mi sombra
que á sus brazos salta,
me estrechó á su pecho,

y con una capa
los dos embozados,
porque desgarrada
se quedó la mia
entre las pizarras,
me dijo, me acuerdo,
con voz dulce y blanda:

« Rujiero, no es cierto
que partes mañana,
pues la gran república
te otorga la gracia
de segundo alférez
de la nueva escuadra,
que á buques corsarios
irá dando caza?

— Oscar, bien lo sabes.

— Y dí, no te espanta,
dudar, si la ausencia
mucho se dilata,
que olvide estas citas
la niña adorada,
que así me aseguras
leal te idolatra?

— Amigo, le dije:
recuerdos de infancia
me hicieron amables
sus dulces palabras:
mas, estoy contento,
pues esto se acaba,
— Y así te imaginas

poder olvidarla?

— Quien firme desea,
que es lo que no alcanza!

— Tu orgullo no sufre?

Tu noble arrogancia

no ve, en el olvido

cuanto se degrada?

— ¡Quizá; mas qué importa?

Ademas, es tanta

la pasión en ella,

que no ha de olvidarla!

— Ola! «me replica;

todo me lo aclaras.

Qué la has prometido?

— Mientras viva, amarla;

pero, sin delirio,

con ternura santa,

como dos hermanos.

— Ay Rujiero, basta;

como es imposible!

La pobre muchacha,

por tí, ha concebido

locas esperanzas!

— Tal piensas?

— Y acierto.

La harás desdichada!

— Eso me repite

siempre que me abraza.

— Y ella, ¿qué promesas

te juró, insensata?

— Ay Oscár: si fueron
tan dulces, y tantas!
Vivir por mis ojos;
ser de ellos esclava;
besar las arenas
que pisen mis plantas;
seguir mi fortuna
si honor se lo manda,
aunque siempre sea,
tan negra y contraria:
dejar sus amigos,
Venecia, su patria.....
— ¿Tambien el convento?
— Tambien!

— Pues te engaña!

Harto la conozco!
Sus labios no mancha
la torpe mentira.
— Fué burla, y pesada!
me dijo, riéndose
Oscar: desenlaza
su brazo del mio;
me enseña una carta
de ella, que á otro amante
dirijia.....

— Calla!

esclamó Jacobo:
pues lo que relatas,
culpa á Magdalena
de acciones bastardas!

— Por Dios, gondolero ;
la historia se acaba ,
déjame concluya ;
que el ser tan cansada ,
es por que no ignores
de sus circunstancias
ni las mas pequeñas ,
para que al juzgarla ,
puedas con justicia
estimar sus raras
bellas cualidades ,
y saber sus faltas.

Terminó en apuesta ,
al fin, nuestra plática.

— A que no te sigue
á tierras estrañas ,
y alegre abandona
esa solitaria
celda, donde triste
su vida se pasa ,
como flor que olvidan
del abril las auras ?

— A que sí: respondo
con loca jactancia ,
á Oscar , que sonrie
con sonrisa amarga.

— ¿ Y asi, de mi hija
el honor jugabais ?

— Jacobo, confieso
que ha sido una infamia.

Mas, nunca se sabe
lo que amor arrastra,
sino en el momento
en que se separan,
con sospechas ciertas
de que ya no se aman,
dos, que se juraron
que se idolatraban !
Por mi pensamiento
cruzaron galanas
mil y mil memorias
de la colejiala.
No era ya una niña
temerosa y cándida,
ruda cual la arena
de sus ricas playas;
era ya la jóven,
vírjen sobre humana,
ánjel en lo honesto,
mujer en las gracias ;
discreta , virtuosa,
cuanto apasionada.
Conocí el tesoro
que se me quedaba
tras sus duras rejas,
para mí tan blandas.
Las sospechas ruines
de que me burlaba:
el glorioso triunfo
de mi loca hazaña ;

mi pasión, mi orgullo.....
todo me incitaba;
el rapto dispuse,
con astucia y maña.
Resistió la jóven,
con virtud bien rara,
súplicas, querellas,
ruegos y amenazas,
y á todas mis voces,
llorando, clamaba
« Mi afrenta no temo;
ni á mí me acobardan
los riesgos seguros
que se me preparan:
siento la deshonra
de las nobles canas
de mi padre anciano:
pues, sé que le mata
de su Magdalena
la traicion bastarda! »
En fin, exaltado,
blandiendo la espada,
la grité: « O me sigues
ó aqui se me clava,
y mi corazon,
pronto despedaza! »
Ciega, de mis manos
lanzóse á arrancarla:
no dió ni un quejido,
ni vertió una lágrima,

solo añadió: ¡ Oh padre ,
te soy muy ingrata ! »

— Pobre Magdalena !

A tan viles tramas ,
que mucho cediese
tu inocencia incauta !

— Dejó el monasterio,
y á pocas jornadas,
pisamos el último
confín de la Italia.

Oscár que nos sigue ,
entonces me abraza ,
y de sus enredos
mil , me desengaña !

Me jura , que amores ,
y esquila , eran falsas ;
leal Magdalena ,

su amistad hidalga :

y su único objeto

volverme la calma ,
poniendo en mis brazos

quien me la arrebató ;

y echándose en ellos ,

con sonrisa esclama :

« A no ser por esta
ingeniosa traza ,

que te hizo , por celos

y orgullo , robarla ,

no respirarias

las brisas de Francia ,

solos, mano á mano
viendo las montañas,
mas bellas, por cierto,
que la estrecha jaula
en que esa paloma
prisionera estaba! »

De Oscar me avergüenzan
las libres palabras:
vuestra hija, las oye
como yerta estátua:
cae de rodillas,
las manos levanta,
y tan tristes quejas
á los aires lanza;

« A donde me llevas?
que suerte me aguarda! »

Mi conciencia entonces;
en silencio me habla

« A la afrenta, al crimen,
tu víctima arrastras!
y el remordimiento
roe mis entrañas!

— « No es un seductor
vil quien te arrebató;
respondo: es un jóven
bien digno de lástima,
á quien la experiencia,
no el honor le falta!
Ni al vicio humillante
tu amor te degrada,

ni á mí me permite
mi conciencia hidalga,
ser de tu deshonra
é infortunios causa!
Y así, reconozco
que esta fuga estraña,
pues sin terminarse
tanto nos espanta,
solo desventuras
y mal, nos presajia! »
Oscar me aconseja ;
de mostrarnos trata,
que el amor deslices
mayores consagra :
mas yo, decidido,
le interrumpí: « Calla
por favor! La venda
que el placer formaba,
los remordimientos
de mi sien la arrancan.
— « Sí; añadió vuestra hija;
« mi pasión, no acaba,
mas sí el loco esceso
que la hizo villana.
Solo me arrepiento
de obrar con infamia,
no del amor mio,
que mi orgullo causa! »
Y con el acero
de mi misma daga

de sus negros rizos
cortó esta lazada.

« Tómalas: me dijo,
» porque en ella, esclava
» mientras tú la quieras
» te encadeno el alma! »

Desde ese momento
pende á mi garganta!

— « Rujiero, esa trenza,
sí, debes guardarla;
pues fué don precioso
de virtud. »

— Con calma,
prosiguió ella hablando :

« Vencerse es hazaña!

Vuelveme, Rujiero,
vuelveme á mi patria:

y aunque ya en mi nombre
quedará la mancha,

mi virtud, al menos,
sé que me acompaña!

— Hija de mi vida!

Y despues? acaba!

— Jacobo, despues,
volvió á santa Eulalia;

mas allí, temiendo

denigrar la fama

del gran monasterio,

negaron su entrada

á la pobre jóven!

En una cabaña
de Roma, modesta
mas de jente honrada,
(del padre por cierto
de la que hoy se llama
mi esposa, Enriqueta)
halló abrigo y franca
amistad, por ser
yo quien la llevaba:
y allí, mas de un año
ha vivido, hasta
que supe el destino
del bajel pirata
y pude escribirte.
Mas, hácia esta estancia
se dirige alguno !
— Sí : Rujiero, gracias!
De mi corazon
un peso levantas,
que, te lo aseguro,
me le destrozaba ! »



4.º



orenzo, que es lo que pasa?
— A lo que he podido ver —
un bravo ronda esta casa;
y aunque á entrar no se propasa,
sospechas debe tener.

— Como acuchillar se vieron,
por tantos enmascarados,
aunque no nos conocieron,
con justicia presumieron
que eramos los convidados.

Yo, al lance les decidí
diciéndoles, « que esa dama,
pues nos ha afrentado aquí,
vea, que vuelven así
los hidalgos por su fama!

Dejar libre es necesario,
á ese pobre gondolero:
que si él habló temerario,
no ha de obrar como un corsario,
un noble y buen caballero! »

Yo conocí tu razon,
Jacobo, en lo que me heria
tu acento en el corazon;
y así pagarte queria,
aunque dura, la leccion!

— Rujiero! Bien lo enmendaste.
Olvídese.

— Aun me avergüenzo!
Cuando á casa acompañaste
á esas señoras, Lorenzo,
ningun espia encontraste?

— Ninguno.
— No hay ocasion
de temer.

— Ola! El Leon
gruñe entre dientes.

— Sí, sí.
Con cautela, á este balcon
te asoma.

— Ya veo allí
otros dos bravos.

— Rujiero :
si está en peligro mi vida,
no te venga por mí, mal.

— Yo mando aquí, gondolero :
lo entiendes? Salvarte quiero,
y perderme. A un oficial
de la armada, no es posible
allanen la casa.

— Temo
de ese tribunal terrible!...

— En fin: al último extremo,
aunque me fuera sensible,
salieses por tan vil puerta,
la vida es lo principal.

De esta casa al fondo, abierta
hay, á una calle desierta,
una ventana: un canal
cruza por bajo.

— Ya estoy.

— Los bravos, esta salida
quizá no sepan.

— Te doy
mil gracias! Oh, jóven! hoy
dos veces me das la vida!

— Y Magdalena?

— Te fio
respetarla como hermano!

— No verla es mejor; confio.....

— Bien; Enriqueta, al navío
haré te la vuelta, anciano.

A los bravos quiero hablar
por si mejor desvanezo.....

Jacobo..... te he de salvar!

— Jóven, tu amor te merezco
porque te lo sé pagar!





os parece indispensable ,
para mejor entendernos ,
esplicar sucintamente ,
los anteriores sucesos
relativos á esta historia ,
desde el dia en que Rujiero
dejó en casa de don Lope
y encomendada á su celo ,
y á la amistad de sus hijas
á Magdalena : partiendo
él á la armada , á servir
de subteniente el empleo :
tranquilo ya , pues estando
la abadesa de por medio ,
Jacobo no ignoraria
de su hija el rapto , ni menos ,
el asilo hospitalario
en que él la alvergó ; pudiendo
venir su padre por ella ,
cuando se hallára dispuesto
ó á perdonarla , ó á dar

á su deslíz escarmiento,

Cruzó dos años el mar,

y en cien combates y encuentros

con los piratas, ganó

tres heridas, y un ascenso,

y buen renombre, y gran fama

de esforzado y de resuelto.

Recibió, al fin de aquel año,

una carta, en que el atento

don Lope así le escribía:

« Si le es favorable el viento

» al bergantín que conduce,

» hoy á Magdalena, creo

» que dentro de cinco días

» la abraza Jacobo el viejo.

» Del tal pirata ignorábamos

» el rumbo y el paradero;

» las esperanzas perdidas

» de hallarle vivo ni muerto.

» Al fin nos ha escrito, y largo;

» y hay tan piadosos consejos

» en la carta, que, al corsario

» no le conozco, y le quiero!

» Ha acompañado la esquila

» con mil regalos y obsequios

» para mí y para mis hijas,

» por nuestro amor y desvelos

» para con su Magdalena,

» á quien perdona. En el puerto

» de Nápoles, con su buque

» la espera: allí iré yo mismo
» á llevársela á sus brazos.
» Adios ! Nos falta consuelo !
» Como á hija la queria ;
» que encuentre á su padre siento !
» Camila va á retirarse
» de monjas á un monasterio ;
» y así, yo, con mi Enriqueta
» únicamente me quedo.
» Ambas me dán para vos
» mil cariñosos recuerdos,
» y no hay día en que no lloren
» porque estais en otro suelo ! »

El jóven, guardó esta carta
con tierno afán en su pecho ;
mas desde aquel mismo instante
triste se quedó, y suspenso.
Cuando gritaba el vijia
« Una vela ! » iba el primero
sobre cubierta, y temblando,
pálido, afijido, incierto,
sus miradas dirijia
al bajel contrario, al cielo
rogándole, se llevase
el de Jacobo muy lejos !
Pues su deber le mandaba
ahorcarle en la entena ; y tierno
su corazon, le decia.
« Es padre de la que quiero ! »
Por último, recibió,

al año siguiente, un pliego
dirijido desde Roma ,
y el sello del lacre negro.
Le abrió, y encontró un billete
reunido á un testamento,
entrambos del buen don Lope:
concebida en estos términos

la carta..... « Amigo, hijo mio;
» pues mi cariño, y mi techo
» aunque pobre, te los dí
» cuando te ví solo, y huérfano:
» necesito de tu apoyo:
» y aunque en los años mancebo,
» en la honradez, y en el juicio,
» anciano te considero!
» Corta es mi herencia; á Enriqueta,
» hija mia! se la entrego:
» y á tí, por su curador,
» tutor, y amigo, la dejo!
» Sola se queda en el mundo:
» Camila ha tomado el velo:
» el Leon no tiene lengua,
» ni ciencia el pobre Lorenzo!
» Tú solo, puedes salvarla;
» me la amenazan sus deudos:
» has prometido ampararme;
» moribundo te lo ruego!

El jóven, agradecido,
pundonoroso en extremo,
se decidió á dar á todo

pronto y leal cumplimiento.
Pidió licencia en la armada,
pretestando hallarse enfermo,
y la obtuvo fácilmente,
en atencion á sus méritos.
Voló á Roma: halló á Enriqueta,
besando un cadáver yerto:
lloró sobre él; cumplió en fin,
cuantos deberes supremos
la religion y el dolor
recomiendan. Su talento,
consiguió allanar obstáculos:
y ya amable, ya severo,
puso en claro mil negocios,
hasta entonces, sin concierto:
recuperó gran hacienda,
y partidas de dinero
con que aseguró á Enriqueta
su porvenir, que era incierto.
Ella era hermosa y amable,
y aun conservaba en su seno
del tierno niño la imájen,
como la de un ángel bello!
Volvióle á hallar ya galano,
joven, militar, apuesto;
con heridas, y con cruces
de honor, por blason al pecho.
Le vió buen hijo; leal
amigo: fiel consejero;
prudente, obsequioso, amable,

y, en fin, le amó con extremo,
con locura; como se ama
cuando es el amor primero,
y le educa una alma ardiente,
y una cabeza de fuego!

El jóven vivió con ella,
sin embarazo; creyendo
mas fácilmente atender
asi, á todo; mas, el pueblo
dió en murmurar: sus hablillas
dieron lugar á otros cuentos,
hasta que un dia, le habló
el sacerdote, diciendo,

« Que estaba comprometido
á buscar algun remedio
al grave mal que causaba.»
Quiso informarse, y bien presto
le desengañó Enriqueta,
que se arrodilló pidiendo
su honor, y su estimacion.

— Pues qué, yo las comprometo? »
esclamó, admirado el jóven.

— Me señalan con el dedo;
me llaman vuestra querida!

— Basta, señora..... Qué puedo
hacer, porque vuestro honor
y nombre, queden ilesos?

— « Rujiero, » interrumpió el digno
relijioso..... « El rostro bello,
ved, de esa cándida vírjen!

Su honestidad, su respeto,
aun no bastan á encubrir
que os ama; y así, comprendo
que este no solo será
un enlace por convenio,
sino por inclinacion.

— Qué decís? Un casamiento!

— Sí.....

Yo, que dudo de todo,
y mas de un amor eterno! »
añadió en voz baja.

— Así

la salvais!

— Así me pierdo!

— Su padre os la encomendó
pura y con honra; y yo pienso
que ni en apariencia, vos
querreis la pierda?

— Os confieso!...»

Enriqueta se desmaya.....

En fin, solo advertiremos,
que el jóven se persuadió
del amor hondo y secreto
que inspiraba: que, escuchando
del sacerdote el acento,
consintió en sacrificarse,
y obedeció sus consejos:
que quiso al muerto don Lope,
cumplir así caballero
la palabra de dejar

su fama y nombre bien puestos.
Por consolar la doncella,
se casó: y á poco, inquieto,
de abandonar á su esposa,
fué su deber, el pretesto.

En una ocasion, herido
vino á curarse á Palermo;
allí le siguió Enriqueta,
á quien trató con despego,
por primera vez; y al punto,
sin restablecerse, huyendo
de sus caricias, volvióse
á la armada. Su silencio
confirmó á la tierna jóven
su desvío. A poco tiempo,
pensó en pedir su retiro:
le alcanzó; fijó su asiento
en Venecia, mas sin dar
noticia ninguna de ello
á su mujer; y aunque, al cabo,
llegó Enriqueta á saberlo,
vaciló en ir en su busca,
de ofenderle, con recelo.
Triunfó su amor: arribó
á Venecia; allí su ingenio
la sujirió un noble rasgo
de ternura y miramiento;
alquiló humilde posada
para ella, y para Lorenzo,
y para su inseparable

Leon, el castizo perro:
y á Rujiero estas seis líneas
le dirijió: «Esposo, y dueño:
» si acaso, para serviros
» de compañía, ó consuelo,
» necesitais una esclava,
» á vos como tal me ofrezco!
» Mas, para no importunaros,
» vuestras órdenes espero.»

Reconoció el noble jóven
el digno comportamiento
de Enriqueta, y respondió:
« De que esteis aqui me huelgo;
» y yo iré en persona, hoy mismo,
» á pagaros lo que os debo! »

Mas aquel dia pasó,
y otro, y ciento; y tras aquellos,
otros muchos; y olvidóse
de su oferta, ó puso empeño
en no cumplirla: y entonces,
bailes, orjías y escesos,
eran los que le servian
de villano pasatiempo.
Por esta época, á Venecia,
Jacobo llegó, trayendo
muy enferma á Magdalena,
por ver al mas hábil médico.
La casualidad les hizo
ir á la fonda derechos,
donde Enriqueta moraba;

y allí, anudaron de nuevo
su amistad interrumpida,
la hija del gondolero
y la desdeñada esposa:
y allí, el pirata, encubierto,
veló por su Magdalena,
y su restablecimiento,
á quien de una fiebre aguda
de contagiosos efectos
logró salvar, derramando
el oro. Del triste lecho
la vió salir, y al instante,
volverse al mar fué su anhelo.
Mas aquella última noche,
al ir al buque con ellos,
por darles su despedida,
Lorenzo y su ama, vieron
á Rujiero entre otros varios
cortesanos palaciegos,
entrar en un salon público:
y por instintos diversos,
de amor, despecho y venganza,
de disfraces se valieron,
y al banquete penetraron,
no sin algunos tropiezos.
Allí fué donde, entretanto
que ya se llevaban preso,
á Jacobo, hizo á su esposa
amable recibimiento
el jóven: la consoló;

la encomendó, con anhelo,
velase por Magdalena ;
dando al criado Lorenzo
las señas de su posada ,
las llaves de su aposento ,
y aun al Leon un halago :
echándose á correr luego
con sus camaradas locos ,
él, acaso, el menos cuerdo ,
á darse de cuchilladas
por salvar al prisionero !



6.º



a el sol ha muerto: la noche
va á empezar y borrascosa;
á una azotea, elevada
con mucho sobre las otras,
todo el cuerpo acogajado
hácia adelante, se asoma,
cubierto, un hombre. Es Jacobo:
un largo anteojo se apoya
en la mejilla, con ansia;
y con su mano nerviosa
hace seguir á Lorenzo
que en el andén se coloca,
(mientras, también con reserva,
en la ancha capa se emboza)
la direccion de un objeto,
que ya divisar no logra,
sino en parte; y estas voces,
el viento silvando ahoga:
— ¿No ves un águila blanca,
á la luz de la farola,
que ajitada en mil vaivenes,

parece una estrella roja ?

— La luz, la veo.

— Y, no alcanzas
á distinguir en la popa,
el águila ?

— Nó.

— No vés
las tres negras banderolas
del gallardete ?

— Tampoco.

— Y con ese anteojo ? Toma.

— Ahora, sí: el águila de oro ;
las tres banderas que flotan,
como negras llamas ; sí.
Es tu navío ? ... Y ahora
amaina las velas !

— Trae :
dame ese cristal.... Zozobra
el buque..... Bien ! Si tan pronto
todo el velamen no doblan,
pardiez, que el navío vuela
á estrellarse con las rocas !
Cielos !.... Se alejan !.... Es cierto :
su salvacion está sola
en ponerse en alta mar,
á la merced de las ondas !
Maldito Levante !.... Ah ! sí
cada vez mas récio sopla !
La embarcacion desaparece ,
y en tierra asi me abandonan !

Quizá una semana, un año,
quizá perezca en las olas
mi bajel pirata, y nunca
vuelva por mí !.... Otra vez torna.
Vuelve á alejarse!.... Ya, nada
se divisa: todo es sombras! »

Torrentes de lluvia caen:
zumba el trueno; el viento azota
la frente del gondolero
que sobre el pecho se agovia.
Lorenzo quiere alentar
su desconsuelo y congoja;
mas, es mortal su quebranto,
y así su intencion no logra.
De pronto, en el aposento
entra una mujer. Su boca,
en las manos del anciano
con un suspiro se apoya:
Jacobo, en él, reconoce
alguna pena muy honda,
y abre sus ojos, y vé
que es de Rujiero la esposa.
Esta, le intíma silencio,
con una mano; y con otra
le atrae, porque la siga;
diciéndole con voz sorda:

« Tienes valor?

— No me falta:
mas, tu palidez me asombra!
— Para todo?

- Para todo.
- Aun para ver tu deshonra?
- Calla!.... Sí.... y para vengarla!
- Silencio, y sígueme ahora!



7.º



on que eres de otra mujer, ¿
y á mí me juraste amor?
— Era una deuda de honor,
y fué el cumplirla un deber!

— Y cuando á mí me arrancaste
de aquel monasterio, ay triste!
pues mi honor oscureciste,
por qué por él no miraste?

— Porque á tí te idolatraba;
y en el remedio que habia,
la muerte cierta veia
del amor que me halagaba!

A Enriqueta nunca amé,
por eso la he dado un sí....

— Por el que yo te perdí!

— Mi corazon te guardé!

— Tu corazon no le veo!

— Mas, bien le sientes latir!

— Quizá me pueda mentir,

ó le inspire otro deseo!

Ay! que indisolubles lazos
con otra mujer formaste,

y entre ese nudo dejaste
nuestro amor hecho pedazos!

Libre tú, luz de mis ojos,
ausentes, desde muy lejos,
aun llegaban sus reflejos
á alumbrar nuestros enojos;
y una risueña esperanza,
aunque con su brillo incierto,
nos dirijia hacia el puerto
de la bienaventuranza!

Mas, si hoy tu lábio me nombra,
aunque con ansia secreta,
verás delante á Enriqueta,
como vengadora sombra!

Si un ¡ay! me quieres enviar,
como un recuerdo, en tu boca,
ella, temeraria, y loca,
le conseguirá apagar!

Dirijirás tus miradas
á los mares de Levante,
y ella se pondrá delante
porque en sí queden clavadas!

Rujiero, en tu mismo lecho,
aun si sueña tu ilusion
que estrechas mi corazon,
te hallarás junto á su pecho!

Calla, mujer peregrina,
pura, enamorada estrella,
pues tu doliente querella
parece que me asesina!

Sabes lo que me ha perdido?
El ejemplo de Rujiero:
y su fin tan lastimero,
por haber tanto querido!

Cuando, por burla, ó de risa,
la encareció sus primores,
entonces cojió las flores
del amor de su Eloisa:

mas, cuando amó como un loco,
y en sus ojos lo notaron,
entonces ya le arrancaron
la flor de amor poco á poco!

Vino el desdén y el desvío,
el desprecio, el abandono:
y aún, al morir, «La perdono!»
esclamó el hermano mio!

— Pobre mártir!

— Magdalena:

yo, aunque no te lo mostraba,
con delirio te adoraba!

— Eso es verdad? Cuánta pena
me hubieras; ay! evitado,
si allí me lo confesáras!

— Temí que me abandonáras
en viéndome apasionado.

— Yó..... yó? A delirios sujeta,
dicen, que está tu razon:
sí, es verdad, pues mi pasión
afrentas así?

— Enriqueta

me amaba con frenesí;
su honra, cuentan, mancillé,
y á su padre, que lo fué
en la bondad para mí,

en el lecho de la muerte,
juré mirar por su honor;
le cumplí, aunque con dolor,
mi palabra de esta suerte!

Mas, como yo me creía
que era el casarse, cadena
tan pesada; ay Magdalena!
que cualquier valor rendia;

y que, amores, ilusiones,
placeres, muertos quedaban,
en cuanto se sujetaban
con tan duros eslabones,

preferí con esta dama
el enlace, porque así
pude conservar, aquí,
las ilusiones del que ama.

Y aun, de hechicera sirena
puedo juzgar qué es tu canto:
y que da perlas el llanto
de tus ojos, Magdalena;

y que por ellos asoma
la aurora de un sol que admiro;
y que es dulce tu suspiro
como el de tierna paloma!

En fin, aun puedo creer
que eres el alma perdida,

que, dicen, es nuestra vida,
la mitad de nuestro ser:

la hermana, que allá en el cielo,
ángeles quizá los dos,
me dió, al desterrarme Dios,
por compañera en el suelo!

— Rujiero mio, me falta
fuerza, para resistir
el fuego, que á consumir
todo el corazon me asalta!

Ah! que tus suaves razones
el alma me han desgarrado,
y en su fondo han despertado
mis mal dormidas pasiones!

Ya su fuerza poderosa
me infunde un gran desvarío!
Rujiero, Rujiero mio,
ah! cuánto envidia á tu esposa!

No creo, no, que tus brazos
fueran pesada cadena
para tu fiel Magdalena;
ni hierros, tus dulces lazos!

Por llegar á poseerte,
no dejára de adorarte,
quien mas debiera estimarte
por poder mas conocerte!

Y antes, con la posesion
de un bien, cuando es verdadero,
se hace eterna, mi Rujiero,
la dicha del corazon!

A entrambos nos has perdido,
cuando tu mano la has dado!

— El alma te he reservado!

— Esclava del cuerpo se ha ido:
con los brazos que la diste
el corazon la entregaste!

¿ Por qué no te le arrancaste,
si me amabas cual dijiste?

— Magdalena idolatrada;
ya me desengaño: es cierto,
debí, sin duda, haber muerto,
despues de dejarla honrada!

Mas, su esclavo no he de ser:
con don Lope, que es difunto,
á un exajerado punto
he llevado mi deber.

Harto le he pagado ya:
su hija huérfana ví,
y pobre; hoy, solo por mí,
con honra y bienes está:

que me dejen es razon,
al menos, la libertad
de guiar mi voluntad
á gusto del corazon.

Venecia he de abandonar:
audaz surcando las ondas,
al mar donde tu te escondas,
al fin, yo sabré llegar.

Entre un abismo, y el cielo;
á la merced de las olas,

porque sepan ellas solas
nuestro amoroso desvelo,
viviré alegre, forzado
de alguna de las galeras
con que las moras riberas
corre Jacobo, el restado;

por sí, mi sangre vertiendo
por él, calmo sus enojos,
al decirle, «que en tus ojos
le voy esclavo sirviendo!

Que en la mar honda y sombría
me dé sepulcro ignorado,
ó me llame su hijo amado,
pues que serlo merecía!»

Rujiero, hermosa esperanza:
dulce ilusion de un poeta!
Y la sombra de Enriqueta,
no vés, que entre ambos se lanza?»

— No; os engañais; no es su sombra!
gritó una mujer, entrando,
los amantes separando
con un ademán que asombra;
tanto era noble, severo,
imponente y religioso.

«Escúchame, ingrato esposo!»
dijo al absorto Rujiero:

mientras confusa, y turbada,
cual de un espectro delante,
Magdalena, agonizante
cayó en tierra arrodillada:

« Qué te hice yo, para serte
tan insufrible y odiosa?

Qué culpa tuvo tu esposa,
culpada solo en quererte?

No te basta, de tus brazos
ponerla siempre apartada,
que, con alma despiadada,
haces la suya pedazos?

Si dejas su compañía,
habita en la soledad,
pues del lecho la mitad,
Rujiero, Rujiero, es mia!

Y es un sacrílego robo
el que en prestarla me hicieras;
y afrenta, que no debieras
á la amistad de Jacobo!

Si te cansa mi prudencia,
mi honestidad, mi recato,
porque al fin, á un hombre ingrato
todo apuro la paciencia,

lejos viviré de tí,
pues sabes que hacerlo sé,
y que ya me resigné,
aunque tanto padecí!

Pero, al menos, te merezco
estimacion y decoro,
sino por lo que te adoro,
porque sin culpa padezco!

Bastardos son tus amores
con esa mujer infame,

que así merece la llame
la que vendió mis favores!....

— « Señora! » gritó con pena
la hija del Gondolero:

y con gran furor Rujiero;

« No afrenteis á Magdalena!

— No la disculpes: no alcanza
perdon á su liviandad!

— Enriqueta, ten piedad!

— Porque alientas la esperanza

de mi jóven, ciego esposo,

que, al fin, es solo mi dueño,

pintándole el fácil sueño

de un porvenir venturoso?

Crées que yo sufriré

que otra que yo le disfrute?

Que nadie me le dispute?

Pues, solo es mio!

— Lo sé.

Me abres los ojos, ahora:

locas son las ilusiones;

la fuerza de las pasiones

arrastra fascinadora!

Cedí á un vértigo amoroso,

y á un pasajero delirio;

no cause yo tu martirio:

no te robaré tu esposo!

— Magdalena!

— No, Rujiero:

obra como mas te cuadre;

en los brazos de mi padre,
de tí, defenderme espero!

— Detente!

— Déjala huir:
y pronto, que cruce el mar.

— Magdalena!

— Os debo hablar!

— No; yo la quiero seguir.

— Respeta mi desconsuelo.

— Ay! solo atiendo á su amor!

— Vedme á esas plantas, señor!

Tened piedad.

— Vano anhelo!

— Basta pues! » dijo Enriqueta
poniéndose erguida, en pie :

« Por fuerza lo alcanzaré ,
á ver si se me respeta!

— Qué decis ?

— Soy vuestra esposa,
y la ley hoy me autoriza.....

— A nada! Se me esclaviza?
Romparamos ley tan odiosa!

El vínculo del altar,
que es de Dios, supremo rey,

existirá; el de la ley
se puede bien desatar :

y hoy mismo nos desunimos !

— Un divorcio !

— Asi veremos,
si libres obrar podemos :

harta paciencia tuvimos!

— Rujiero.

— Hoy haré se escriba
la demanda.

— Por piedad!

— Ley será mi voluntad.

— No será mientras yo viva!

— Jacobo encubierto! Y vos?

Como cobardes espías
acechándome los dos?

— Per descubrir, vive Dios,
que tú, á entrambos nos vendias!

Su lecho, infiel, desonraste:
su virtud escarneciste;
de mi bondad te burlaste,
y mis canas infamaste,
y á Magdalena perdiste!

Con una dama, altanero,
con una doncella, infame,
con ambas, mal caballero,
villano, y ruin embustero,
es forzoso que te llame!

— Anciano, infeliz anciano:
tu voz, tu muerte fulmina!

— Tu orgullo, jóven, es vano:
valor no tiene la mano
del que cobarde asesina.

Bien á Rujiero pagaste
el amor que le debiste;

la honra que de él heredaste!
Que pronto que te acordaste
que vil bastardo naciste!

— Por Dios! Jacobo: es mi esposo!

— Es el torpe seductor
de mi hija: el engañoso
mónstruo, que á un padre dichoso,
roba ventura, y honor!

Rujiero, serás maldito
de la que llamaste madre!

— Calla! Sangre necesito!

— Mi hija afrentas? No es delito?

Vén, y asesina á su padre!

No hay trégua ya, no hay perdon.

Verter la sangre, es mi afán,
de tu infame corazón!

Las manchas de mi opinion,
con ella se lavarán!

Mi voz notas quebrantada,
mas, aun tengo el brazo fuerte;
el alma determinada;
pronta, y cortante la espada;
y un gran derecho á tu muerte!

— Vida por vida nos dimos,

conque nada nos debemos!

Olvídese lo que fuimos:

recuérdese lo que vimos,
y en morir no dudaremos.

— Rujiero!

— Apartad, señora.

— Jacobo! Sois padre vos :
por Magdalena os implora!....

— Imposible.

— Aqui se llora!

Idos presto , ó vive Dios !

— Jóven , su llanto respeta ,
que á mas de tu esposa , es dama.

¡Ah! mi venganza completa
será por vos Enriqueta !

— Rujiero ! Jacobo!

— Aun clama?

Quiero matarle ó morir!

Idos , señora. Mis ojos
se turban ! ¿Quereis salir?

Bien pronto podreis venir
de un muerto por los despojos ! »

Mas , viendo la suspension
de su esposa , y que con lloro
aun clamaba. « Compasion ! »
la hizo salir del salon ,
sin respeto á su decoro.

« Tu sangre espúrea se advierte :
gritó Jacobo : y consiento
que la trates de esa suerte ,
porque te espera la muerte ,
sin salir de este aposento ! »

Rujiero con risa insana ,
cierra la puerta , y arroja
la llave por la ventana ;
la lámpara veneciana

coje, apaga su luz roja,
y al instante, fiero amaga
á Jacobo. « Aquí tu daga! »
— Tu acero hallé....

— Vive Dios,
que para uno de los dos
por siempre esta luz se apaga!
— Ya que estas lenguas usamos,
ea, palabras ahorremos,
que el tiempo desperdicianos!

— Pues en las sombras lidiamos,
ninguno nos conocemos! »



8.º



y! con rencor furioso
ya emprendieron la lucha!
Del salon espacioso
el ámbito vacío
llena el crujir del uno y otro acero:
por la parte exterior, tambien se escucha,
el lamento filial de «Ay padre mio!»
el grito de pasion de «Ay mi Rujiero!»

Magdalena, la hermosa,
y Enriqueta infeliz, la tierna esposa,
á la insensible puerta,
á sus clamores y á sus golpes, yerta,
se agrupan con afán, desesperadas:
ya con furor gritando,
ya con pesar llorando,
ya del terror quedando anonadadas.
Se disputan, con ansia que estremece,
el mirar por la hueca cerradura;
mas, el salon, en su interior, parece
por lo lóbrego, vasta sepultura.
Alguna chispa que al saltar, fulgura

en las armas , entrambos combatientes ,
les hace ver , cual sombras que se ajitan ;
que sobre sí , á la vez se precipitan ,
y jiran , cual fantasmas transparentes.

Mas , ya notan bien claro , el comprimido
resuello de dos hombres , sin aliento :

luego , un silencio sepulcral que espanta ;

y de las armas al chocarse el ruido ;

y el rechinar de la pesada planta

que , al embestir , retiembla el pavimento.

Ahogada queja entre sus lábios muere :

imprecaciones de furor sofoca

el rival que es herido , y el que hiere :

el duelo horrible hácia su fin ya toca :

pues que rendidos del mortal combate ,

no el corazon , el cuerpo les abate.

« Piedad , piedad ! » entonces les decian ,

la hija triste , y la esposa inconsolable :

« ...dad ...dad ! » los altos techos repetian ;

y dándose los hierros , respondian

al eco moribundo y formidable !

En tanto , por las piezas interiores

confuso estruendo , cual de jente armada ,

resonó : por los largos corredores ,

con hachas encendidas ,

turba de bravos penetró hacinada.

El capatáz , al ver las doloridas ,

bellas señoras , que á sus pies se abrazan ,

y la puerta cruel bañan con llanto :

al mirar , que los rizos despedazan

de la negra melena,
cual heridas serpientes
por el suelo arrastrándose con pena,
rozando el polvo con sus puras frentes;
se detuvo asombrado. Los sayones,
á tierra inclinan dagas y puñales,
y humeantes hachones;
y adivinando los tremendos males
de aquellas dos mujeres, tan hermosas,
con silencio elocuente,
escuchan sus querellas lastimosas:
pues, la desgracia, y la virtud, son cosas
que acata el vicio, y honra, aun quien nosientel

A sus ruegos, los bravos, al momento
se lanzan á romper del aposento
la misteriosa puerta. Al arrancarla
de sus goznes de hierro, desquiciados,
y cuando á punto están de derribarla,
despues de mil esfuerzos ostinados,
oyen un grito ronco y plañidero,
que de terror les hielas las entrañas;
y como si cayera un roble entero,
desgajado, de altísimas montañas,
un cuerpo rudo, con tremendo empuje
choca contra la puerta,
que estremecida cruje,
y con fracaso horrible queda abierta.
Blanca nube de polvo les circunda:
la roja sangre un rio
forma, y sus pies inunda:

de un roto corazón salta espumosa;
los sayones alumbran esta escena.
Abrazando un cadáver; «Padre mío!»
suspiró moribunda Magdalena:
la delirante esposa,
al hombre que en el centro aparecía
del gabinete oscuro,
como pálida estatua, repetía:
«Vive y te haré feliz, yo te lo juro:
vive, Rujiero, Dios del alma mía!»
y arrebatada de su amante esceso,
perdió el sentido, al ir á darle un beso.
El jóven, insensible,
ni la oye, ni piadoso la levanta;
su mirada terrible,
mucho lastima, y mucho más espanta!
Mudo, contempla su sangriento acero;
y entre la negra chusma de sayones,
al pálido fulgor de los hachones,
en medio de sus víctimas, Rujiero
era el retrato horrible, y verdadero,
del ángel infernal de las pasiones.

El jefe de los bravos, con un gozo
que en su acento brutal se traslucía,
al jóven dió su mano, temerario,
como á un igual; gritando: «Hidalgo mozo!
Camaradas; aquel que nos decía,
que á la noble república vendía,
mintió, pardiez: la prueba es el corsario;
su sangre ha hecho correr el caballero.

Ved la ancha herida: hasta el calado pomo,
debió esconderle el hierro en las entrañas.
El tribunal os premiará, Rujiero,
tan gran servicio, cuando sepa, cómo
hicisteis la mayor de las hazañas!
Al palacio del Dux: pues en las redes
cayó el marino lobo,
pienso, que nos darán ricas mercedes
á los que presentemos su cabeza:
que, aunque muerto, Jacobo
es, por mi vida, inestimable pieza!»

Cargan con el cadáver del pirata,
y en confuso tropél desaparecen
los bravos, entre loca gritería:
con sonrisa insensata,
el desdichado jóven, les decia:
«Aun dos víctimas hay!... muertas parecen:
quitadlas sí, de la presencia mia!»



9.º

Durante aquel día entero,
hubo escenas horribles
entre Enriqueta, Rujiero,
y Magdalena: y prefiero
callarlas, por lastimosas.
Ya otro sol amanecía,
y el jóven, aun blasfemaba:
la gondolera, aun jemia;
y la esposa, que aun rezaba,
aun sus quejas repetía.

«Lorenzo, mi único amigo,
pues ya todos los perdí:
de mi existencia maldigo!
— Por Dios!

— No sé lo que digo :
mas quiero la muerte, si!

— Morir tan jóven y hermosa !
— Para él solo, ansiaba yo
mi hermosura milagrosa!
Mas, aborrece á la esposa;
y ella, por su amor vivió!

De sus lábios lo escuché
en su horroroso delirio !
Me rechazó..... le rogué;
y exclamó, « No ; alejate ,
« mujer, que eres mi martirio!

 Mi mano manchada está,
y tú fuiste la ocasion:
un mar de sangre ves ya ,
que por siempre apartará
del tuyo mi corazon!

 Por tí, debe maldecirme
la que idolatré por madre:
y por tí, vendrá á escupirme
en el rostro, y á pedirme
Magdalena, á su buen padre!

 Por tí, en su trono divino,
clamará aquel tierno hermano
que me concedió el destino; »
« Te desconozco: asesino
de mi protector anciano! »

 La vida, en fin, me es odiosa
por tí: tu amor, insufrible:
y del sepulcro la losa ,
tan pesada y horrorosa,
á tus lazos, preferible!

 Si en vida no puede ser
nuestra suerte el desunir,
la muerte lo podrá hacer:
que yo no espero vivir,
para tanto padecer! »

Sus palabras no he olvidado:
por ellas me he decidido!
Sacrificarse á su amado,
es de un corazon honrado,
y de un amor bien nacido.

Que no prueba el adorarse,
tan solo el corresponderse;
sino, el llegar á olvidarse
de su bien, por acordarse
del bien que á otro puede hacerse!

— El sacrificio es terrible!
Meditadlo.....

— Basta ya.

— Señora..... será posible?

— Quizá de mi amor, sensible
entonces, se acordará!

Estoy resuelta.

— Señora!

— Lorenzo, de tí me fio.
Entre Magdalena ahora.

— Quiere partir á la aurora.
Quizá no!.... Valor, Dios mio!



10.



en, Magdalena bella,
ven ; aunque me ofendiste,
siempre querida fuiste
del corazon leal.

Mil penas me has causado,
mas, yo te las perdono:
yo siento tu abandono;
yo lloro por tu mal!

— Enriqueta, en lo noble
te reconozco ahora:
la crueldad desdora
un grande corazon.

Yo te ofendí, sencilla,
mas, nunca te he ultrajado:
tu pecho he lastimado,
mas nunca tu opinion !

— Ya no eres mi enemiga ;
mártir de unos amores ,
en cuyas puras flores
un áspid se anidó :

áspid , que alimentado
en tu inocente seno,
con su mortal veneno
tu dicha emponzoñó !

Eres la honesta jóven ,
húrfana desdichada ,
del mundo abandonada ,
pues sola estás ya en él :

mas, un dulce refugio
te queda, en una amiga ,
si el cariño te obliga
de tu Enriqueta fiel !

— Junto á tan bello arcanjel
viviera yo con calma ,
si hubiera aun para el alma
ilusiones de amor :

ya, para mi acabaron
las glorias de la vida :
te doy mi despedida ,
para un mundo mejor !

— Magdalena.....

— Enriqueta !

— Comprendo el gran secreto ,
que en tus lábios, sujeto
contiene mi amistad.

Yo soy eterno escollo
que á tu dicha se opone ?

— El cielo te corone
con su felicidad ;
pues yo te la deseo.

— Me pagas mi ternura;
mas, noto la amargura
tus labios contraer.

— Padre del alma mia!
Padre de mis entrañas!
Es cierto, no te engañas;
para mí no hay placer!

La amargura y el llanto
son ya la pobre herencia
que hacen de mi existencia
un martirio sin fin!

Al menos, me consuela
que no ha de durar mucho!

— Magdalena, que escucho?

— Modesto serafin,
no creas que mis manos
han de extinguir mi aliento,
pues sé, que mi tormento
mi vida ha de acabar!

— A tu mortal quebranto
ningun remedio alcanza?

— Ninguno.

— Y la Esperanza!

— No tengo que esperar!

Flor débil y agostada,
del arbol desprendida
á cuyo tronco asida
mi tallo vi crecer,

ya, solo me sostienen
la vida, mis congojas;

últimas, secas hojas ,
que el viento hará caer!

— Yo te daré consuelos.

— Con mis pesares vivo!

Ya, en el placer, recibo

dolorosa impresión :

porque, hace se distraiga

el alma, en lo que siente,

debiendo eternamente

morarlo el corazón!

— A Dios! A Dios, entonces!

— A Dios! Tú me disculpas?

— Magdalena, tus culpas,

también lo son en mí.

Tus ojos se cegaron

por otros ojos bellos,

y yo, ¡ay de mí! por ellos

también ciega me ví!

Su garbo y donosura,

entrambas adoramos:

las dos, nos declaramos

esclavas de un señor !

Cual tiernas pasionarias

un mismo sol seguimos:

igual crimen tuvimos;

y el crimen fué el amor!

El mio, aunque tan breve

gozó de un dulce sueño;

esposo, amante, y dueño,

con afán le llamé.

El tuyo, no ha alcanzado
gloria de amor ninguna:
amaste sin fortuna ;
quizá yo te la dé!»

Cambiaron un abrazo
con pasion delirante,
y Enriqueta, al instante
despareció de allí:

La pobre gondolera,
viéndola huir, murmura :
« Ella, tan sin ventura,
¿cuál podrá darme á mí! »



11.



un te encuentró!

— Rujiero!

Adios!

— Me has calumniado!

— Respeta mi dolor!... Padre adorado!

— Maldecido de tí! vivir no quiero!

Con él tan amorosa,

y conmigo tan fiera y rigurosa?

Qué pronto se acabó tu idolatría!

— No: no debo escucharte!....

— Detente, ah! sí, dulce enemiga mía;
porque quiero á mi vista avergonzarte.

Oh! que bien que mi amor te conocia!

Cuáles las pruebas son de tu ternura?

Abandonar, por juego, una clausura,
y arrepentirte, al verte entre mis brazos?

Arrancarte del alma apasionada,

como se arroja inútil vestidura,

tu fiel cariño, porque entre otros lazos

viste mi noble sien encadenada ?
Luego, tu santo amor, fué el egoismo?
y éste de sangre...

Adios!
profundo abismo.

qué dices, nos separa eternamente.....

— Calla ! Del cielo escitas la venganza !

— Magdalena, ese abismo, es solamente
mi enlace; en el que se ahoga tu esperanza!

— Rujiero, yo creí te merecia,
sino cariño, estimacion y aprecio!

— Mio tambien tu corazon creia:
eras mujer, creyéndote, fuí nécio !

El alma, por tu boca, me mentia !

— No contenta, Rujiero de olvidarte,
sí, debo escarnecerte:

sin piedad, maldecirte:

deber es mio el desear perderte,

y la vida pedirte,

y ante Venecia toda deshonorarte !

Deber es mio noble, y sacrosanto,

gozarme en tu vergüenza, y tu martirio,

y por tu sangre, al fin, vender mi llanto;

pues, te confieso en mi cruel delirio

que..... Rujiero!... que nunca te amé tanto!

— Anjel mio!... Ah! perdon !

— De que te adoro

dán testimonio vivo

las lágrimas que lloro.....

— Que yo guardo en mi boca cual tesoro!

— Sangre es del corazón con que lo escribo!

Por tí, por tí, doncella sin recato
he sido; amiga infame, hija maldita,
pues de mi padre al matador perdono!
A todos, por tu amor, mi amor fué ingrato!
Adios!

El alma ya te necesita!

—Es de Enriqueta! Adios! Yo te abandono!»

Al intentar Rujiero,
detener á la honesta fujitiva,
Lorenzo entró, gritando lastimero:
« Corred! Es imposible sobreviva!

— Quién?

—Vuestra esposa! En el canal sombrío,
desde su cuarto se arrojó.

— Dios mío! »

esclamó Magdalena, que se lanza
por la escalera, repitiendo, ansiosa:
« Esa era la fortuna lastimosa
que prometió Enriqueta á mi esperanza?
Triste principio para ser dichosa! »

Rujiero, con Lorenzo la seguian;
criados, y remeros,
con fuertes voces, acudir hacian.
Ya todos llegan al canal, lijeros:
clavan sobre él tristísimas miradas,
y aun ven sus aguas turbias, y ajitadas,
poco á poco su círculo estendiendo,
en la orilla muriendo,
poco á poco, las lentas oleadas.

« Vuestro es cuanto poseo :
mis remeros , muramos por salvarla !
—Amiga!. Allí.. Su cuerpo! Ah! es mi deseo!
— Magdalena! no debes aun llorarla!
Templa tu inmensa pena :
el cielo me lanzó sus maldiciones!
Ay! del que no refrena
el instinto feroz de las pasiones !





PARTE SESTA.

LA FLOR

DE LA ESPERANZA!

1.º



llá, en Nápoles la bella,
del golfo á la misma orilla,
hay una granja sencilla:
Magdalena vive en ella.

Cuando enferma á su hija vió,
en joyas, si bien se aprecia,

con que comprar á Venecia ,
Jacobo la regaló :

y por recreo , esta quinta ,
que entre flores se levanta ,
y que al mar cede su planta ,
porque en su espejo la pinta .

Seis meses allí pasó ,
como triste desterrada ;
de su Rujiero apartada ,
que de sus recuerdos , nó !

A su padre , y á su esposa ,
cuyo cadáver sombrío ,
quizá el canal llevó al rio ,
y el rio á la mar hundosa ;

como holocausto , y tributo ,
de que su memoria honraron ,
vivir ausentes juraron ,
mientras durára su luto .

Mas , con cariñosas cartas ,
mensajeras de amor ciertas ,
de sus pasiones , no muertas ,
se dieron señales hartas !

Véd , en esa torre erguida
á que el mar sirve de almena ,
á la triste Magdalena ,
leyendo así , enternecida .

« Esta es del quince de enero :
que enamorado escribia !
Me acuerdo ; fué , al otro dia
de dejarme aquí Rujiero !

« Has visto, blanca paloma mia,
» cuando la tarde muere en el mar?
» Pues, es mas suave el ¡ay! que envia
» para tu boca, mi gran pesar!
» Has escuchado la brisa errante,
» cuando suspira sobre la mar?
» pues, en sus olas, la voz amante,
» dulce murmura mi gran pesar!
» Ves, cual se alegra, al sol que asoma,
» la playa umbría que espanta el mar?
» Asi, tus ojos, dulce paloma
» alegrarian mi gran pesar! »

Nacidas de su alma son
estas voces: mas bien flechas,
pues se me clavan derechas
en medio del corazon!

Esta es del quince de abril!
Y aun, ajada de sus besos!
De sus estraños sucesos,
aquí, me refirió mil!

« Alma de mis entrañas, Magdalena:
» el cielo para siempre te asegure
» la blanda paz que gozo. Amada mia,
» todo á mi gusto, y por mi bien se cumple!
» En sueños, me parece que te veo,
» como un vapor, que al derredor discurre
» de mi lecho: tu aliento con mi aliento,
» algunas veces, el amor confunde!
» El placer me despierta, y aun, tu sombra,
» como un rayo de luz, rápida se huye,

» y percibo el rumor de tus pisadas,
» y que tus blancas vestiduras crujen.
» Anoche, aun conservaba, aysí, en mis lábios
» de un blando beso el celestial perfúme:
» ayer, sobre mi frente, una guirnalda
» de margaritas cándidas y azules!
» Eres tú, vírjen mia enamorada?
» Quizá, bien mio, por gozar, te ocultes,
» de mi sorpresa y mi placer; ó acaso,
» mientras el luto en nuestras almas dure!
» Gracias por tu desvelo, y tu cariño!
» Anjel, ah vuela, y que tu amor me escude;
» pues, por no lastimarte, las desgracias
» de mí se apartarán, viendo que sufres! »

Una guirnalda de flores!
De un beso perfume blando?
Rujiero estaba soñando!
Ardientes son sus amores!

« De Nápoles recibo ahora tus cartas:
» luego no estás aquí? Mi incertidumbre
» has hecho renacer por un momento.
» Mas ahora no; no intentes que lo dude!
» Te debo la existencia: los parciales
» de Jacobo, no creas los acuse,
» han jurado vengar la aciaga muerte
» de su buen capitan: quien la ejecute,
» recibirá mil doblas; ayer noche,
» uno, escaló á mi cuarto: un rudo empuje
» me despertó y un grito. Vi tu sombra;
» un pirata cobarde, que al fin, huye,

» un puñal en el suelo. Ah! Magdalena:
» mi vida es tuya, angelical querube!
» Has comprado á Lorenzo? Inutilmente,
» joyas, dinero, entre sus manos puse;
» solo porque vendiera tu secreto:
» es él hombre cruel! Ay! nada supe!
» Mas, á qué mis delirios, cuando ha poco,
» que otro tan cierto desengaño tuve!
» Hice á Civitta-Vecchia, un corto viaje:
» sobre cubierta, al son del mar que ruje,
» ó la ilusion, ó el sueño me postraron,
» y en un vaivén, al mar lanzóme el buque.
» Yo iba á morir entre las olas, cuando
» «Favor!» gritó una voz: era tan dulce!
» y á esa voz acudieron los remeros,
» y Lorenzo: esa voz, no disimules,
» fué de tu corazon grito amoroso!
» Pavor el mar á todos les infunde:
» mas, el noble leon, el fiel amigo,
» antes que yo por siempre me sepulte,
» se lanza al mar, aullando, y forcejeando,
» y muerto de fatiga, fiel me acude;
» y á entrambos en la lancha nos salvaron:
» me lo contó Lorenzo. Loco, andube
» por todo el bergantin. Dos extranjeras,
» al fin, confiesa el capitán, conduce:
» mas, ni sus nombres revelarme quiso,
» ni sus señas; y exíjeme le jure
» no las molestaré, por descubrirlas.
» yo se lo prometí. Porque así encubres

» la mano que derrama el beneficio
» sí, cual Dios, en las obras te trasluces,
» y como al sol, la claridad te vende
» aunque te ciña el manto de las nubes? »

Para halagar mi memoria,
finjió esta historia completa.
Tiene el alma de poeta
Rujiero; sueña en mi gloria.

Trata, así, de encarecer
como debiera yo obrar.
Con talento singular,
me recuerda mi deber.

Me quisiera enamorada,
como su sombra finjida;
y á Magdalena, con vida,
cual Magdalena soñada!

Esta es la carta de ayer:
creí, al leerla, morir;
porque vino á destruir
mis ensueños de placer?

» Vuelve la desconfianza
» á nutrir mi corazon;
» tú me amas, con la esperanza
» de ver, si mi mano alcanza,
» quien tiene mi corazon!

» Nada me has sacrificado;
» Si del convento has huido,
» por mi amor no les has dejado!
» Si mi enlace has perdonado:
» pronto te has arrepentido!

» Por no ofender á mi esposa,
» me abandonabas contenta:
» y me culpabas, quejosa,
» por que mi mano dichosa,
» pidió venganza á una afrenta!

» En fin, todos tus amores
» han sido muy ponderados:
» todos quejas, y primores
» en palabras; todos flores:
» mas, no hay frutos sazonados!

» Quien ama, debe arriesgar
» cuando tenga que perder:
» lo que mas llegue á estimar:
» su conciencia; su deber:
» aun, su honor! Esto es amar!»

Ah! Rujiero!.... hasta el honor?

Pues no te basta la vida?
Clava tu daga homicida
en mi alma, por amor!

» Los seis meses de esta ausencia
» acaban hoy; y mañana,
» me verás en tu presencia!
» En tus ojos, mi sentència
» voy á leer. Ah! se humana!

» Es un delirio, un furor,
» el amor que por tí siento!
» Sabes, que tengo valor:
» que cumplo mi juramento?
» pues bien: mi muerte, ó tu honor!»

Olas del mar que llevais

el llanto de Magdalena,
alzad los montes de arena
por si entre ellos me arrastrais!

Las borrascas levantan,
indomables aquilones,
rudos, como las pasiones
de nuestra amorosa edad;

y abridme en su negro centro
insondable sepultura,
donde, al menos, duerma pura
y honrada, como me encuentro!

Cielos! allí, hácia Occidente,
á donde brilla la luna.....
percibo.... no hay duda alguna.....
Es una barca con jente!

Al doblar el golfo estrecho,
parece que tarda asoma,
como una negra paloma
que vuela herida en el pecho.

Corazon; este latir
el pecho me va á romper!
Es de espanto? Es de placer?
Es..... que le miro venir!

Quizá distingue mis brazos,
que hacia él, se van facilmente!
Quizá le lleva el ambiente
mis suspiros, en pedazos!

Rujiero; mi dulce amor:
Cielos! Es él mi asesino?
Bien aqui me lo previno:

ay! ó su muerte, ó mi honor!»

Ya tocan la blanca playa :
llegan á la quinta.... es cierto!
Esa es su voz; ya han abierto !
Que hacer ?..... Mi estrella mal haya!
— Magdalena!»

— El turbio mar
sepultó á Rujiero un dia!....
— Magdalena! »

— A qué dudar?
Entre su muerte y la mía ,
no tengo que vacilar !



Ya la luna , entre blancas estrellas,
á Occidente, fugáz descendia;
arrancando á la noche sombría
de las nubes el negro capuz.

¡Oh! cuán dulce, templada y serena,
sobre el golfo despunta la aurora!
La infeliz Magdalena, que llora,
la contempla, y maldice la luz.

Del jardín entre flores ajadas,
se reclina la jóven tan bella;
á sus pies, voluptuosa querella
la repite el feliz seductor:

con sus rizos, las lágrimas seca,
que la pobre hermosura derrama:

con sus besos fogosos inflama
de sus labios el muerto calor.

«Anjel bello, amoroso, y sublime:
no desmayes la lánguida frente,
que es mi aliento, suavísimo ambiente
que hasta el alma te va á acariciar!

Nuestros goces envidia la tierra,
pues murmuran, en doble concierto,
con sus blandos rumores, el puerto;
con sus dulces estruendos, el mar!

¿No despiertas, divina paloma,
á mi ardiente, y tiernísimo arrullo?

¿De mis ayes al suave murmullo,
no respondes con loca pasión?

¿Qué es la vida? *El placer! Los amores!*»

Goza, pues, sus delicias, bien mio:
de los besos al blando rocío,
siempre flores dará el corazón!

— Mi Rujiero! Si ves quebrantada
esa débil y blanca azucena,
ya, qué importa que brisa serena,
en su cáliz, suspire de amor?

Si ese frágil jazmin, de las ramas
ha arrancado la furia del Noto,
ya, qué importa, si el tallo está roto,
que se riegue la cándida flor?

¿Qué le importan las risas del alba,
á tu pobre, infeliz Magdalena;
jazmin roto, tronchada azucena,
que entre el polvo vendrá á perecer?

Esa luz, es mi antorcha de muerte,
porque alumbra mi luto, y mi afrenta!
Me he lanzado á su mar turbulenta,
y en sus ondas me anega el placer!

— Anjel mio, tus lábios se hielan!

— Eres tú venturoso en mis brazos?

— Flores son tan suavisimos lazos!

— Ay Rujiero!

— Leal serafin :

de tus ojos el brillo se anubla :

de tu seno, el latir no se siente:

se desmaya tu pálida frente!.....

— Es mi vida que toca á su fin!

— No: imposible! Mi luz... tú, mi arcanjel!

Ah! conozco tu atroz sacrificio!

Por mi amor, con el manto del vicio....

mas, no cabe en tu gran corazon!

Creo en tí : tus virtudes respeto:

reconozco tu fé jenerosa !

Creo en tí, mi dulcísima esposa ;

si, mi esposa, si alcanzo perdon !

— Ay de mí! Tus palabras consuelan

mi agonía horrorosa..... Me muero!

y adorándote siempre, Rujiero;

y orgullosa, en perderme por tí!

— Magdalena!

— Cedió á tus amores,

por guardar esa sangre querida:

mas, sin honra, imposible mi vida!

Moribunda en tus brazos caí!

— Oh suplicio!

— De plantas nocivas,
he apurado un activo veneno!....

— Infeliz!

— De este modo, en tu seno
al postrarme el delirio de amor,
yo sabia, que nunca afrentada
se alzaría mi sien á ese cielo;
porque, aun tiempo, buscaba en el suelo,
una tumba á mi vida, y mi honor!

Desdichada! Favor!....

Te perdono!

Te bendigo: te adoro..... Anjel mio!

Será el último..... Un beso!.... Ya frio?
en mis lábios la muerte le heló!

— Magdalena!... Acudid... Magdalena! »
y á un cadáver ciñendo sus brazos,
sin lograr desprenderse sus lazos,
desmayado de espanto, cayó.



Tres noches han pasado!
Entre las rosas del verjél florido,
la tierna Magdalena han sepultado!
De horrible pesadilla atormentado
Rujiero, así: clamaba dolorido.

« Lorenzo, allí: le ves? Su voz me nombra:
ya se evapora en el macizo techo!

Ay! su gigante sombra
cruzó, rozando con mi mismo pecho.

Aun, del pavor le siento estremecido!

— Fué un delirio, señor!

— Qué horrible ha sido!

Entre cárdenas nubes,

del cielo descendió mi pobre hermano,

sostenido por cándidos querubes.

Su herido corazon, con dèbil mano,

ansiosamente, y trémulo oprimia,

porque toda la sangre se le huía:

una gota cayó sobre mi frente,

y en fuego abrasador trocó la mia!

De espanto lancé un grito,

y de dolor; Rujiero, lentamente

me hablaba, y me miraba de hito en hito.

» Ingrato jóven, tu has desgarrado

» el noble pecho que te acogió:

» yó, con mi nombre te dejé honrado;

» y en tí, mi sangre se deshonró!

» Sí: te enjendraron torpes pasiones,

» hijo bastardo de un amor ruin;

» pues, en lo infame de tus acciones,

» tu espúrea raza se nota al fin!

» Santos consejos te dí en herencia;

» mis desengaños eran leccion:

» comprar pudiste gran esperiencia,

» sin dar la dicha del corazon!

» Dime, Rujiero, de Dios maldito,

» ¿Tan torpe ejemplo jamás te dí?

- » ¡Ay! mis amores fueron delito
» por ser tan ciego su frenesi;
» pero mostraban en su nobleza,
» ser puros rayos del sol de Dios:
» que, pasión grande, y ruin baja,
» siempre enemigas viven las dos!
» Quien cede fácil á sus deseos,
» lo que idolatra es.... su placer:
» así, se ciñe viles trofeos,
» la virtud, la honra de una mujer!
» Quién, fuerte, lucha con la flaqueza,
» gana, en el triunfo, torpe padron:
» honor, renombre, virtud, pobreza,
» nunca se ofenden ni en tentacion!
» En Dios, te dije, pon la esperanza,
» que en él no cabe la ingratitud:
» no que tuvieses desconfianza,
» de la inocencia, de la virtud!
» En ese mundo, centro de horrores,
» de los incrédulos nunca esperé:
» pues, en el alma, brotan las flores
» solo del árbol de nuestra fé!
» Tú, no la tienes: á la conciencia,
» cerraste, altivo, tu corazon;
» luz, con que aclara la providencia,
» las densas sombras de la pasión.
» Hoy, de tu estirpe, degenerado,
» á tu Dios mismo vergüenza dás!
» A gran clemencia, no hay gran pecado;
» mas, para el tuyo, no la hallarás!

» A Dios! No basta llorar un crimen,
» gritando luego, « piedad Señor! »
» Ciertos delitos no se redimen;
» nunca se espian culpas de honor!
» Del alma arranco, por esta herida,
» tu imájen! Nada, entre los dos!
» Porque recuerdes mi despedida,
» *Toma mi sangre!* .. Adios! Adios! »

Ay! aun me quema en la frente!
— Calma, señor, tu afliccion :
de tu desesperacion
es un sueño, solamente!

Mas, pues formas tanto empeño,
esta vision en creer;
crée tambien la de ayer.

— Ah! es verdad! que hermoso sueño!

En mi lecho de dolores,
ví de Enriqueta la sombra;
no, cual espectro que asombra,
sino cual ángel de amores.

» Pobre Rujiero! me dijo.
» Arrepientete y espera:
» por la sangre que vertiera
» de Dios el único hijo:
» el que el mundo redimió
» de mas horribles pecados;
» de tus crímenes pasados,
» perdon, tu esposa alcanzó!
» De tus espinas y abrojos

» se ceñirá la corona,
» pues, su alma amante, blasona
» de padecer por tus ojos!
» Si tan grande espiacion,
» no redime aun tu delito,
» tú, al menos, serás bendito:
» para ella la maldicion!
» Rujiero tén confianza.
» Arrepíentete y espera;
» pues de una fé verdadera,
» en flor nace la Esperanza!»

Luego, con feliz sonrisa,
añadió: «Porque me creas,
» quizá hará el cielo, que veas
» el milagro que Eloisa.

» Adios! Si no te despierta
» de un beso casto, el rumor,
» te le doy. No pide amor!
» Es, el beso de una muerta!»

Ay! me despertó con él:
no hay duda, un ángel seria,
mas yo, en mi boca sentia
el perfume de un clavél.

Vuelo al jardín: nada ví:
sin flores la sepultura;
ningun ruiseñor murmura!
Dios no se acuerda de mí!

Con amarga contricion
regó mi llanto la arena;
á Enriqueta, y Magdalena,

pidiendo á voces, « Perdon!

Si el ver su alma desterrada,
en una imájen querida,
me otorga el Señor, mi vida
dejo á la suya enlazada.

Sí: se lo he rogado á Dios,
y en el placer que he sentido,
pienso me lo ha concedido;
juntos, el morir los dos,

como Eloisa y Rujiero!

Mi fé me da confianza:
pues la flor de mi esperanza
nació del dolor sincero!



De la tierna Magdalena,
en la pobre sepultura,
Rujiero, con amargura,
jimiendo, y orando está:

junto á la cruz, en la arena,
ninguna flor se levanta:
solo la adorna una planta,
marchita, y sin hojas yá.

Una sola, de una rama,
queda trémula y pendiente;
con sus besos el ambiente
la ajita, sin compasion:

Rujiero observa, con ansia;
y á cada vaivén de la hoja

un hondo suspiro arroja,
pedazo del corazon!

« Alma enamorada mía,
que para darme consuelo,
dejaste el hermoso cielo,
donde eras ángel de luz!

Tú, mi esperanza aseguras,
y el perdon de mis errores,
pues me ofreces tus amores,
junto al tronco de esa cruz!

Hoy cumple el noveno día,
en que te perdí, bien mio;
de mis lágrimas un río
tus cenizas fecundó:

y como rama de oliva,
que estorva á Dios la venganza,
esta *flor de mi esperanza*,
de tu sangre floreció!

En su aspereza, recuerdo
de tu vida la amargura:
en su flor pobre y oscura,
lo escaso de tu placer!

Y en verte, así, avergonzada,
estender tus verdes lazos
de esa cruz hácia los brazos,
tu virtud, y tu deber!

En lo pronto que cayeron
tus leves floridas hojas,
recuerdo, las mil congojas
que te agostaron en flor!

Quizá, hasta un hondo secreto,
mi pecho, en tu flor presume:
tu vivirás sin perfume,
porque has muerto sin honor!

Temes la risa del alba,
del sol el fecundo rayo,
la blanda lluvia de mayo,
las frescas auras de abril:

todo te aterra, y conmueve,
pudorosa sensitiva,
y á todo se muestra esquivia,
tu pobre planta jentil!

Verdad es, que te ha burlado
el hombre en quien has creído;
que en el corazon te ha herido,
el que el alma te robó!

Justo es que todo te ajite,
y te estremezca, y te asombre;
pues fué tan infame, el hombre
que tanto te mereció!

Ya, su amor es puro, y santo,
grande, sublime: y creyera,
que, si mi esposa viviera,
pobre infelice mujer!

conociendo lo sagrado
de un cariño tan sincero,
en que te amase Rujiero,
se formaria un placer!

Juntos vinieramos ambos,
á llorar sobre esa arena,

por la paz de Magdalena,
sacrificada por mí!

Mas, ah! tan dulce consuelo
á mis dolores no alcanza;
pobre flor de mi esperanza,
perdona la invoque aquí!

Mas en el alma, resuena
la voz del remordimiento,
cuando pienso en el momento
en que mi muerte vendrá!

El porvenir me intimida:
y mi perdicion me inquieta;
porque, mi pobre Enriqueta
mi sangre reclamará!

— No, Rujiero; nunca, nunca!

— Anjel, ó mujer.... quién eres?

— Enriqueta!

— Qué me quieres?

— Dar remedio á tu afliccion!

— No eres su sombra?

— No: aun vivo!

Por tí, me he sacrificado,
porque la hubieses llamado
señora del corazon!

Mas, el cielo no consiente
que por un torpe camino,
se llegue á un feliz destino!

— Y me quieres perdonar?

— En Venecia, yo, en tus sueños,
con flores te he coronado;

de un puñal te he libertado,
y de las ondas del mar!

— Ah! tu virtud reconozco!

Tu grandeza me acobarda!

Cierto: es ánjel de la guarda,

la mujer que adora bien!

Tu perdon me tranquiliza:

ya puedo morir sin pena!

Adorada Magdalena,

un punto, el vuelo detén!

— Que dices, Rujiero mio?

— No vés vacilante, y floja,

en esa rama, una hoja

trémulamente oscilar?

Pues, así el alma vacila

aquí en mi pecho!

— Oh! tormento!

— Una oleada de viento,

su hoja, y mi alma, va á arrastrar!

Al cielo lo he prometido:

juntas irán nuestras almas,

para ceñirse las palmas

de los amados de Dios!

— Imposible!

— A Magdalena

debo seguir en su vuelo:

que á nuestros cuerpos, el cielo

dió un alma partida en dos!

Ay!

— Piedad: esposo amado!

— Ay de mí!

— Al moverse esa hoja,
exhala ayes de congojas
que el alma llevan tras sí!

Yo con mi seno la guardo
de las ráfagas del viento!
Rujiero, ni con mi aliento
la estremeceré!

— Ay de mí!

— Al volvérmelo á mis brazos
me le arrebatas, Dios mio!

— No sientes ese aire frio?

Ay! » A las nubes alzó
el viento, entre remolinos
de polvo, la frágil hoja:
la esposa, al jóven se arroja,
y cadáver le encontró!





EPILOGO.

De todos estos trágicos amores ,
dignos, por cierto, de mejor fortuna,
sentiria ignorasen mis lectores,
ni aun por lijera, circunstancia alguna:
Enriqueta, sufriendo sus dolores,
sin esperanza de placer ninguna,
volvióse á Roma, á su paterno asilo,
cuna inocente de su amor tranquilo!

El roble secular, que de Rujiero
y Eloisa la tumba sombreaba,
sirvió de hoguera á ejército extranjero,
que el romano confín ya conquistaba.
Derruida la ermita: era un otero
el cementerio, que antes cobijaba
las cenizas sagradas y preciosas,
reliquias de la muerte lastimosas.

Compró Enriqueta todo aquel terreno;
labró un modesto albergue, en que vivia:
y abriendo al campo el escondido seno
donde Eloisa, y su amador yacia;
con fé profunda, y ánimo sereno,
como, quien santa obligacion cumplia,
al lado de estos mártires difuntos ,

puso á Rujiero y Magdalena juntos!

Dos verdes sauces, á la nueva aurora,
se alzaban ya sobre el fecundo suelo,
y entre música blanda y seductora,
se abrazaban, con lánguido desvelo.
El vulgo opina, que en sus ramas llora
un rui señor, que se remonta al cielo,
cuando sonrie el alba hácia el Oriente,
y que en las sombras, canta dulcemente!

Nació el segundo dia, y ya de abrojos
vasto zarzal, el campo embarazaba:
y el pueblo, sin dar crédito á sus ojos
su admiracion, con voces, desahogaba!
Trémula, al pié, como quien sufre enojos,
una planta sus flores le enlazaba,
pues desgarrarse el corazon no esquivaba,
del zarzal, una tierná sensitiva!

Quizá, la siempre apasionada esposa,
postrer ofrenda de su amor tirano,
trasplantarlos allí mandó piadosa:
esto, á las jentes afirmar, es vano:
ya la llaman la casa milagrosa,
comentando el suceso sobre-humano:
para mí, lo admirable, eran sus cuentos,
porque esplicaban bien tales portentos.

Todos veian, en los sauces bellos
á Eloisa y Rujiero, entrelazados,
al volarse á su Dios: del cual destellos
fueron por sus amores: y ostinados,
en los zarzales, se creian ellos,
de otro Rujiero ver simbolizados,
el ingrato desden, y la bajeza;
que arroja el vicio espinas y maleza!

En la flor sensitiva, á Magdalena

creían recordar, pues que se hiere
con los abrazos del que amó, y serena,
le dá su jugo, y porque viva él, muere;
que, por Lorenzo, la funesta escena
supieron todos, con razon se infiere;
y ahora pueden juzgar ya mis lectores,
si descifraban bien estos amores.

Cuando, tras largos años, Enriqueta
rindió á su Dios el postrimer aliento,
corrió la jente, á averiguar inquieta,
que nueva flor marcaba otro portento:
nada su muerte recordó! Discreta
cuentan, que una mujer gritó, al momento:
« Ella, era la virtud: ya no me espanta;
no hay semilla en la tierra de esa planta! »

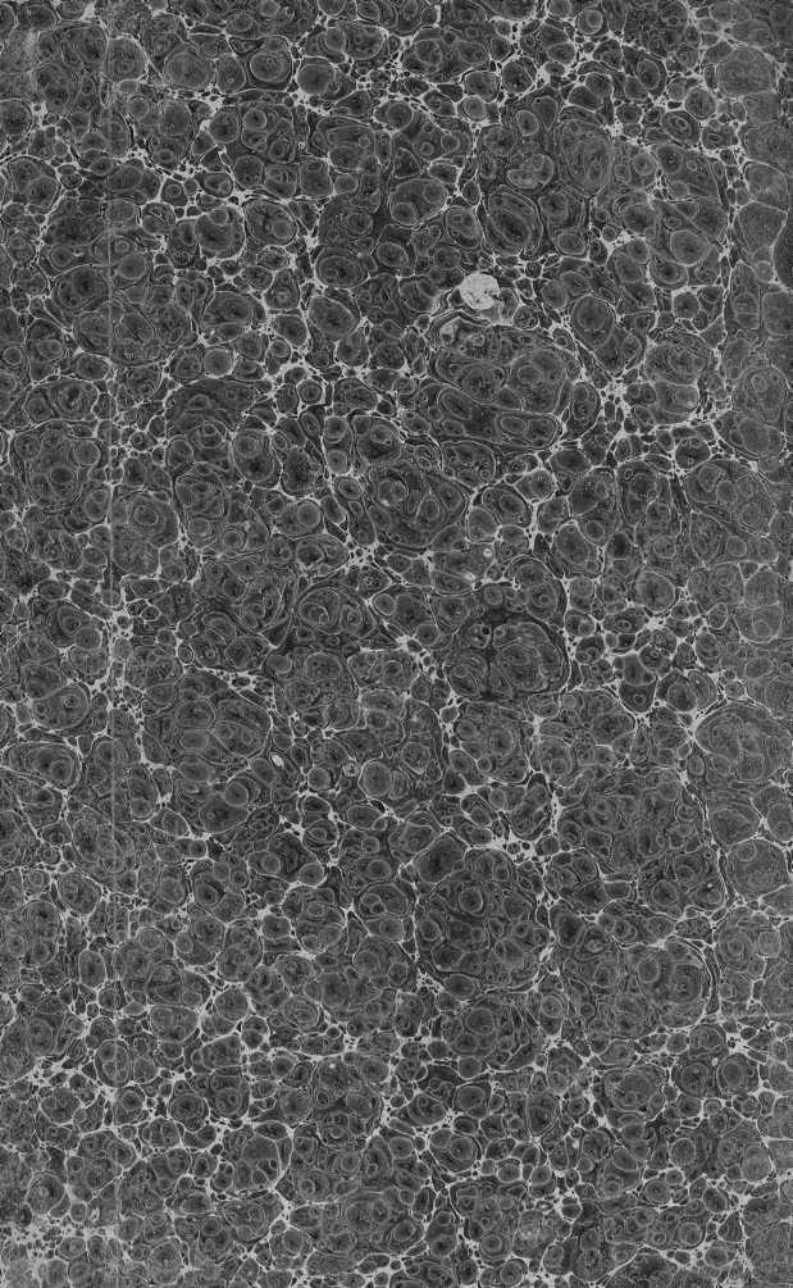
En fin, Lorenzo, falleció de anciano:
el fiel Leon, quizá de agradecido,
pues, no queriendo pan de estraña mano,
sobre las tumbas espiró rendido!
De Enriqueta un sobrino, aunque lejano,
de aquella casa el heredero ha sido:
y este era el pescador, que, por memoria,
me confió tan peregrina historia!

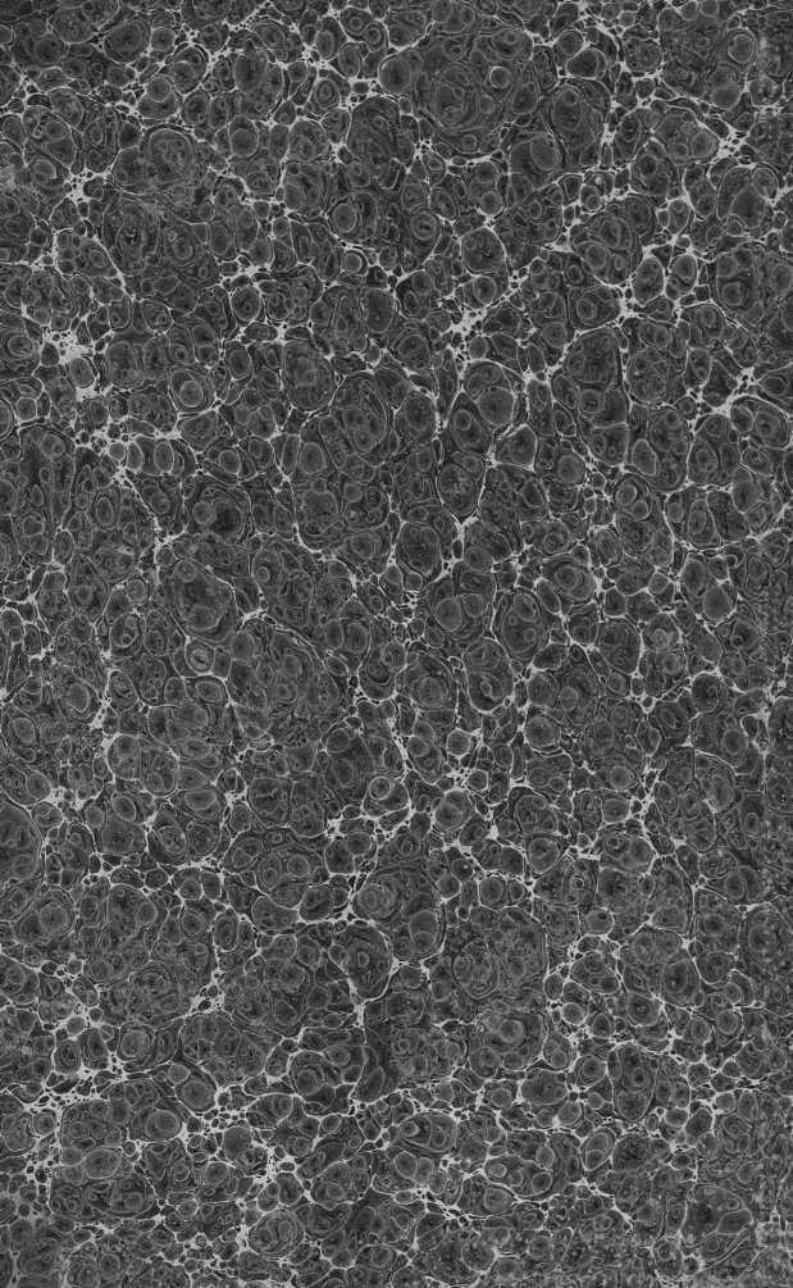


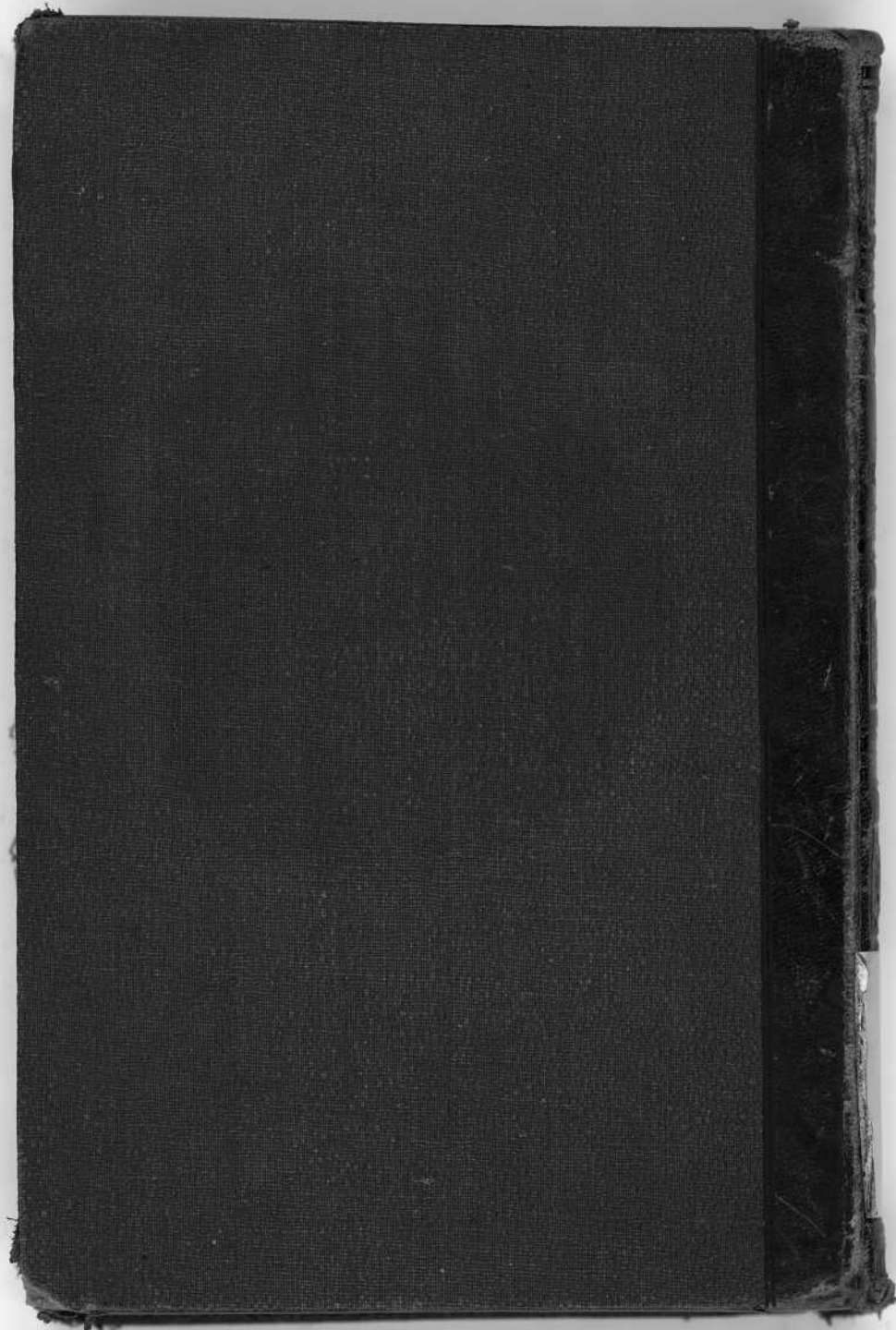
creian recordar, que puros hijos
con los años, del que nace, y crece
le da su fin, y por eso vive el mundo
que por la fuerza, la fuerza es una
supieron todos, con razón se indaga
y ahora pueden seguir ya sus pasos
si desearan bien estos apuros
Cuando, tras largos años, la vida
trabaja en Dios el posar sus alientos
y en la fe, a su vez, la vida
que nace por narrada otro portento
basta en un momento recordó la vida
creían, que así, en un momento
y ella, era la vida: ya no me espanta;
no hay semilla en la tierra de esa vida!













LARRAÑAGA

AMAR

CON Poca FORTUNA



JG - 3790

YNABEL CAMARÁ